

# ALMAS



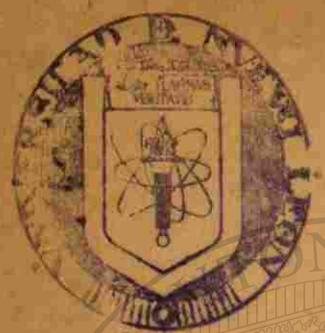
297  
5  
DAD  
CCIÓN

ALMA

ALMA

PQ7297  
.V25  
A5  
c.1

EX



UANL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



86-14



ALMAS

UANL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN



DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

*Asesor*

# ALMAS

POR

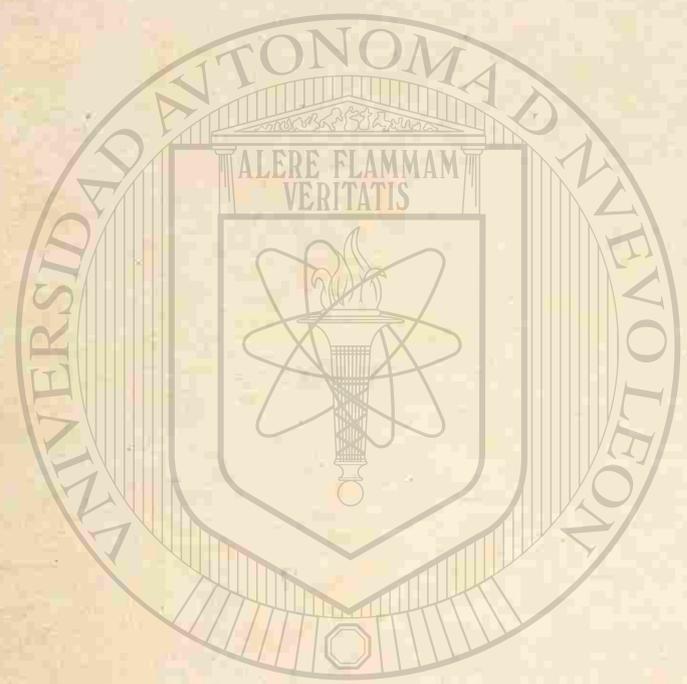
JESUS E. VALENZUELA

DIBUJOS DE J. RUELAS

# UANI



DE VENTA EN LA  
"Librería General"  
CARRILLOS 105 - TELEFONO 789.  
Monterrey, N. L. Méx.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN MÉXICO

IMPRESA DE IGNACIO ESCALANTE  
SAN ANDRÉS NÚM. 69.

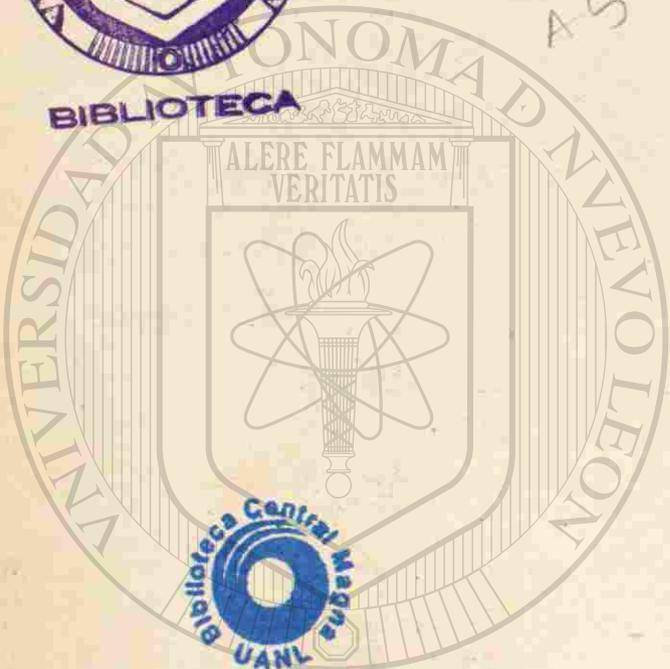
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS 1994

32622



PQ 7297  
V25  
A5

BIBLIOTECA



FONDO

A. B. PUBLICA DEL ESTADO

73733

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

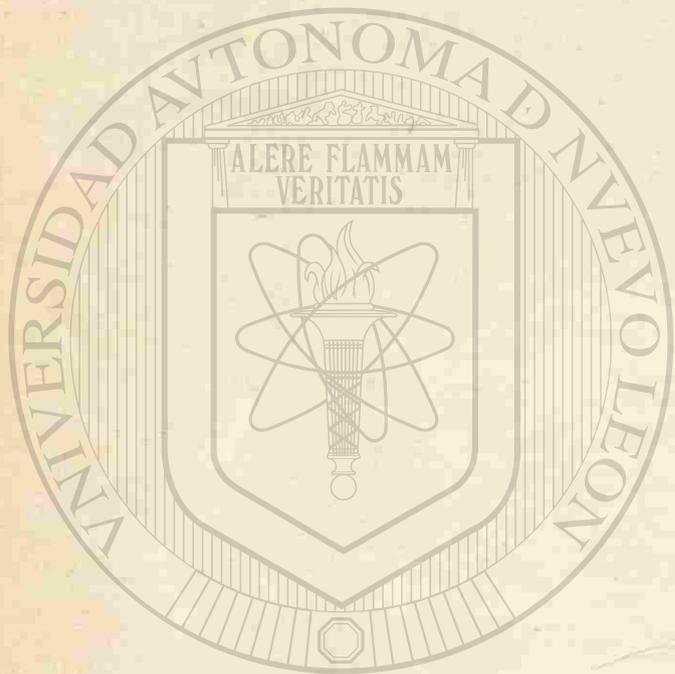
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

86-14



®

86-1



A JUSTO SIERRA,

MI MAESTRO Y AMIGO;

y á JESUS E. LUJAN,

MI AMIGO Y CAMARADA.

J. E. V.

U A N L

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS





“ALMAS Y CÁRMENES”  
UANL

---

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

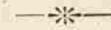




## “ALMAS Y CÁRMENES”

POR

JESÚS E. VALENZUELA.



ADURO ya, con los rebeldes rizados entretregidos de copos de nieve, con el viril rostro sonriente aún, pero con sonrisas otoñales; sereno como una serena tarde, melancólicamente ingenioso, como un viejo gentil-hombre que ha visto mucho. . . . que ha amado mucho, llega Jesús E. Valenzuela á buscarnos, á todos los que le queremos y admiramos, trayendo un libro en la diestra.

Es su primer libro, su único libro. Mucho tardó, mas viene bien nutrido: casi trescientas páginas de versos, la cosecha entera de una vida atormentada, sacudida por todas las tem-



DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS iii

pestades, desgajada por todos los rayos, ensordecida por todos los truenos, balanceada por todos los oleajes, ennegrecida por todas las tinieblas. . . . y arrullada por todas las brisas, unvida por todos los besos, mecida por todas las blanduras. . . .

Años de años, este sublime manirroto fué arrojando á los cuatro vientos del acaso tres cosas de que era especialmente pródigo: su oro, su ingenio y sus versos. El oro era de diez y ocho kilates; el ingenio y los versos de veinte. . . . Con estas tres maravillas hizo de su vida lo que todo hombre culto, en grado eminente, debe hacer de la suya: Una obra de arte.

Alumbró el matorral de su locura  
con la lámpara de oro de Aladino. . . .

como bellamente dijo nuestro poeta Luis Urbina, y amó y fué amado como pocos.

Pero un día, aquel sembrador, al hundir la mano en el saco de oro que llevaba á la espalda, hallólo casi vacío. Entonces, con un gesto de gran señor, arrojó, no sé sobre qué mano extendida é imploradora, el último escudo, y siguió derrochando ingenio y versos.

Hacía esprit en todos los momentos; re-

solvió todas las situaciones con un chiste de buena ley; el ingenio corría inagotable de sus labios. . . . En Grecia hubiera sido digno de conversar con Pericles y de enamorar á Rodopis. Mas si su esprit reía, reía siempre. . . . sus versos. . . . no reían siempre. . . . sus versos no reían á menudo. . . . sus versos solían llorar.

La vida no había dado tiempo á este príncipe equivocado de raza y de clima, para ligar en un haz el montón de joyas que iba extrayendo de su enorme cofre lírico. Ha sido preciso que el Otoño, con la mansa austeridad de su voz, le diga: "ya es hora de la cosecha". . . . Ha sido preciso que las primeras nieves se enredaran en sus cabellos, trayéndole vagos presentimientos de inviernos próximos, para que el empedernido caballero consintiese en legitimar á su musa, á su vieja querida, á la única, aquí en confianza, que amó en serio; y el libro tanto tiempo esperado llegó al fin, vestido de gala, de nobilísima gala por el genio de Ruelas, quien (se ve desde luego en lo maravillosamente acabado de cada viñeta, de cada *cul de lamp*, de cada marginalia) puso en él todas sus complacencias.

Tengo este libro sobre mi mesa; lo he recorrido línea á línea con dilección extrema. Me he emborrachado con el vino generoso que hay en él, vino como para reyes, y he amargado asáz mis labios con sus hieles. He sonreído á veces con sus sonrisas elegantemente escépticas, y en toda sazón, en la dulzura, en el amargor y en la sonrisa, lo he hallado digno de su autor.

Es precioso y admirable, así en ese idilio grave y ardiente que glosa un vespertino "Angelus" rezado al par por las campanas y por una vida en flor de doncella amante que empieza á cumplir el divino rito de la vida, como en la melancolía altiva de "La Voz de Él;" así en la terrible tragedia de "Escena," en la cual Fausto se rejuvenece en su hijo para seguir bebiendo, como en la hábil instrumentación y el discreto simbolismo de "Barbara labor;" así en la galantería lírica de "De-seos," elogio perfecto del verso alejandrino, como en el colorido heráldico y arcaico de "El Beso;" así en la tenue y mansa "Blanca," toda entretegida de ensueño, como en el viril y noble azote de sus frases "A un poeta," como en el delicioso madrigal "Ave Impera-

trix," como en la canción digna del reinado de Luis Felipe, intitulada "Ninón."

No, no voy á disecar á esta ave del Paraíso. . . . Mirad, el sol compone madrigales de oro sobre su plumaje de iris. . . . Amadla, admiradla. . . . El libro se abre cordial y acogedor sobre vuestra mesa. . . .

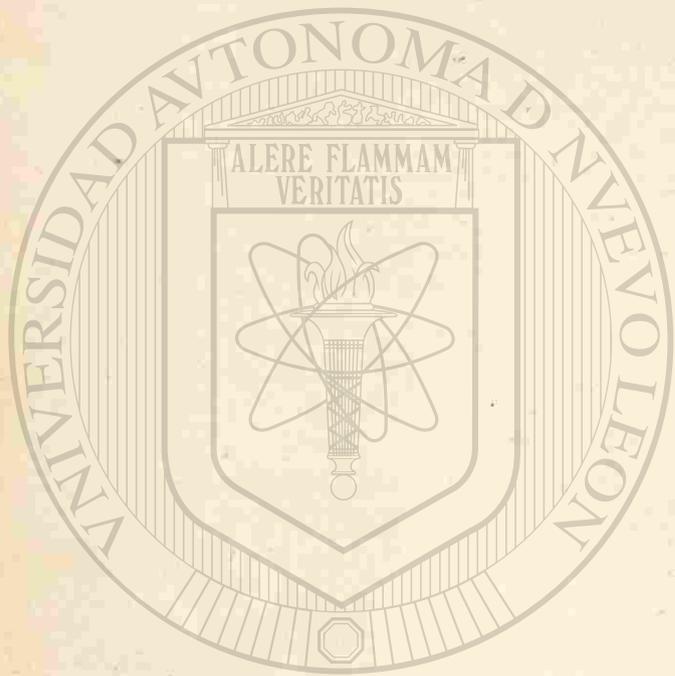
Es una prestigiosa flor de otoño, aspiradla.

Es una música misteriosa: oidla.

Es una galera lírica: os llevará por mares sonoros á esa *Patria* lejana de donde viene el poeta.

AMADO NERVO.

Diciembre de 1904.



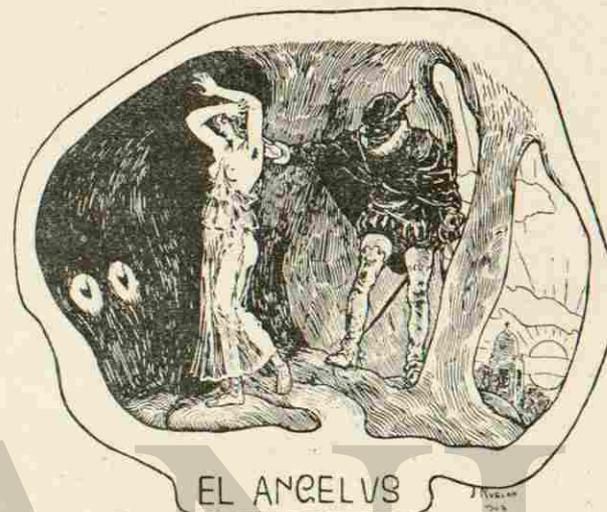
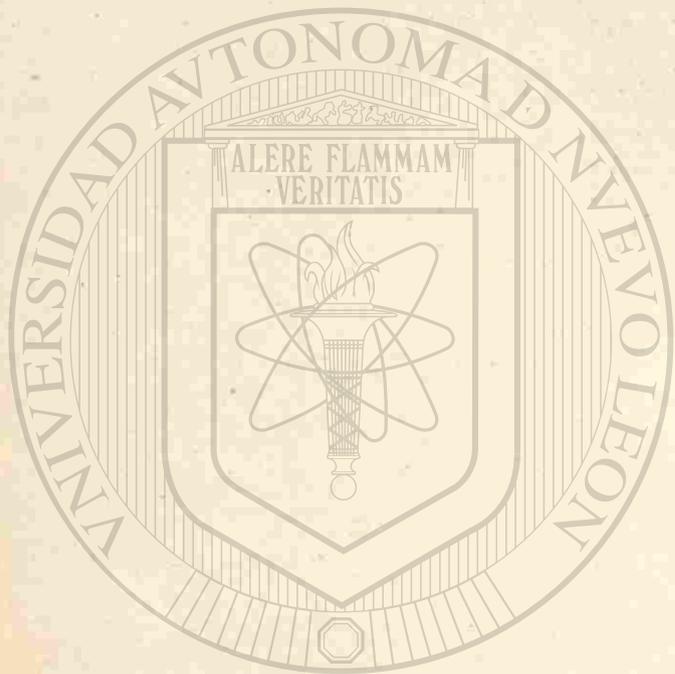
ANGELUS  
UANL

---

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS





EL ANGELOVS  
A CARLOS DIAZ DUFOO.



El ángel del Señor  
anunció a María. . . .

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN  
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Cuando en torno miró, ya estaba sola;  
en su doliente pecho,  
como una inmensa ola,  
alzáronse la pena y el despecho;



llevó las manos á los negros ojos,  
sacudió con dolor la blanca frente;  
en tanto que en el término del día  
naufragaba la luz, entre los rojos  
océanos de fuego de Occidente.

Las lágrimas amargas que vertía,  
los suspiros que á veces exhalaba,  
en su seno la tarde recogía.

Era la hora del misterio hondo;  
la claridad colgaba  
aún, en los picachos, sus crespones;  
y del oscuro fondo  
la onda de la noche se elevaba,  
al toque sacrosanto de Oraciones.

«El Ángel del Señor»... entre sus labios  
murmuró la plegaria huyendo luego...  
No pudo levantar el dulce ruego,  
sintió en la boca todos los resabios  
de la boca de él, boca de fuego...

¡Era una niña tan sencilla y pura!  
¡Siempre le vió con tanta confianza!  
Surgió como una hostia en lontananza  
la luna deslumbrante de blancura.  
Lo recordaba. . . Niños persiguieron  
(¡ay! símbolo quizás de su esperanza)  
la misma mariposa en la espesura;  
juntos lloraron, juntos sonrieron,  
al través de sus lágrimas, rocío  
que bañaba el jazmín de sus mejillas  
al tornar regocijo los enojos;  
no hubo entre ellos jamás tuyo ni mío;  
del torrente en las ásperas orillas  
la coronó una vez de lirios rojos.  
¡Cuánta inocencia la niñez encierra!  
¡Qué diáfanos y puros sus anhelos  
sobre la verde alfombra de la tierra,  
bajo el toldo esplendente de los cielos!

«Anunció á María»... y ya no pudo  
seguir porque aquel beso le sellaba  
el capullo de lirio de la boca,

y puesta de rodillas sollozaba.  
Creyó mirar en apartada roca  
la sombra de su madre, á la indecisa  
luz moribunda que el espacio irisa,  
pero se desvanece si la invoca.

¿Iba á volverse loca? . . . .

«¡Mamá! ¡Mamá!» clamó. De la campana  
repetía el acento entre los montes:  
«Llena eres de gracia.» Alzóse ufana  
y miró los inmensos horizontes.



Vórtice de oro la fulgente grana  
habíase tornado en el Oeste,  
franjeado por ráfagas de plomo;  
lenta palidecía el áurea veste

de la luz espectral, en las alturas;  
y volvió á la oración la niña, como  
el náufrago se ase entre las olas  
al leño que se ofrece en las llanuras  
del mar, con Dios y con la muerte á solas.  
«Ave. . . . Ave María,  
llena eres de gracia,» repetía.  
«El Señor es contigo,» la campana  
dijo con voz solemne á sus oídos.

Ella cayó de hinojos  
entre las sombras de la noche arcana,  
comprimiendo del pecho los latidos,  
llenos de luz y lágrimas los ojos;  
sin duda iba á venir por la mañana!

Era huérfana y pobre. . . . estaba sola;  
él era bueno, amábale por eso;  
y estalló por sus labios una ola  
que le quemó la boca: era aquel beso.  
Pero sintió el placer de los placeres

serpear por sus venas,  
al escuchar como rumor, apenas:  
«Bendita tú entre todas las mujeres.»

«Bendito el fruto de tu vientre» .... Un grito  
se escapó de su boca contraída. . . .  
Una estrella radió en el infinito;  
al mirarla cayó desvanecida; . . .  
y piensa que la noche tiene garras,  
que una boca se pega con la suya,  
oye chocar salvajes cimitarras  
y que clama una voz: tómala, es tuya!

Cuando ella volvió en sí, miró hacia arriba;  
y contemplando del amor la estrella,  
sintió que su alma virginal se iba  
y que el alma de madre entraba en ella.

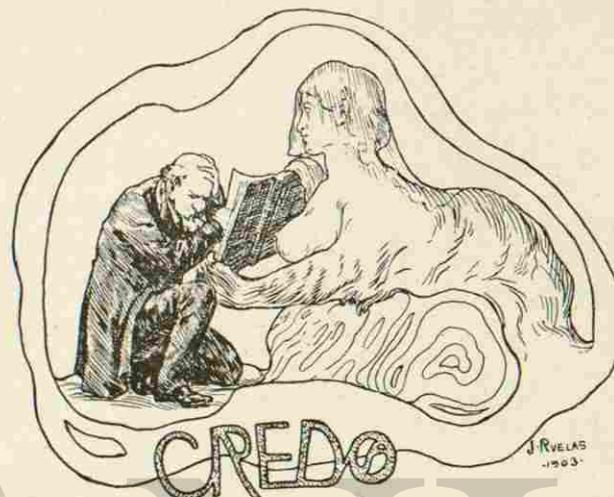
Y puesta en pie, de espaldas al pasado,  
roto de su pureza el blanco broche,

alzó la frente con dolor callado;  
y silenciosa y triste, pero erguida,  
como el mundo en las sombras de la noche,  
penetró en las tinieblas de la vida.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



A JOAQUIN D. CASASUS.

El genio, la locura, ¿quién decide  
tan difícil cuestión? ¿quién fija y nombra  
la línea imperceptible en que coincide  
la clara luz con la nocturna sombra?....

G. NÚÑEZ DE ARCE.

I

¡Qué espléndida ovación! Nunca la escuela  
un día tuvo como aquél. El sabio  
dejó correr de su elocuente labio  
«la Ciencia y la Verdad á toda vela.»  
Así en términos suyos repetían



DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

sus discípulos todos en la arcada monumental del edificio. «Bueno, hijos míos, adiós. ¡Qué bien decían antaño: sólo sé que no sé nada! La Ciencia es todo hoy. El mundo lleno está de su fulgor; y Dios, señores, se recoge en las últimas trincheras con su cauda de vates soñadores, de espíritus sin método, de errores, viejos restos de trasgos y quimeras. Los secretos se van. Sólo su rastro asombra aún los ánimos pequeños en acumulación de herencia insana; y la unidad, del átomo hasta el astro, libre ya de temores y de ensueños, ve y analiza la conciencia humana. Adiós, por otra vez. En las abiertas galerías, los ¡vivas! resonaron entre aplausos al sabio esclarecido; y en una onda, por las anchas puertas, en la vecina calle se volcaron, dominando del tráfico el ruido.

La luz crepuscular ráfagas rojas lanzaba en el zafir diáfano y puro, pira triunfal sus llamas parecían; y del jardín cercano entre las hojas la sombra y el color en claroscuro, sus estambres efímeros tejían.

El maestro marchaba lentamente como la luz occidua. En el ambiente se respiraba un vaho delicioso de vida vegetal. Conciliadora la actividad entraba en el reposo, hamaca por el tiempo preparada que recoge á su tránsito la Aurora. Así llegó feliz á su morada, atravesó la puerta, y al criado preguntó en el portal, grave y erguido: ¿Ha llegado Anaxímenes? Su oído acarició una ráfaga: Llegado.

Y comenzó á subir por la escalera amplia y hermosa de la altiva casa,

desdeñoso y solemne, cual si fuera  
supremo Dios que la ignorancia arrasa.  
No estaba en el salón Anaxímenes  
(Anaxímenes siempre en su lenguaje)  
su hijo, hijo único, celaje  
de su existencia azul, nido de bienes.  
Dirigióse al balcón. . . . Estaba abierto;  
y la luz del brillante plenilunio  
bañó su frente blanca y espaciosa; . . . .  
y también el balcón halló desierto.  
«No está aquí,» dijo. No era el infortunio,  
sino la dicha de vivir, ansiosa,  
lo que animaba su alma en ese instante:  
un beso de su hijo era una cosa  
que buscaba en las noches anhelante.  
Y penetró de nuevo. Vacilante  
del cuarto de Anaxímenes salía  
un tenue resplandor. . . . ¡Ah! ¿qué sentía  
su corazón ahora? El golpe claro  
y uniforme del péndulo le asusta;  
y exclama estremeciéndose:—es muy raro,  
yo no sé qué me inquieta y me disgusta.

22

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

. . . . Llega y le mira, inmóvil, extendido  
sobre el intacto lecho, se aproxima,  
baja á su frente la cabeza cana  
por besarla, creyéndole dormido,  
y fulminado se desploma encima.  
Pero no era cierto, no era cierto. . . .  
Aquel joven feliz de veinte años—  
su obra más acabada— ¡estaba muerto!  
. . . . De repente se irguió; ¿qué desengaños  
le esperaban allí? . . . . En la pequeña  
mesa de noche contempló, con mudo  
y mortal estupor, la carta, el pomo;  
y lo mismo, lo mismo que el que sueña,  
un vaso á medias lleno. . . . ¿Cómo pudo  
tomar la carta entre sus manos? ¿Cómo?  
¿Y leerla una vez y veinte y ciento? . . . .  
¡Oh luchador! caíste en tu escudo;  
pero exhalando pavoroso grito  
que resonó en los términos del viento,  
arrancado á tu pecho de granito.

Y qué cruel la carta: «Padre, padre,

23

no dudo de tu ciencia, yo la adoro;  
pero una voz, la de mi santa madre,  
me habla de Dios en cláusulas de oro.

«Mi corazón heriste. No te acuso.  
¡Me has enseñado tanto, tanto, tanto!  
Pero algo Dios se reservó y no puso  
á tu alcance: vencer mi desencanto.

«Crece la Ciencia, sí; pero la esfera  
del eterno y fatal desconocido  
se ensancha, y nos invade por doquiera.  
¡Oh, padre! las tinieblas han crecido.

«Cuando se apague el sol, ¿cuál el objeto  
de tu Ciencia será, si no ascendiste  
el espíritu humano hasta el secreto  
que busco yo, desanimado y triste?

«Saber para vivir la vida breve  
del mísero planeta, que al aliento  
del torbellino va, como una leve  
arista arrebatada por el viento,

«es pequeño y brutal. Tendió su escala  
Darwin, Jacob del pensamiento humano,  
para ascender así, plegada el ala,  
pero siempre hacia Dios, que es el arcano.

«Al oírte decir en el glorioso  
trípode de la cátedra: Preciso  
es matar el instinto religioso,—  
mi alma abandonó tu paraíso.

«Perdóname, no sé. . . . para mis años  
era mucha la ciencia de los tuyos;  
¡ah! la Verdad engendra desengaños,  
el que recibes hoy, es de los suyos.

«Conservo entre tus libros y los míos  
un libro de oraciones. . . . ¿no te enojas?  
tiene lágrimas secas. . . . desvaríos  
de mi madre.... y tu nombre entre las hojas.

«Para decir mi confesión amarga,  
necesito morir. ¿Cómo podría

arrojar de mis hombros esta carga  
ante tus ojos, á la luz del día?

«Nunca te amé como te amo ahora  
que te dejó y me voy... ¿Mas cómo hablarte?  
¡Si no tengo valor!... Y halagadora  
al oído una voz, me dice: parte!

«Y parto con el alma recogida  
como en un cáliz de piedad. Mañana  
á las plantas de Dios será ofrecida  
por mi madre, tan buena, tan cristiana.

«Al guardar en la tierra mis despojos,  
tú me dirás ¡adiós! de pena ciego;  
vuelos á Dios mis suplicantes ojos,  
yo te digo al morir: ¡Padre, hasta luego!»

---

¿Y qué pasó después de la caída?...

Las horas sin instantes de la fiebre,  
y los días y noches sin medida  
no hay hilo intelectual que los enhebre,...

un paréntesis fueron en su vida.  
Tornaba la memoria débil, lenta,  
á perfilar la costa abandonada  
entre una onda oscura que revienta  
en las riberas del recuerdo, airada.  
¿Era sueño ó delirio? La corriente  
le arrastraba en sus olas; á ocasiones  
en un remanso detenido al paso  
circulaba; escuchando, de repente,  
ayes y gritos, cantos y oraciones,  
y viendo el sol muy pálido en Ocaso. . . .

II

¿Y su razón? ¿Y su razón perdida?

Partió como un corcel; la crin revuelta  
al viento huracanado de la vida,  
como manojo de centellas suelta,  
en medio de la noche enmudecida.

Resonaban sus cascos con un seco  
golpear en sus sienes, reciamente,  
y en las tinieblas contestaba el eco  
riendo ó sollozando indiferente.

El abismo es así, hórrida fauce  
atrae como el imán, mata y alienta;  
¡ay de la linfa que abandona el cauce  
alentada al furor de la tormenta!  
Y llevaba las manos á la frente  
el viejo pensador con un violento  
ademán de pesar. ¿En qué torrente  
cayó como una flor despedazada,  
entre la tempestad, su pensamiento? . . . .  
Interrogó á las sombras. . . . ¡Nada! ¡Nada!  
Mantúvose mirando embebecido  
algo visible en el espacio obscuro  
sólo á sus ojos; y que de hondo olvido  
brotaba como el sol, muy tierno y puro.  
Aspiraba ansioso la fragancia  
de flores nuevas, plácidos sonidos  
de fiestas alegraban sus oídos:

el lejano recuerdo de la infancia.  
Su madre, de piedad divino ejemplo,  
le acercaba al altar; y de rodillas  
escuchaba las pláticas sencillas  
del anciano pastor. Llenaba el templo  
la muchedumbre, á la palabra santa  
comprimiendo el sollozo en la garganta,  
de gozo ó de dolor, que la alegría  
y la pena se funden en el llanto;  
Jesús en el altar resplandecía,  
y el áureo coro desgranaba un canto.  
¡Qué extraña entonación la del salterio!  
él escuchaba de ternura herido,  
en un intenso raptó recogido,  
y su madre lloraba. . . . ¡Qué misterio!

El cuadro se borró. ¿Qué mira ahora  
y qué rumor distante se levanta?  
Hay luz en su memoria, luz de aurora,  
y su primer amor revive y canta.  
El primero y el único. El Colegio  
amaba más que el templo; pero puede

afligir á su madre, si no cede  
á repetir el santo florilegio.

Y en la iglesia la vió, sola y de hinojos,  
la plegaria, miel mística, en la boca;  
la fe hecha luz en los azules ojos  
y cubierta la frente con la toca.  
Ella le vió también; el sentimiento  
que la embargó fué rápido, los cirios  
bañaron con amor la pensativa  
faz que inclinó con dulce movimiento,  
blanca con la blancura de los lirios,  
sintiéndose al vencer también cautiva.

Era él casi un sabio entre los sabios;  
pero al verla tan bella se dilata  
su sér en algo nuevo que le aleja  
de sus libros un punto, y que sus labios,  
siempre tan elocuentes, no desata;  
ni cuando un día se llegó á la reja  
y trémula de amor como una hoja  
entre sus manos estrechó la suya;  
oyó como una música: Soy tuya! . . .

mientras el llanto sus pupilas moja.  
Le alzó un templo: el hogar; y ella, la santa,  
cuando en sus brazos expiró, le dijo:  
No era posible, no, ventura tanta;  
cree siempre en Dios, por Dios;— y le bendijo  
dejándole su alma y su belleza,  
bañadas en un tinte de tristeza,  
en la gentil figura de su hijo.

¡Qué dolor tan cruel! La criatura  
qué hermosa, sí; pero la vida rota  
por la del blanco niño que nacía  
nunca pudo olvidar; y la amargura  
destilaba su hiel, gota por gota,  
en su existencia; y de su amor surgía  
el recuerdo, su madre, ella . . . y en tanto,  
Jesús en el altar resplandecía  
y el áureo coro desgranaba un canto!

Mirábase en los ojos del vidente,  
á pesar de sus lágrimas, risueño,  
el crepúsculo vago que en la mente  
separa el pensamiento del ensueño.

Que separa ó que une, ¿quién podría  
de esa duda romper el negro broche?  
No es la obscura sombra de la noche,  
tampoco es el esplendor del día!

Y no volvió á la cátedra. Pasaba  
las horas invocando á los ausentes;  
y muchas de rodillas, y lloraba  
ocultándose lejos de las gentes.  
Ansiaba penetrar en el santuario;  
pero solo, muy solo, sin testigos;  
y allí contar las cuentas de un rosario  
que fué de su mujer. De sus amigos  
huía como un réprobo. Rumores  
extraños en las aulas circulaban;  
que estaba loco algunos afirmaban,  
otros, lleno de penas y dolores.

Ya nunca por las noches dirigía  
su anteojo de sabio á las estrellas;  
á veces, como un niño, hasta creía  
lo que en la cuna le contaban de ellas.

Olvidaba la Técnica, y los nombres  
vulgares de los astros repetía  
en sus horas de éxtasis; las huellas  
de las almas creíalas. Los hombres  
ya no le recordaban. Su memoria,  
sus trabajos, sus triunfos y su gloria,  
quedaban sólo en la palabra escrita  
de sus libros sublimes, y en la historia  
de la Ciencia, la pálida infinita.

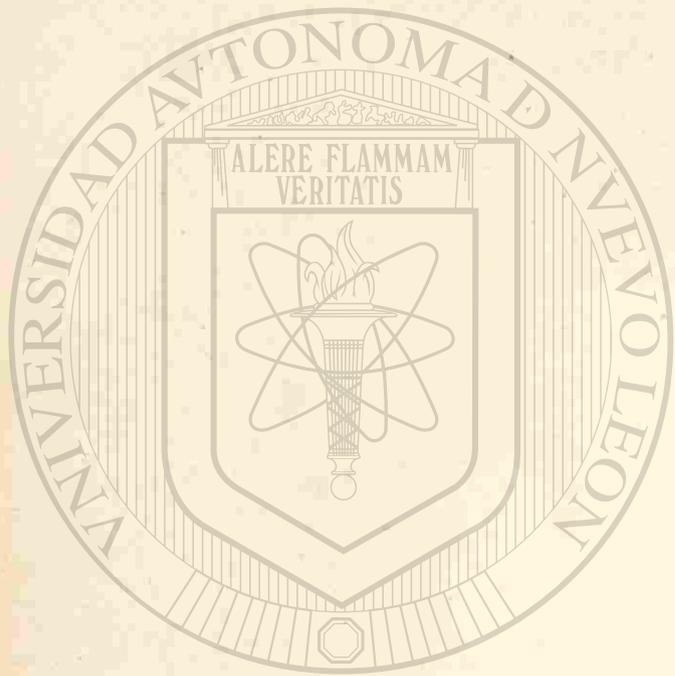
Una noche de Agosto, las errantes  
estrellas, como lágrimas de oro,  
caían en el seno ennegrecido  
del espacio sin límites; tremantes  
las frondas, en redor, gárrulo coro  
llevaban en el viento hasta su oído;  
y él lloraba, lloraba sin consuelo,  
lágrimas que la sombra recogía,  
la negra sombra en que también caía  
el llanto fugitivo de aquel cielo.  
¿Qué miró? ¿Qué escuchó? ¿Qué visión rara  
vió pasar por sus ojos, refulgente?

¿Qué voz le habló? ¿Qué voz? ¿Qué voz amante?..  
Luz interior iluminó su cara,  
cayó de hinojos, humilló la frente  
y, nuevo sér, se levantó radiante!

Iba á empezar la cátedra aquel día;  
la sala estaba, como nunca, llena,  
y por el corredor, zumbar se oía  
á la incansable, estudiantil colmena.  
El joven profesor, el sustituto  
del maestro inmortal, vió sorprendido  
penetrar por la puerta al pobre anciano;  
allí estaba. . . . temblando, el rostro enjuto  
y lívida la tez, de muerte herido,  
puesto de puntas el cabello cano.  
Apenas saludó con la mirada,  
bajo la blanca ceja adormecida;  
ocupó su sillón; y no su frase:  
*decían* —tantan veces repetida—  
*antaoño sólo sé que no sé nada. . . .*

su boca sin color, casi sin vida,  
pronunció como epígrafe de clase:  
*Señores, sé que hay Dios....* dijo, y al suelo  
se desplomó, llorando sin consuelo.





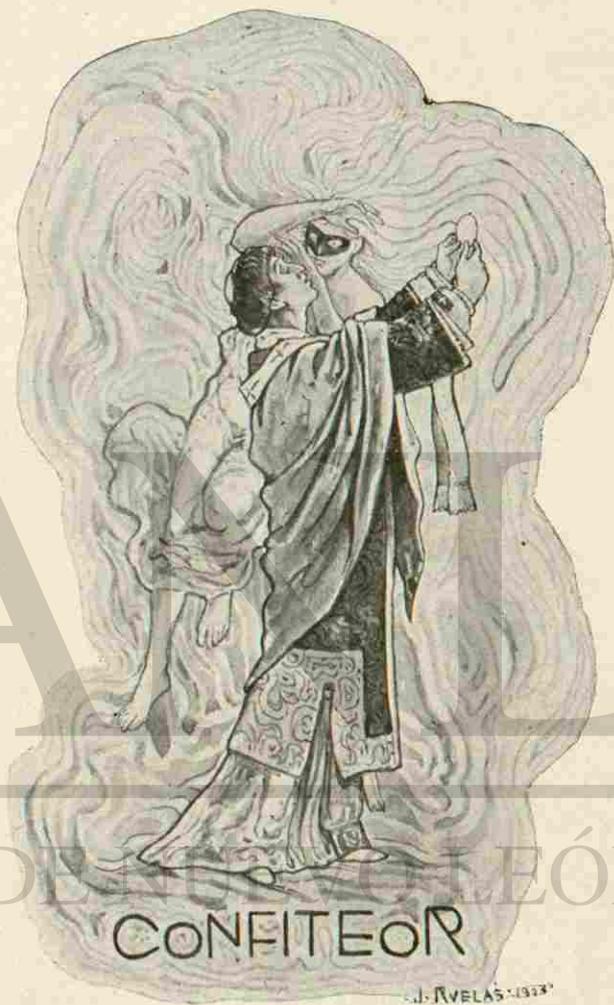
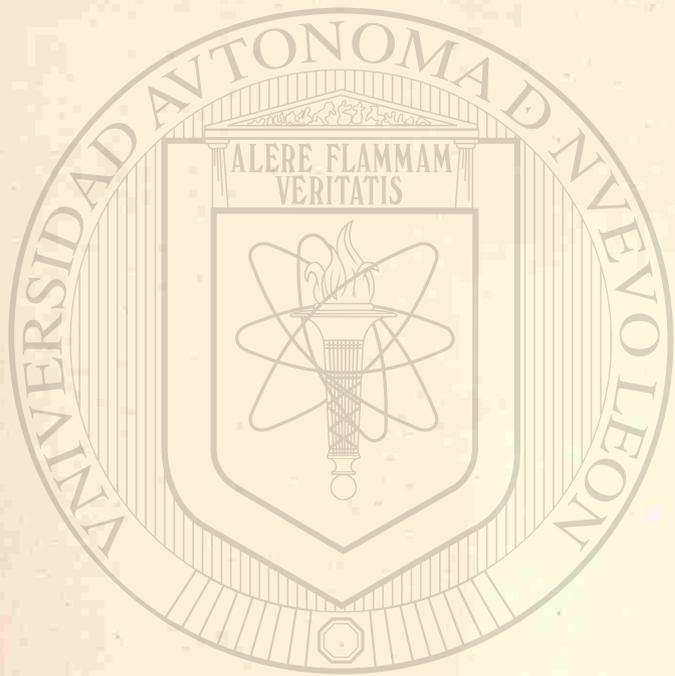
CONFITEOR  
UANL

---

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS





UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



A RAFAEL DELGADO.



Si quieres ser mi discípulo,  
niégate á tí mismo.

I

Alzó la hostia entre sus finas manos,  
hechas para la unción y la plegaria;  
resonaron los cánticos cristianos  
en un himno de triunfo, y en su mente  
las alas agitó la procelaria,  
anuncio de tormentas de vidente.

En el egregio altar —resplandeciente  
de oro y de luz— la virgen estelaria,  
en los brazos mostraba al niño santo  
desnudo, y con las tiernas manecitas  
y los pies pequeñísimos al viento,



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

como regocijado con el canto  
que llenaba las bóvedas benditas.  
Cuajaba doloroso sentimiento  
en sus pupilas lóbregas el llanto;  
¿dónde estaban las lágrimas de gozo  
que soñara verter el sacerdote  
al subir al altar la vez primera?  
En sus labios ahogábase el sollozo,  
y su conciencia al repentino azote  
de algo extraño, tornábase quimera.

¿Qué misterio era aquél? ¿Qué afán sin rumbo  
el alma le volcaba en el vacío?  
¿Por qué ignorado, subterráneo río  
era arrastrado en insondable tumbo? . . . .  
Al acercarse á Dios, abierta el ala  
tras la esperanza mística, sentía  
un derrumbe moral. ¿Cuál el objeto  
era de la existencia? . . . . Sonreía  
con sonrisa la Imagen á sus ojos,  
de madre, no de virgen. El secreto  
se revelaba entre la sombra oscura,

á trechos rota por fulgores rojos;  
y su alma triste coronó de abrojos,  
con invisibles manos, la amargura.

Hay instantes que son como la sonda  
del mar fatal, sin fondo y sin ribera,  
del tiempo que es la eternidad.... Muy honda  
su emoción le llevó lejos, muy lejos,  
en un momento; y con la hostia alzada,  
al eco de una queja lastimera,  
su memoria voló, flecha lanzada  
á los recuerdos de su edad primera.

Era muy niño. . . . Pálida enlutada  
le oprimía en su seno, sollozando;  
pero el sollozo se bañaba en risa,  
dulce como crepúsculo sereno,  
entre los labios maternos, cuando  
al repetir los rezos muy de prisa,  
él la besaba, de ternura lleno.  
Su padre! Dura guerra. . . . Recordaba  
como un sueño su muerte. Voces, ruido,

un ruido atronador, caballos, hombres,  
y sangre que su madre restañaba  
en la carne convulsa del herido;  
incendio, gritos de ignorados nombres;  
alguna maldición que resurgía  
en el recuerdo vago, pero cierto;  
lamentos, preces, al batir la diana  
el feroz triunfador, mientras caía  
el llanto de su madre sobre el muerto,  
á la lívida luz de la mañana.  
Después —era muy niño todavía—  
le retiraron de su madre. El cura,  
el viejo cura de su pueblo, un día  
le condujo consigo al camposanto,  
y cerca de una pobre sepultura  
le dijo: *Reza por tus padres, niño!*  
y él de rodillas y anegado en llanto,  
deshojó la oración, flor de cariño.

¿Qué era su juventud? Apenas siente  
la adolescencia al acercarse al ara.  
El frío seminario fué su mundo.

Irradiaba el candor sobre su frente;  
mas el ebúrneo mate de la cara  
acusaba en su ser afán profundo,  
y afán era de amor. En su inocencia  
creyó encontrar en el amor divino  
el objeto supremo de la vida;  
pero de aquella madre la presencia  
surgiendo á la mitad de su camino,  
en consuelo de todos convertida,  
que en el altar su hijo pregonaba,  
su espíritu, errabundo peregrino  
del ensueño de amor, cristalizaba  
la eterna aspiración. ¿Cómo hasta entonces  
el velo se corría? ¡Cuántas veces  
á los pies de la virgen dió sus preces  
al resonar de los sagrados bronce,  
hallando en ella el deseado puerto  
para sus inquietudes y sus dudas:  
y como caminante del desierto,  
la dulce y buena, perdurable fuente  
donde apagar su sed, y en luchas rudas  
de alma tierna, sin mundo y sin malicia,

allí de nuevo, triunfador creyente,  
la Gracia, como mística caricia.

¿Era debilidad? ¿Era asechanza?...  
La misa lentamente proseguía,  
pero en el alma atónita, sentía  
el naufragio total de su esperanza.  
Un monstruo en torno del altar gemía:  
era la multitud puesta de hinojos,  
trémula de emoción y de miseria,  
que apagaba la voz de la materia  
en ayes, palideces y sonrojos.

¿Era miedo la fe? Aquella pura  
y divina fruición, fuerte y callada,  
en lágrimas de dicha desgranada,  
que el alma levantábale á la altura  
de los pies del Señor, no era la impura  
que ahora el corazón le comprimía  
con sus manos de acero; y en el fondo  
como el monstruo, á su vez, también gemía,  
ante el misterio impenetrable y hondo.

Ni un recuerdo infantil de amor primero,  
ni una sonrisa de mujer guardada  
como girón azul en la memoria...  
Su recuerdo era uno y pasajero:  
el amor de su madre, arrebatada  
tan pronto á las altezas de la gloria.  
Partía con un fúnebre retrato  
de su padre, los besos de la honesta  
y doliente mujer... ¡Recuerdo grato  
el beso de su madre! ¿Qué es un beso?...  
Nada en su sér estático contesta;  
pero mira al altar como insensato,  
de alegría y dolor al grave peso,  
sintiendo el alma entre los labios puesta...  
¡eso era dar y recibir un beso!

Y comenzó á soñar... La nota  
que no ha llegado nunca á los oídos,  
violeta virginal de los sonidos  
en el secreto de la gama ignota;  
que no tiene rumor como la gota  
que descende á los pétalos dormidos,

y sueña acaso en los cerrados nidos  
de una isla fantástica y remota;  
esa escuchó, lejana como el eco  
del ósculo materno. . . . Y en las nubes  
que la virgen hollaba con su planta,  
vió, trémulo de amor, el labio seco,  
las alas agitar á los querubés,  
repitiendo á una voz: *¡oh Santa, Santa!*  
Santa maternidad clamó en su mente;  
y la forma, el altar, la nave, todo  
borró el incienso, y hasta el suelo mismo  
faltó á sus pies, y rápida corriente  
de viento en espiral le hurgó, de modo  
que se creyó lanzado en el abismo.

¿Caía ó se elevaba en el inmenso  
letárgico nublado del incienso?  
Quebrantados los músculos, oía  
crugir sus huesos, como cuerdas rotas  
sus nervios estallar en el vacío. . . .  
. . . . Miró de pronto despuntar el día  
y que se condensaba como en motas

de nieve el nubarrón, y tuvo frío.  
Quiso alzarse, no pudo; sobre el pecho  
sintió, al caer en lúgubre extravío,  
que un gigante le hincaba la rodilla,  
del postrimero hálito en acecho;  
dió un grito, como aullido de trailla,  
y despertando, se sentó en el lecho.

## II

Amanecía. En la entornada puerta  
de la celda, la luz, pálida y triste,  
tembló indecisa á su mirada incierta.

Entre la negra sombra que resiste  
al vago resplandor de la mañana,  
el sueño aún parece que persiste.

Á la de alba llamaba la campana. . . .  
Quiso rezar, pero rezar no pudo. . . .  
Brotó de nuevo la ilusión arcana.

Rígido estaba, estupefacto, mudo;  
el corazón cubría con las manos,  
como buscando en ellas un escudo.

Por sacudir sus pensamientos, vanos  
esfuerzos hizo con tenaz porfía. . . .  
¡Eran á cada instante más profanos!

Pensó en el beso conyugal, creía  
oír el que le diera la existencia,  
y más santo le hallaba todavía.

Vibraba como mágica cadencia  
algo en su sér, y meditaba en eso,  
sin escrúpulo alguno de conciencia.

¡Con qué grata emoción! Con qué embeleso  
pensó en la humanidad, con un profundo  
amor, y por los labios sintió un beso!

Era el enorme despertar fecundo  
de una alma por las zarzas detenida  
al levantar el vuelo por el mundo;

y la eterna protesta —esclarecida  
por la luz auroral, límpida y pura,  
de la Naturaleza y de la Vida.

Se sintió prolongado en la futura  
humanidad; miró como delito  
la castidad claustral, y hallóla impura.

No de placer liviano fué su grito;  
hubo algo de brutal en el espasmo,  
con un dejo inmortal de algo infinito!

Era el instinto triunfador; y el pasmo  
que embargó sus sentidos, de repente,  
impulsos le produjo de entusiasmo.

Y surgió éste por fin, vivo, candente. . . .  
¡Á la Naturaleza aquella injuria! . . . .  
Y se elevó hasta Dios, de gente en gente.

En su cuerpo ni un rastro de lujuria;  
ni una mancha, en el alma, de lascivia. . . .  
No era, no, su aspiración espuria.

Una corriente perfumada y tibia  
acaricia su testa pensadora,  
y serena su espíritu y le alivia.

Algo las cimas de su mente dora,  
bajo de un cielo trasparente y puro,  
cual cuna azul de inesperada aurora.

Y medita en huir del antro obscuro:  
será, si permanece, sacerdote;  
si recibe las órdenes, perjuro.

¿Deberá confesar aquel azote  
recibido en la carne sin mancilla,  
poniendo su piedad, de nuevo, á flote?

¡Nunca jamás! . . . Su alma —tan sencilla  
como una flor silvestre— se acobarda,  
y salta de la cama y se arrodilla.

¡Oh Dios! ¡Señor! Que en mis tinieblas arda  
la luz indeficiente del consejo. . . .  
Mi juicio es poco, mi conciencia tarda.

Con un rayo, ¡oh mi Dios! con un reflejo  
tengo para alumbrar mi vida. Santo  
Dios, ¿me aproximo á ti? ¿de ti me alejo?

¡Encúbreme, Señor, bajo tu manto!  
Tú que domas el mar embravecido,  
calma este afán en mí, ¡oh Dios, Dios Santo!

Me siento bueno, ¡oh Dios! no he delinquido.  
¿Esta revelación es cosa tuya. . . . ?  
Si no lo es, apáguela el olvido.

¿Qué es á tus ojos grato, dí? ¿Que huya?  
La duda me doblega y acongoja,  
y no hay poder en mí que la destruya.

¡Oh Dios! Soy á tus pies como la hoja  
del árbol arrancada por el viento;  
ayúdame, Señor, en mi congoja.

¡Oh Dios, mi Dios, arranca el pensamiento  
de mi cerebro estéril! ¡Dios, Dios Santo!  
Vuélveme loco, ¡oh Dios! tu ausencia siento  
y en vano á Ti mi espíritu levanto!

III  
ALERE FLAMMAM  
VERITATIS  
Como aves pensativas quedáronse sus dudas  
en el alero roto de su conciencia sola;  
y así le parecían, exóticas y mudas,  
las víctimas sin nombre que el fanatismo inmola.

¿Era tan malo el mundo? ¿La vida tan proterva?  
¿No era de Dios hechura? ¿No era su gloria misma?  
Y flotan en su alma, que el desencanto enerva,  
temores de castigo, y en el dolor se abisma.

Sus manos temblorosas buscaban el rosario;  
y con los labios pálidos decía: *Padre nuestro...*  
Sin continuar, oyendo la voz del campanario,  
lento, llamando á misa, fatídico, siniestro.

*Huir*, dijo muy quedo. ¡Oh, no! Yo necesito  
la confesión... ¿Y, cómo hacerla? No podría.

Inmóviles sus dudas le miran de hito en hito,  
y, en tanto, iba creciendo la claridad del día.

*Huir...* ¿pero y el mundo? ¿La guerra? Su memoria  
la muerte de su padre prodújole en retablo.  
*No, no, la Iglesia siempre, la Iglesia con su gloria,*  
y por la vez primera pensó: *¡Si será el diablo!*

Se persignó. No era. Estaba bien seguro....  
¡Nombrar él á su madre! ¡Nombrar al viejo cura!  
¡Diciéndole al oído: *pudieras ser perjuro;*  
*eres una alma buena, eres una alma pura!*

Y con los brazos flojos, caída la cabeza,  
pensó en sus timideces para decir lo cierto;  
moviendo en sus entrañas la gran Naturaleza  
todo lo que hubo antes, callado y encubierto.

En su dolor entonces sintió como un deleite;  
vaga fruición de ensueño del porvenir le embarga;  
y crece como crece la mancha del aceite,  
y arroja del escrúpulo la fatigosa carga.

Huir.... Es tiempo, es tiempo. Huir mejor anhela,  
que confesar de frente. ¡El padre es tan severo!  
¡Si Dios no quiere eso!... y mira cómo vuela  
de dudas el enjambre, las aves del alero.

Sintió en el pensamiento como rumor de olas;  
sintió dentro del pecho como batir de alas;  
y vio triunfante, en medio de blancas aureolas,  
la juventud despierta, la vida con sus galas.

Miraba en sus ensueños un ángel prepotente,  
bañado en los colores brillantes del lucero,  
que con acento grave le dijo, frente á frente:  
*¡Levántate y camina! Levanta, yo lo quiero!*

*¿No ves cómo las flores se abren á la brisa  
que baten resonantes los élitros de oro?*

*¿No ves las golondrinas besarse en la cornisa,  
que asombra con sus ramas el viejo sicomoro?*

*¿Por qué, por qué mutilas las leyes misteriosas  
que hasta los astros cumplen con rítmico concierto?*

*Creado por Dios todo, los seres y las cosas,  
se va al amor la vida, como la nave al puerto.*

Sonaban las palabras del ángel en la estancia  
cual música no oída de la celeste esfera;  
y se espaciaba en ella la prístina fragancia  
de los botones que abre la nueva primavera.

¿Qué mano oculta pudo matar en un momento  
la luz resplandeciente de la visión divina?....  
De nuevo entre las sombras escúchase el acento  
del ángel que repite: *Levántate y camina!*

Y giran las tinieblas en loco torbellino;  
y aquella tromba negra le arrastra sin rumores,  
mientras en las cornisas y en el jardín vecino,  
bañándose en las ondas del aire cristalino,  
los pájaros exhalan sus cánticos de amores.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN  
ALERE FLAMMAM  
VERITATIS

Salmodiando en redor de pobre lecho  
en que reposa viejo franciscano,  
al toque lento y grave de agonía,  
con las manos cruzadas sobre el pecho,  
fijos los ojos en el noble anciano,  
una turba de monjes repetía  
el Credo por el alma del hermano.

Cesaban á las veces las plegarias;  
y aquel doliente grupo taciturno,  
rendía al moribundo justas parias  
de fiel admiración. En el nocturno,  
leve viento, un rumor de hojas y voces  
ensayaba llevar algún consuelo  
del paciente á los débiles oídos:  
«Que del Señor la venturanza goces.  
«Es una alma nacida para el cielo.

«Siempre fuiste sostén de los caídos.  
«Vaso de bendición y de pureza.  
«Relicario de fe, urna de gloria.  
Ejemplo en esta vida transitoria...»

De repente el enfermo la cabeza  
levantó; y los monjes, á su vista,  
quedaron con el ánimo suspenso.

*Yo soy de Satanás una conquista!*  
dijo en acento ronco, pero inmenso.  
*«Nada ha sido verdad. Hoja caída  
del árbol del amor fui, por las artes  
del fanatismo secular; y ahora  
miro lo estéril de mi triste vida;  
y que llevè conmigo, á todas partes,  
la palabra fanática, impostora;  
no el agua de la fuente apetecida.  
Alma cándida fui como el arniño  
y criada por Dios para la santa  
vida del Universo!... ¡Cómo sueñan  
en su cuna purísima de niño*

los espíritus todos, cuando canta  
la juventud! ¡Oh Dios!.... Como despeñan  
sus diáfanas linfas las corrientes,  
fue despeñada mi alma por la mano  
que una ambición sin límites inspira;  
y como corren sucios los torrentes,  
atravesé por el acervo humano,  
mascando y escupiendo la mentira....  
... Nunca me dejó Dios, hasta el instante  
en que no le escuché, y, ciego y loco,  
oí á los hombres de su faz delante;  
y hoy al morir, por su piedad le invoco,  
por su misericordia sin medida....  
¡Soy réprobo de Dios — dijo anhelante, —  
de la Naturaleza y de la Vida!»

Rodó la voz siniestra con el alma,  
azotando los rostros contraídos  
de los monjes inmóviles.... La calma  
fue inundando la celda lentamente....  
Comenzaban los cantos en los nidos,

alzaba su monólogo la fuente,  
despertaban los pétalos dormidos,  
á la de alba llamaba la campana;  
y cayó del cadáver en la frente,  
opacando los cirios encendidos,  
nimbo de oro, la luz de la mañana.





LUZ DE LUNA

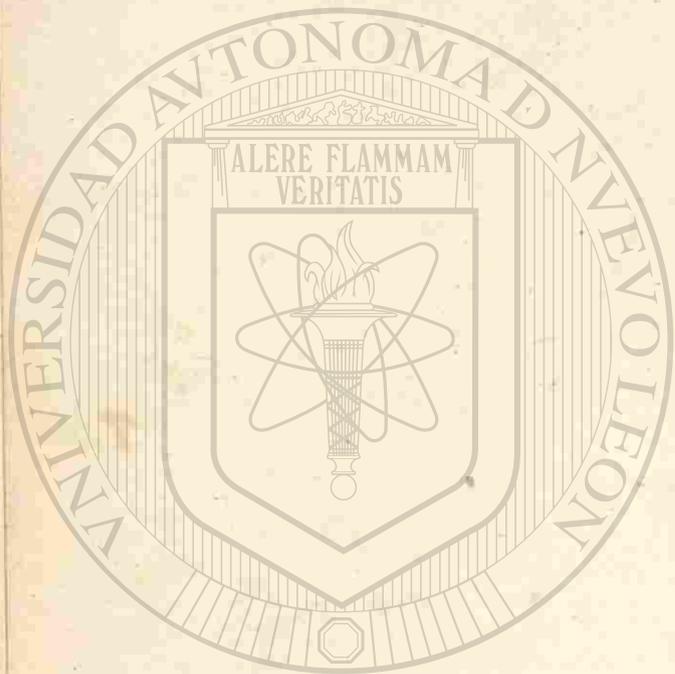
UANL

---

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS





## LUZ DE LUNA

A ANGEL DE CAMPO

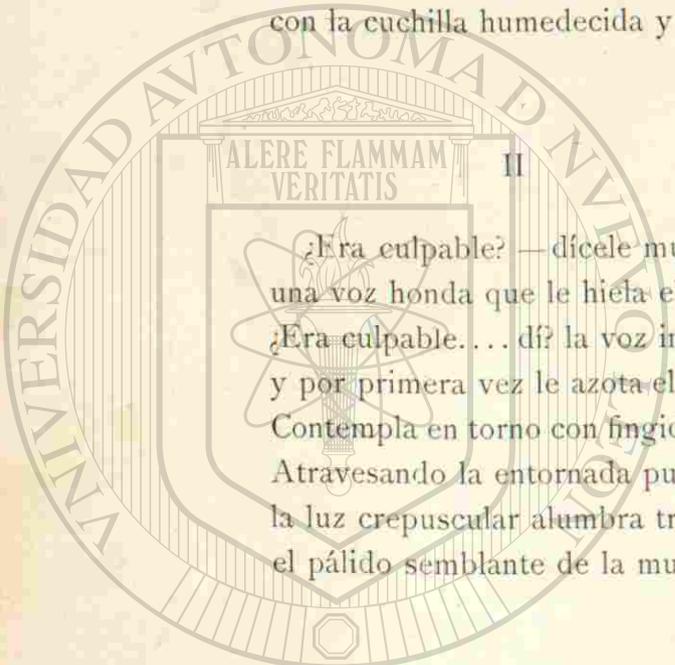


I

¡Oh, máatala! — á su oído  
dijeron á la vez la torva ira  
y el despecho brutal. Enloquecido  
y ciego de furor alzó la mano,  
relampagueó el acero de la hoja;



y mientras hiere y la mujer expira,  
parece que abre impenetrable arcano  
con la cuchilla humedecida y roja.



II

¿Era culpable? —dícele muy quedo  
una voz honda que le hiela el alma.  
¿Era culpable... dí? la voz insiste,  
y por primera vez le azota el miedo.  
Contempla en torno con fingida calma: ...  
Atravesando la entornada puerta,  
la luz crepuscular alumbra triste  
el pálido semblante de la muerta.

III

En el último rayo enrojecido  
en la sangrienta charca en que reposa  
la joven, como un lirio desprendido

del tallo por la racha enfurecida,  
mira flotar el alma de su esposa  
que parece volver al cuerpo inerte  
y reanimar la llama de la vida  
en los despojos mismos de la muerte.

IV

«No soy culpable, no —dice la boca  
inmóvil del cadáver, cuyos ojos  
abiertos ven al trémulo asesino;—  
firme fué mi virtud como la roca  
que no conmueve el huracán. Abrojos  
sólo recogerás en tu camino.  
Por tu crimen bestial no lleves duelo;  
el abis no eres tú, yo soy el Cielo.»

V

Se apagó el rayo de la luz incierta  
á los pies de la noche ennegrecida,

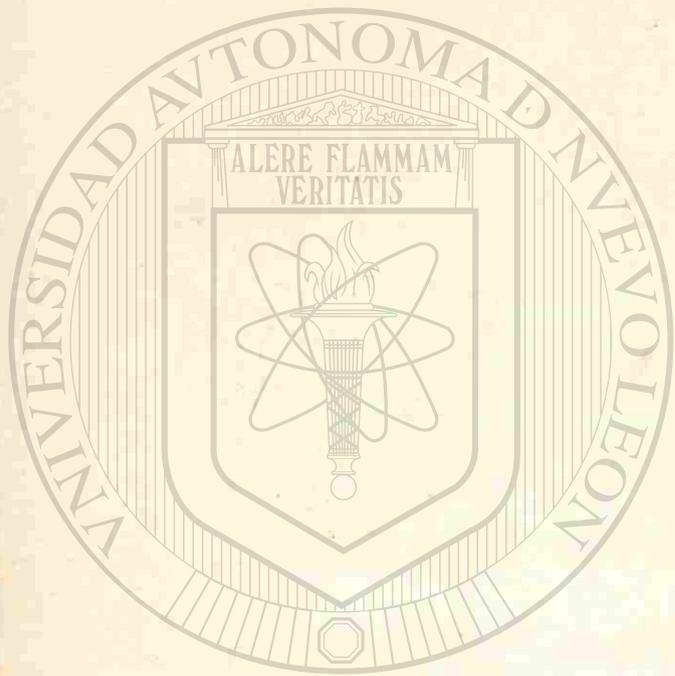
que cubrió con su manto  
la faz aterradora de la muerta.  
A tientas sacó el hierro de la herida  
el matador. Sin pena ni quebranto,  
como en la blanca noche de su boda,  
cubre de besos á su dulce amada;  
amoroso á su lado se acomoda;  
y sin una oración, sin decir nada,  
con mano firme y ánimo certero,  
á la luz de la luna que nacia,  
exhalando un suspiro de alegría,  
se partió el corazón con el acero.



LAS LÁGRIMAS DEL BRONCE

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



I

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

Un día los gérmenes de la tierra de Francia,  
unidos al servicio del genio y del orgullo,  
rojos por el aliento vibrante de la gloria,  
hincháronse en las venas de Bonaparte el Único.®

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Y buscó compañera bajo enemigo techo,  
y penetró en el vientre de una hija de Hapsburgo  
como en Berlín, en Viena, en Madrid, en Mósou,  
circuido por la púrpura aureola del triunfo.

II  
No sonrió la Vida en la noche de bodas  
del domador de pueblos y la hija de Hapsburgo.

III  
El monólogo eterno del salobre Océano  
despierta otro más triste, más hondo, más adusto,  
en el alma doliente del vencedor vencido,  
que de su roca mira las ondas, taciturno....

Allá lejos, muy lejos, se alza una ola inmensa.  
¿Qué trae sobre la cima, deslumbrador y puro?  
¿Las nieves de los Alpes que hollara como Aníbal  
ó el sudario de hielo de los desiertos rusos?

El sol quiebra sus rayos en el cristal revuelto  
de la ola ya próxima. Sobre el cantil desnudo  
refleja el arco iris sus trémulos colores,  
y envuelto en ellos clama con inefable júbilo:

—Es Austerlitz, es Jena, mi ejército de Italia!....  
Y es, ah! la roca inglesa, su isla, su sepulcro.

IV  
Y sueña en las Pirámides, en Suez, en Palestina,  
en Marengo y en Tillsit; y en los celajes brunos  
ve en ráfagas de llamas á Mósou, el grande incendio  
que fundió en moldes nuevos á los cosacos rudos.

Pero, ¡ay!.... que su trono, su ejército, su gloria,  
no se prenden al alma con recuerdo importuno;  
piensa en el pequeñuelo que se llevó consigo,  
en medio de las ruinas, esa hija de Hapsburgo. ®

## V

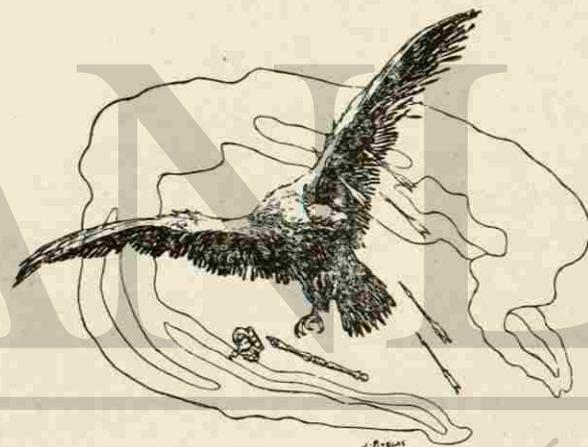
Una onda más grande que todo el Océano,  
 más amarga y rugiente, caminando sin rumbo,  
 rueda en su alma enorme, que tan sólo en su alma  
 puede caber la onda de su dolor profundo.

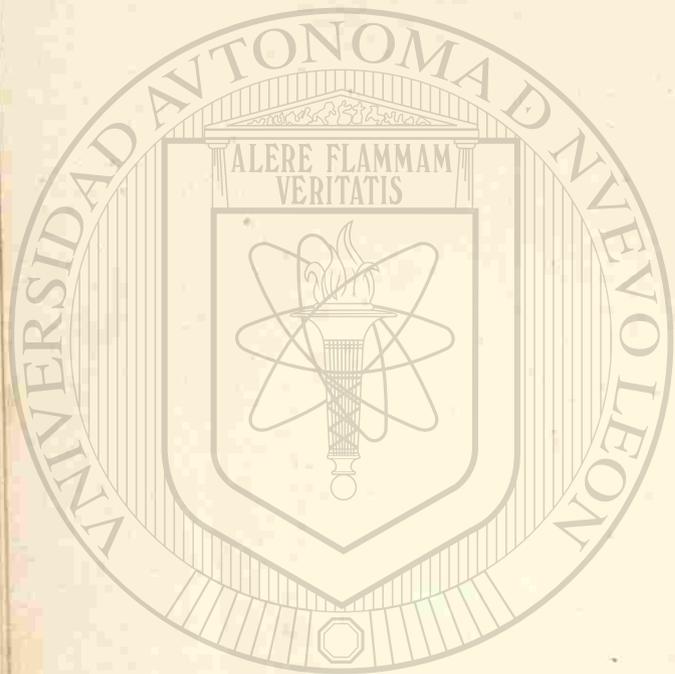
¿Adónde está su dulce reyecito de Roma....?  
 Han roto su diadema los aliados intrusos....  
 Las águilas no vienen á decirle al oído  
 si anida el pequeñuelo en las cumbres del mundo.

Y sólo Dios contempla—Dios que ve en el coloso  
 correr, como la lava candente del Vesubio,  
 el fuego de su llanto, por aquel bronce antiguo  
 de su semblante, mezcla de César, de tribuno,  
 de legionario, y ora de mártir, cuyo espíritu  
 busca á Dios en los lampos del postrimer crepúsculo.

## VI

No sonrió la Vida en la noche de bodas  
 del domador de pueblos y la hija de Hapsburgo.





POEMA ROTO

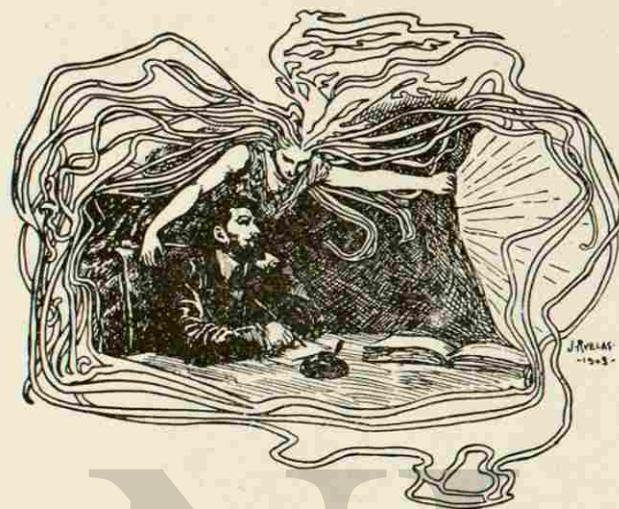
# U A N L

---

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS





## POEMA ROTO

A BALBINO DÁVALOS.

ECOS

I

¡Oh Musa, yo te impetro! . . . .

Coronando de mirtos y laureles

La jonia lira que pulsara Apolo

y pone olvido al cetro;



DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

tú que los hombres á la gloria impeles,  
lleva mi voz del Ecuador al Polo  
al grato ritmo del rotundo metro.  
Que sean en su vuelo mis estrofas  
los áureos orbes del enorme espacio,  
el himno epitalámico del alma  
del Universo en el azul palacio.  
Naturaleza madre, que apostrofas  
con tu impasible calma  
al espíritu humano, raro fruto  
de tu secreta actividad, revela  
tu misterio al poeta, sin recelos;  
si eso es hacerle dios, ese tributo  
tu hijo mereció; su carabela,  
alentado por todos los anhelos,  
lanzó en medio de todos los azares;  
y no tiembla en los tumbos de los mares,  
ni teme ante las sombras de los cielos.

El momento llegó. Trueca el soldado  
en instrumento de trabajo probo  
el fratricida acero ensangrentado;

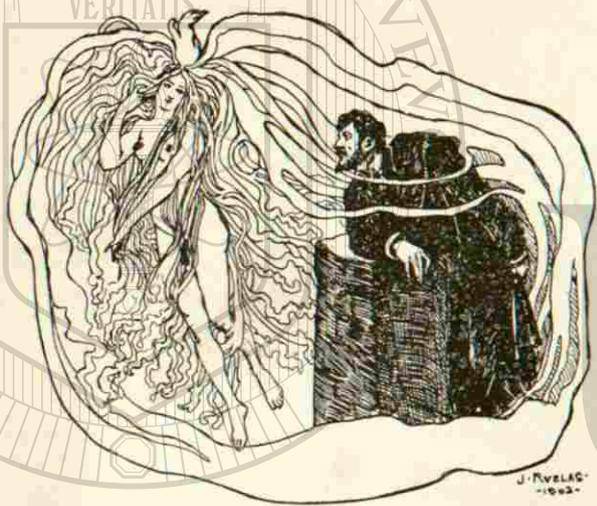
y ya no va, como el astuto lobo,  
sobre la mansa oveja, carnicero.  
Cubre la mies el llano y el otero.  
Realizó la humanidad. Apaga  
los fuegos fatuos, pues, conque alumbraste  
el cementerio gótico, y sus bardos  
amasa en tus entrañas para limo  
que aún más fértil á la tierra haga.

Coronado de ensueños y de cardos,



®

el hombre obtuvo al fin el fruto opimo;  
y en alas de la Santa Poesía,  
que de la Ciencia lleva el áureo coche,  
haz que surquemos de una vez la noche  
y surja para siempre el claro día!



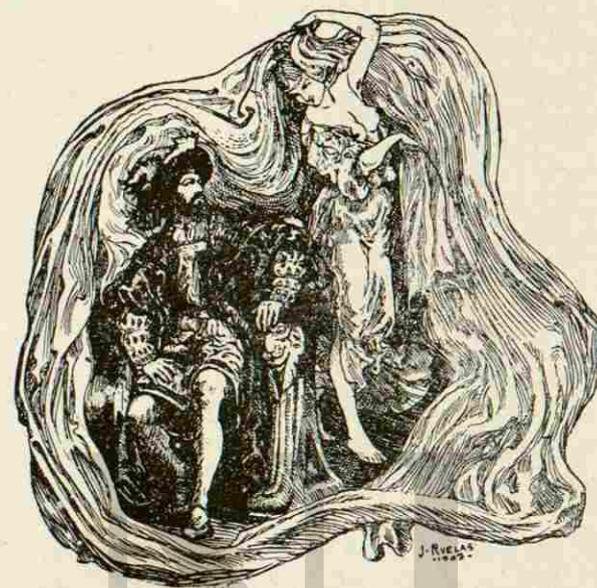
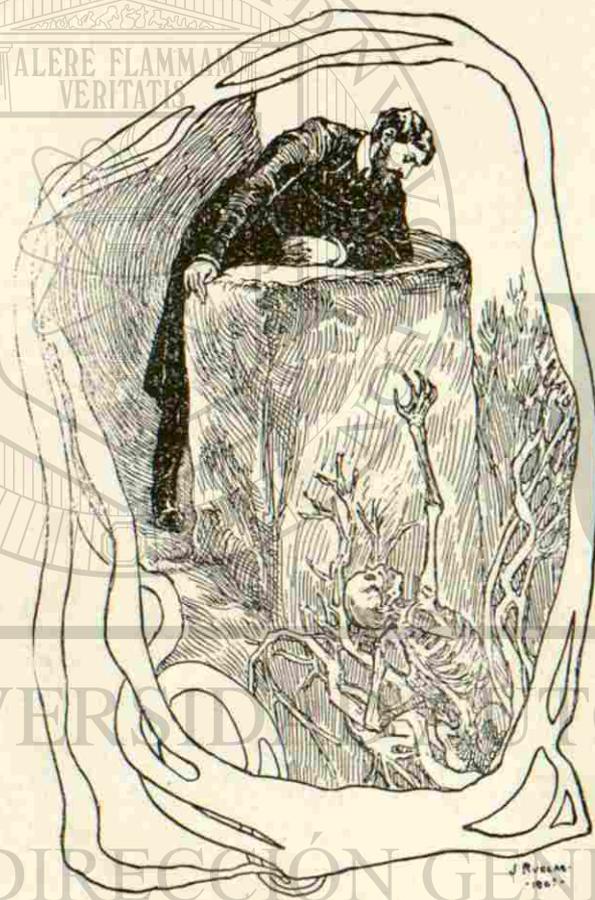
II

Oh Musa! la de largos y sedosos cabellos,  
que en estuche de oro, al envolverte en ellos,

de tus desnudas carnes la palidez extraña  
ocultas á mis ojos, que la ternura baña  
con lágrimas que ruedan como gotas de fuego,  
hasta mis labios lívidos, tremantes por el ruego.

Oh Musa! la de azules pupilas de oleaje  
inmenso y turbulento bajo el obscuro encaje  
de las pestañas rizas de parpadeo de astro,  
la de blancura pura, blancura de alabastro.  
Entre los arcos rojos de tu irónica boca,  
la ansiedad de fundirme en tu sé me provoca;  
en hamaca prendida de invisibles estrellas  
ruedas en el espacio y como ruedan ellas;  
los perfumes que exhalas son perfumes ignotos  
de flores calcinadas en los tibores rotos. . . .  
Oh Musa! la de largos y sedosos cabellos,  
un rayo dame sólo de tus raros destellos;  
de mi carne y mis huesos, en proficuo incensario,  
haz mirra que perfume tu silente santuario;  
con tu aliento enervante embriagarme quisiera,  
Oh Musa! Oh Todo! Oh Nada! Oh sublime Quimera!®

No hay flores en el valle, ni en los árboles broto;  
 ceñida la cabeza de crisantema y loto,  
 del Nirvana haz que encuentre los escondidos sellos,  
 Oh Musa! la de largos y sedosos cabellos.



LA VOZ DE ÉL.

I

¡Lánguido sueño de placer, que tiendes  
 sobre mi frente tus temblantes alas!  
 ¡Cándida imagen que en mi pecho enciendes  
 fuego de amor con tus virgíneas galas!

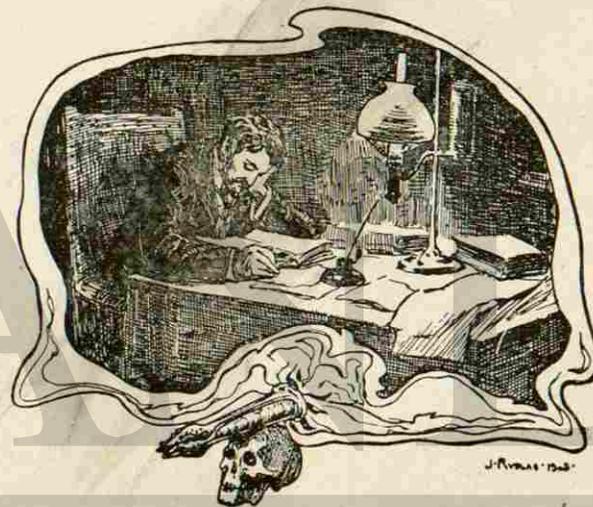
¡Acércate!.... Mi boca  
vibra al impulso de ardorosos besos  
y ni el extremo de tus alas toca!  
¡No te alejes! ¡Acércate! Infinita  
ansia de amor al corazón aqueja.  
¡Ven! y en el pecho que por ti palpita,  
un solo rayo de esperanza deja!....  
Yo he soñado contigo en las calladas  
horas de amor, bajo el nocturno velo,  
y he visto tus eróticas miradas  
ofuscar las estrellas en el cielo.  
Yo he sentido tu aliento perfumado  
exhalarse en el cáliz de las flores;  
y en alas de la brisa transportado,  
ir por el aire murmurando amores.  
Nacer, mecida por las dulces frondas,  
te he visto en la laguna,  
rizando apenas las risueñas ondas  
que al levantar tu vuelo te cantaban;  
y á tus pies encorvándose la luna,  
ir besando tus huellas,  
en tanto que tu frente coronaban,

pálidas las estrellas.  
Te he seguido en la tierra sonriente  
tendiéndome los brazos: parecía  
que de amores la llama refulgente,  
como en mi pecho, en tu mirada ardía.  
Cerca, muy cerca ya de ti, mi mano  
iba á tocar tu blanca vestidura,  
iba á palpar la morbidez pagana,  
incomparable y pura,  
de tus plásticas formas.... Soberano  
placer el alma me embargaba, apenas  
mi ardiente sangre contener podían  
sin estallar, mis abrasadas venas.  
¡Besar tus labios! ¡Respirar tu aliento!  
Sentir el pensamiento  
huir, arrebatado en el torrente  
que crece y se dilata  
del más bello y profundo sentimiento!  
¡Sentirse libre de los férreos lazos  
que el huracán de la pasión desata!  
¡Trémulo ver el porvenir delante,  
que de rodillas con placer ofrece

el cáliz de la dicha palpitante. . . !  
¡Vivir en un instante  
toda una larga vida;  
y luego, en honda y destructora calma,  
aniquilarse el alma,



ella misma en cenizas convertida!  
¡Vana ilusión! ¡Irrealizable anhelo!  
Cuando á tocarte voy, alzando el vuelo,  
vas á perderte en el sidéreo coro;  
y es ¡ay! del Ether, impalpable, el velo,  
sepulcro azul de mis ensueños de oro.



II  
«Lo incognoscible,» dijo (y en sus manos  
dejó caer la testa pensativa. . .

De codos en la mesa del Estudio,  
después de larga noche de vigilia,  
quedó inmóvil. . . . la luz jugueteaba  
en los cristales del balcón). «Un día  
más en el mar del tiempo, un día triste,  
¿y qué logrado? Nada. De la vida  
el objeto se escapa. . . . pero hay siempre  
un ideal sobre las almas limpias.

La Verdad y el Amor! Qué par de alas  
para volar, sin tregua ni medida,  
por el espacio abierto al pensamiento,  
que la Ciencia con ánimo cultiva!

¡Amar! ¡Pensar! La esfera de la Ciencia,  
si el desaliento acaso nos limita,  
crece con el trabajo y la esperanza;  
la recompensa vale la fatiga.

Este libro. . . . ¡Qué espléndido resumen  
de la nueva y genial sabiduría!

Cristo es la luz y el pan. Sócrates pudo

revivir de su polvo en una oliva  
que corona un guerrero ó un poeta,  
ó algún dios. . . . ó quizás una hetaira. .  
¡Qué gran laboratorio la Natura!  
¡Qué hondo manantial de aguas vivas!  
De aquel polvo que Graco tiró al cielo  
nació Mario. ¡Qué símbolos! ¿Y Sila  
de qué cieno nació? . . . Newton de Bacon;  
Bacon de Vives! ¡Vives! ¡qué porfia!  
Avicena, Aristóteles. . . . los libros  
penetran en mi alma que delira  
como los rayos X por la carne,  
mostrando el plomo en la profunda herida.  
Shopenhauer me asedia, mas no puedo  
y jamás podré ser un pesimista.  
Si el bestia pitekántropo —mi origen—  
un hombre llegó á ser, ¿por qué mi vida  
no habrá de producir al fin del tiempo  
un ángel arquetipo de familia?  
Digo un sér superior que vuele y tenga  
diez sentidos ó veinte, doble vista  
que dicen hoy. . . . en fin, un sér supremo!

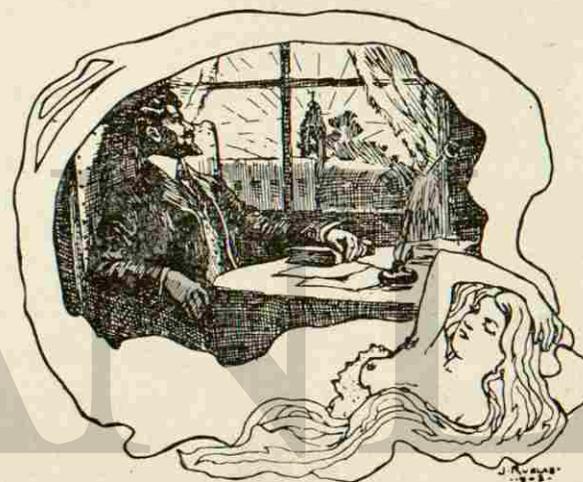
¡La escala es ascendente; roca viva,  
planta, animal irracional; y en breve,  
hombre, es decir, un dios que pese y mida  
los astros en sus órbitas extrañas,  
y el secreto estelar de esa armonía  
les revele a los pósteros felices. . . .  
¿Y el amor? ¡Qué aliciente! Qué tranquila  
duplicidad del Yo, cuando es sincero,  
y cuando no lo es, oh, qué ironía!  
La Verdad y el Amor, ese es mi mote,  
esa será mi única divisa. . . .

Y ella me ama como yo la amo,  
tierno capullo de una flor divina  
se abre sólo á mi aliento y lo perfuma  
como un jazmín que acarició la brisa.  
Soy feliz. Sé mirar el Universo  
y recoger de amor la rosa mística.

No lo hizo tan mal Dios, si Dios existe. . . .

Y se quedó perplejo, como en fría  
actitud de sonámbulo en un puente

que en lo real y en lo ideal estriba,  
levantando su joven testa bruna  
en el creciente resplandor del día.





#### ESCENA

Un rumor de hojas besadas por las brisas adormidas,  
melancólico y suave....

94

Un rumor que se entumece vagamente entre las frondas  
como un frú frú de sedas en las largas avenidas,  
donde suena el pío del ave  
que ha ocultado la cabeza bajo el ala. . . . y en las ondas  
indecisas de la atmósfera, el fulgor de un plenilunio  
que en la tierra aletargada su albo polvo cierne y llueve....  
En el alma temor leve,  
ó fugaz presentimiento de algún próximo infortunio.

Un rumor de hoja seca estrujada en el sendero  
por furtivo paso grave  
de una sombra. . . . la de un árbol que á la luna cabecea  
como insomne sobre el nido palpitante de un alero.  
Un rumor. . . . el de una llave  
que se tuerce sordamente. . . . el relente que gotea  
humedad en la hojarasca, ó el chirrido de algún grillo  
que su trova deja trunca, sin final en la espesura. . . .  
Un rumor. . . . la cerradura  
que rechina en el misterio.... Vuelve el grillo á su estribillo.

Un rumor. . . . de voces rotas y suspiros apagados;  
el favonio que despierta,

95

que se alza y que los brazos de los árboles agita  
en la ráfaga de plata de los álamos copados,  
de los cedros de la huerta,  
en la rígida pirámide que se encorva, que crepita;  
en los anchos abanicos de las palmas resonantes. . . .  
El rumor del arroyuelo, que ora acrece más el viento,  
desgranando va su acento,  
como en páteras de oro gargantillas de diamantes.

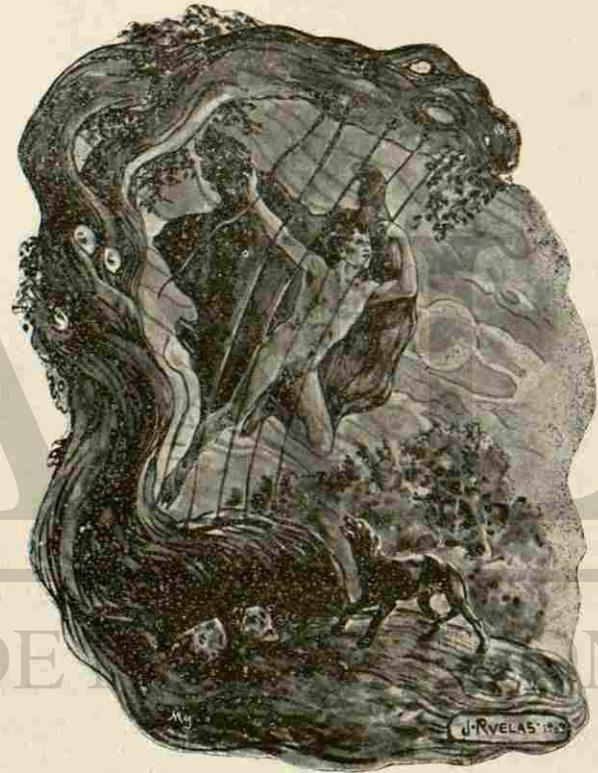
Un rumor.... dos bocas juntas por el beso.... El viento arrecia.  
Una nube apaga el astro,  
nube prófuga en el cielo del brillante plenilunio;  
en el soto oscurecido ríe un sátiro de Grecia. . . .  
Al través de un alabastro  
ó de un velo ebúrneo brilla —¡oh letal noche de junio!—  
el claror pálido y tenue de la luna que agoniza.  
Otro beso.... Ardientes, fijos, de la noche entre las gasas,  
dos pupilas como brasas. . . .

es Satán que sin ruido por el huerto se desliza.

Un rumor.... el de las hojas de los lirios doblegados  
por las huellas invisibles

de las hadas fugitivas en el seno de la noche,  
á la trémula vislumbre de los lagos irisados. . . .

En las cáceas inflexibles  
erizándose la púa, en las rosas roto el broche,  
casto sello de pureza; y las lágrimas del cielo



emperlando los botones de las tersas amapolas  
cuyos pétalos á solas  
se desprenden como alas sin alientos para el vuelo.

Oh la Casta ¡Oh la Pura! Un rumor. . . . en el follaje. . . .  
hojas? ¿besos? . . . el ruido  
treme, marcha, crece, invade, y los términos atruena;  
es el bosque inmensa lira de fantástico cordaje  
por los vientos sacudido. . . .

Un relámpago sin nubes el espacio cubre, llena. . . .  
su salterio demoniaco despedaza el huracán. . . .  
un arcángel pesaroso se desprende hacia los montes;  
y en los negros horizontes  
una risa, áspera risa. . . . es la risa de Satán.



#### LA VOZ DE ÉL.

En la enorme caverna  
en que ruedan los astros,  
miré dos viejos —tristes inmortales:—  
el Tiempo y el Espacio.  
De las cuencas sin luces de sus ojos  
brotaba algo muy tetro: era su llanto;

corriente que inundaba el Universo,  
¡ay! la caverna enorme  
en que ruedan los astros.

Devoraban los seres y las cosas  
sus entrañas; sus labios  
secos y mudos parecían plegarse  
en una mueca mística de espanto;  
queriendo huir uno de otro, y siempre  
confundidos los dos en un abrazo,  
en un abrazo! . . . no, en imposible  
penetración, acaso,  
brutal de la materia en la materia,  
bajo el alma armonía de los astros.

¿Qué hacen? pregunté, y muy lejana  
clamó una voz con vibraciones de arco  
en un violín diabólico: interpela  
á la verdad y al pensamiento humanos:  
sus hijos son y el eco vago, lento,  
se dispó en los términos del antro,

del Universo, la caverna enorme  
en que ruedan los astros. . . .

Y pensé en Dios!

\*  
\*\*

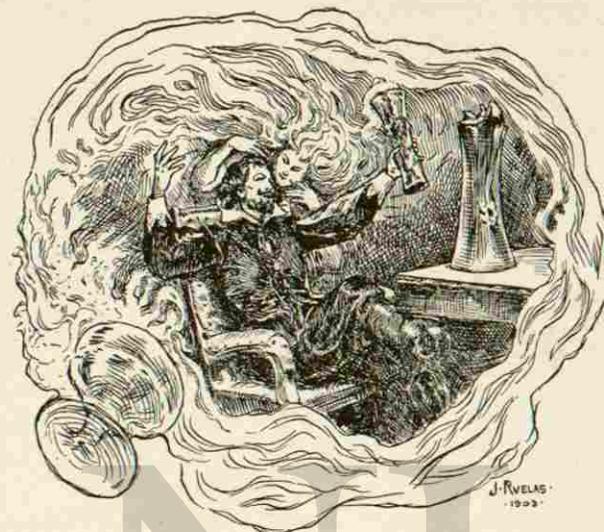
La luz de la mañana  
las cumbres de los montes reteña;  
y cual crespones de color de oro,  
los celajes arriba  
flotaban, bajo el ala de los vientos,  
y en el azul del cielo se fundían.  
Númera orquestación la de las aves  
en la fronda undulada por las brisas,  
de las corrientes sueltas por el beso  
del sol sobre la nieve de las cimas,  
el despertar del caserío, el rudo  
rumor de las vacadas pensativas,  
las voces de los rústicos boyeros,  
la alegre de la esquila,  
el trabajo en sus múltiples faenas,  
la explosión de la vida. . . .

No luchaban el Tiempo y el Espacio;  
los dos como arco iris se prendían  
en mi espíritu atónito, insaciable  
de Verdad y de Amor.... y de rodillas  
caí dentro la gran Naturaleza,  
en lágrimas bañadas las pupilas.

No era una caverna el Universo,  
ni arena del Dolor y de la Ira:  
era el palenque del Deber cumplido,  
de Amor y de Esperanza fuente viva....

Mi alma era una hostia en el Espacio,  
en el Tiempo una lira....

Y pensé en Kant!



### LA VOZ DE ÉL.

Bebe!.... Vamos! En la llama  
roja del *punch* incandesce  
tu alma medrosa y triste,  
que es la vida buena y breve.  
En el cristal de Bohemia  
de este *Cognac* blondo bebe,  
ó el ópalo del ajenjo  
con trémula mano vierte.

®

Baco es viejo. . . . pero es grato. . . .  
no te embriagues de Hipocrene.

Hay más luz en una gota  
glauca de vino que puede  
verter el sol en el cielo. . . .  
Si tienes pesares. . . . bebe!  
Yo tuve una novia. . . . yo  
fui su amante. . . . era de nieve  
mi novia. . . . ¡mira el topacio  
de este jerez, cuál se enciende!  
No, dije mal, que mi novia  
era de fuego y de nieve.

Me amaba? . . . . Creo que sí. . . .  
si tienes pesares. . . . bebe!  
Se murió? . . . . No se murió,  
pues el recuerdo no muere.

Yo tuve una novia. . . . yo,  
una noche. . . . como un duende  
me deslicé en su jardín  
como la vida ó la muerte.

Te digo: noche de luna. . . .  
si tienes pesares. . . . bebe!

Como la muerte. . . no, no,  
una noche. . . nunca beses. . . .  
Yo conocí un gran tonel  
y fui feliz en su vientre;  
cuando me vieron feliz  
me quisieron diferente;  
las burbujas del *Champagne*  
son las novias de los duendes. . . .  
. . . . ¿Te ríes ó lloras? . . . . ¡Amor!. . . .  
si tienes pesares. . . . bebe!



LA VOZ DE ELLA

(Como un amanecer dulce y tranquilo  
su profunda mirada,  
en la sombra del amplio peristilo

106

del templo se expandió. En la cerrada  
nave sus pasos resonaron lentos;  
y en un confesonario buscó asilo,  
tratando de domar sus pensamientos.  
Voces quebradas por la tos se oían  
diciendo la oración con la premura  
del que quiere abreviar una tarea,  
y sin alas, monótonas, caían  
del misterio supremo en la pavora  
sin ningún sentimiento, ni una idea.  
¿Qué almas eran aquellas? . . . . Á sus ojos  
los cirios al arder eran mejores  
ofrendas al Señor. Ella de hinojos  
era un cirio de férvidos amores,  
y sentía en las venas todo el fuego  
de la plegaria suya; y en la llama  
de la fe que la inflama,  
como un incienso, derramó su ruego).

«Oh, Dios! Señor!... le amé, le amo ahora.  
¿Cómo ese cuerpo y esa alma pudo  
tu poder allegar á mi inocencia? . . . .»

107

Era su voz un canto de la aurora  
y su palabra redoblado escudo  
y espada fulgurante, en tu presencia!  
Tú le diste, Señor, toda su ciencia  
y toda su hermosura,  
y él apuró á tu vista en este vaso  
de mi carne, tremante de deseo,  
el agua de mi amor, límpida y pura,  
y me miraste débil á su paso  
arrojada, Señor, como un trofeo. . . .

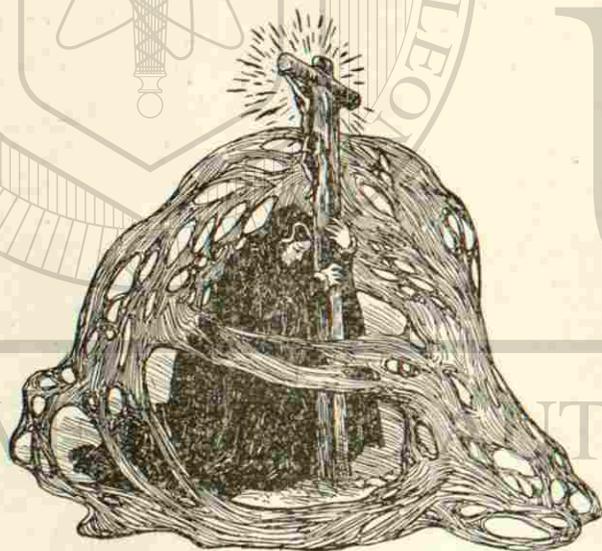
Le amé. Le amo aún. Su boca era  
como un cáliz de miel y de amargura;  
su beso, golondrina pasajera,  
con sus alas quemó mis labios rojos,  
le abrigué con mi blonda cabellera  
arrullando su sueño entre mis brazos,  
y me ví en las pupilas de sus ojos,  
espejos de mi amor hechos pedazos.

¿Por qué me abandonó? . . . Á tus altares  
he llegado, Señor, pidiendo calma,

resignación, ¡oh, Dios! para mi alma,  
olvido al fin. . . . He derramado á mares  
mi llanto, estérilmente;  
sordo y ciego, Señor, te encuentro. . . . y triste  
digo llena de fe, con voz doliente:  
Me lo quitaste tú. . . . Tú me lo diste. . . .  
y como un lirio doblaré la frente.  
Porque quiero su amor entero, entero!  
No su piedad ó efímero capricho,  
oh Señor! en secreto te lo he dicho,  
en cuerpo y alma; ¡oh Dios! así le quiero.

¿Qué rumbo lleva ahora por la tierra  
ese espíritu lejos de tu mano,  
arrastrando su ciencia por el lodo? . . .  
Nada teme, Señor, nada le aterra.  
He lanzado mi nave al Océano,  
dice, y lo vence y lo domeña todo!  
Es ráfaga brutal, y es dulce brisa,  
y hay —interroga á mi alma atribulada—  
mucho de ti, Señor, en su mirada. . . .  
y mucho de Satán, en su sonrisa.

¡Ah! ¿qué vengo á dejar en el secreto  
sacerdotal? . . . Mi espíritu es un río  
que remonta en el cauce su corriente,  
y no tiene en la vida más objeto  
que ascender hacia Ti, ¡oh Dios, Dios mío!  
á difundirse en tu divino ambiente.  
Si en medio del dolor dudé un instante,  
nunca, nunca olvidé tu santo nombre,  
ni blasfemé de tu bondad eterna. . . .



y hoy á tus aras llego suplicante,  
sin que la duda mi conciencia asombre.  
. . . . ¡Ayer le ví, al pasar, en la taberna! . . .  
Él tan noble! tan sabio! tan discreto!  
levantaba la voz y se reía. . . .  
ó lloraba. . . . no sé. . . . era lo mismo! . . .  
Á tu suprema voluntad someto  
su existencia y la mía;  
arráncale á las fauces del abismo;  
vuelve tus ojos á su afán inquieto;  
y en tu misericordia, alza á tus plantas  
el alma obscurecida de mi amado,  
mientras yo pongo, roto, ensangrentado,  
mi corazón, ante tus iras santas!»



### LA VOZ DE ÉL.

Inmóvil el espacio sin riberas  
treme en sí mismo. Por el hondo seno  
como ronda de espectros van los astros  
en inmensa espiral. Muévase insomne  
el Universo estupefacto, y brillan  
las largas nebulosas en el fondo  
de la sidérea noche, como mata  
de rizados cabellos sobre enorme

espalda de mujer, cuyas caderas  
alzan en ondas rítmicas el pelo.

Es la armonía astral una sonrisa  
ó un sollozo ¡quien sabe! en el semblante  
de agobiada cariátide de mármol!  
La luz no es un fulgor, es lampo apenas  
y los soles luciérnagas que cruzan  
en anchos giros la extensión. Ni un eco  
resuena en aquel piélago sin nombre;  
no hay un vacío en él. Con ansia loca,  
infinita, los átomos rebregan—  
sonámbulos eternos de la Vida—  
en el ether, los mundos y la carne.

Cuando pasan —antorchas vagabundas—  
los pálidos cometas, busca el alma  
las manos que los llevan por la sombra  
en la solemne procesión del Orbe.  
Se siente una inefable, lenta, lenta  
vibración en el Cosmos somnolente

y un guión luminoso: el pensamiento,  
parece entre dos noches insondables.

¿Son pupilas sin párpados los astros  
que ven la Eternidad llenas de lágrimas?  
¿Ó que se buscan en el negro fondo  
con el amor amargo de los hombres? . . . .  
La procesión camina. . . . ¡Ay! esa estrella. . . .  
en una flor, una esperanza, un beso,  
una creencia, una ilusión, un canto,  
un dolor, una duda, un sacrificio,  
vertió á la vez su resplandor de nácar!

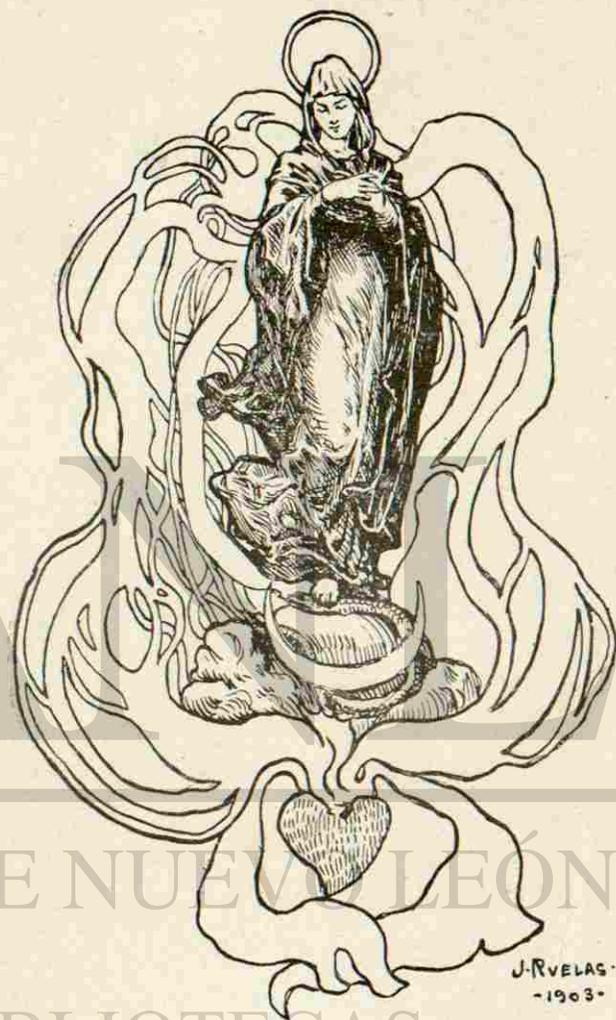
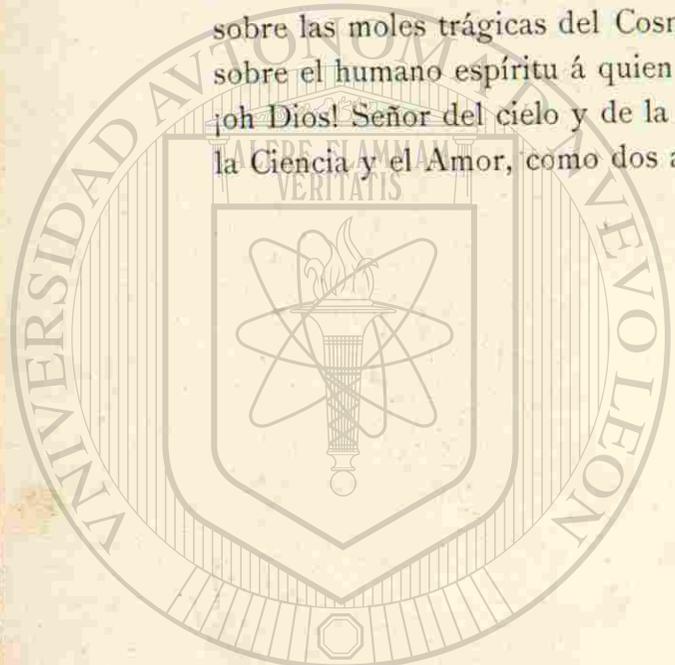
Vamos sobre el abismo, en el abismo.  
Bajo el abismo, en el abismo. Dora  
un crepúsculo lívido los límites,  
y la nieve enarriña la aéreas  
cimas que alzan hacia el cielo. Acaso  
así las almas al subir se cubren  
con el casto vellón de la pureza.  
El secreto de amor que en una ascua  
se revela en fulgores, es el mismo

que incandesce el espíritu, al contacto  
del misterio profundo de los cielos,  
donde el divino hálito trasciende  
de la Verdad y el Bien, que son la Vida.

Oh, Dios! no eres pálida quimera.  
Fuera, ó dentro de mí, es cierto el Orbe  
y es tu obra ¡Señor! Tu aliento sopla  
sobre el pinar del monte, sobre el tallo  
del simbólico lirio de los valles,



sobre las hondas de la mar rugiente,  
sobre las nubes que amontona el viento,  
sobre las moles trágicas del Cosmos,  
sobre el humano espíritu á quien diste,  
¡oh Dios! Señor del cielo y de la tierra,  
la Ciencia y el Amor, como dos alas!



J. RVELAS · ®  
-1903-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

LA VOZ DE ELLA.

Virgen, Madre de Dios, en vano imploro  
la protección divina de tu hijo;  
en vano triste en sus altares lloro,  
en su clemencia el pensamiento fijo.

¿A ti puedo decirlo de rodillas:  
es verdad que le amé, le amo ahora;  
y recibe en mis frases las sencillas  
confidencias de mi alma pecadora.

Era joven y bello, y era un sabio;  
de esfuerzo y de virtud fuente segura,  
y yo sellé en su labio con mi labio  
una pasión, ¡oh Madre! tierna y pura.

Eran sus ojos como dos luceros,  
su boca rico manantial extraño

de elocuencia y de amor; y muy sinceros  
sus sentimientos, ¡ay! para mi daño.

Mi belleza le atrajo y le sedujo,  
culpa suya no fué, quizás fué mía;  
y al viejo paraíso nos condujo  
el amor, la ilusión, la fantasía.

Después.... después ¡ha descendido tanto!  
Tú le miras, Señora, con tus ojos,  
si los míos se nublan con el llanto  
que vierto ante tus pies, puesta de hinojos.

Intercede por él, Virgen y Madre,  
tú que en la roca del Calvario viste  
al Hijo Santo del Divino Padre  
agonizar ensangrentado y triste.

Tú que del mal preclara triunfadora,  
coronada de luz indeficiente,  
ante la turba vil, en grata hora,  
con los pies aplastaste la serpiente.

Tú que eres consuelo de afligidos,  
y esperanza y refugio en los dolores;  
Tú a cuya voz se apagan los gemidos,  
y el vil abrojo se convierte en flores.

A tú que el doliente y pesaroso mundo  
con tu piedad y tus bondades bañas;  
yo te lo ruego en mi dolor profundo,  
por el hijo que llevo en mis entrañas! . . .



## LA VOZ DE ÉL.

Yo soy como las ondas del Mar Muerto,  
raras, muy raras, negras y salobres;  
y sangrientos los pies, sin rumbo cierto,  
desfilo solo, pobre entre los pobres.  
Muy lejana se escucha en el desierto  
la triste voz de los sagrados cobres  
que llaman á Oración. . . . ¿Hay todavía  
quien sepa orar al apagarse el día?

Ah! yo lancé mi última plegaria  
—mi última moneda— hace ya tanto!  
Si supiera en mi vida solitaria  
llamarte aún mi Dios ¡Oh Santo! ¡Santo!  
Pero la fe murió, la funeraria  
antorcha, en el profundo desencanto,  
cuya noche sin luna, sin estrellas,  
ennegrece la sangre de mis huellas.

Y si fuera verdad, ¡oh Dios! que existes,  
¿por qué triunfa el rencor? ¿por qué la ira  
y la ambición y la injusticia vistes  
alzarse sin hundirlas en la espira  
de la condenación? ¿por qué los tristes  
no pueden ya pulsar la recia lira  
del profeta, atronando con sus bronces?  
¿por qué si existes Tú, triunfan entonces?

No volverán, no volverán las tardes  
en que al acento azul de la campana,  
en medio de los últimos alardes  
del fulgor espectral, se alzaba ufana  
como una ave la oración. Ya no ardes  
en la zarza divina. . . . La mañana  
tampoco tendrá preces, y sus luces,  
como llanto caerán sobre las cruces. . . .  
. . . . Sobre las cruces rotas y sin brazos

que tender al dolor y al desaliento  
en los altares, fúnebres pedazos  
de nuestro propio corazón. . . . El viento  
barrió á tus ojos los deshechos lazos

de la piedad y del amor. . . . Tu aliento  
sople, si existes, en el agua inerte,  
y sé Dios en la vida y en la muerte!



LA VOZ DE ELLA.

Vuelvo á tu altar, Señor, el mal avanza.  
Él, abrasado en sabatino fuego,  
no tiene aliento ya, ni yo esperanza,  
y en vano gimo en mi dolor, y ruego.

Á tus plantas he puesto mi alma entera  
que arde como un cirio en tus altares;  
soy, Señor, como nave viajera  
sobre la crin revuelta de los mares.

La tempestad me azota y no hay puerto  
para mi ansia de paz y de reposo;  
busco su noble corazón, y ha muerto,  
y en mi vida no hay quietud ni gozo.

Era una alma de luz y ora es oscura  
como una noche sin fulgor ni estrellas,

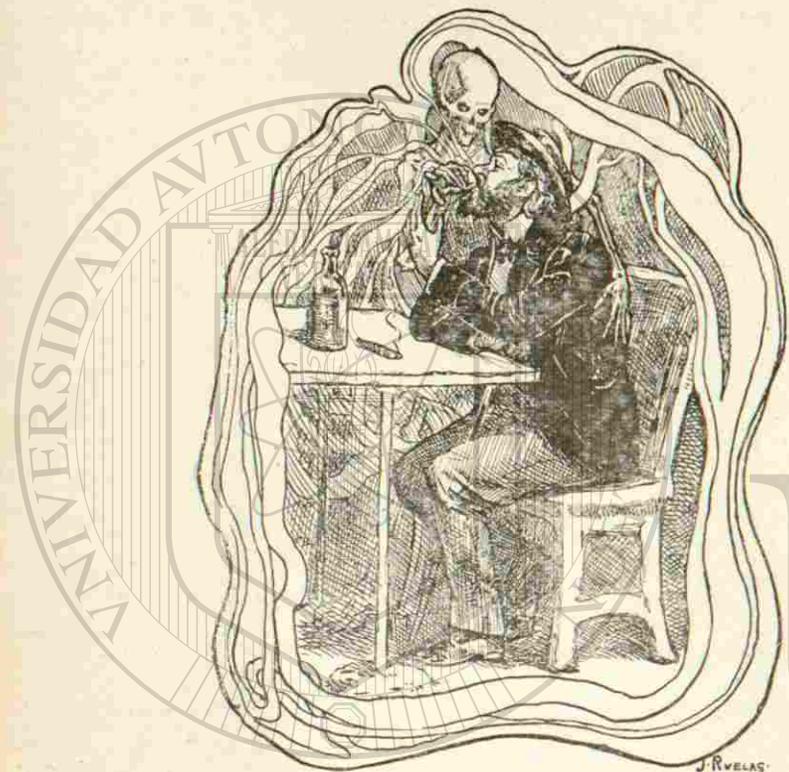
que tu misericordia alumbre pura  
la senda que ensangriento con mis huellas.

Alcohólica llama le consume,  
sin ambición, sin fe, sin ilusiones;  
y en vano va mi amor como un perfume,  
á buscarle en los fétidos rincones.

Alza un punto la frente fatigada  
cuando á mi lado vuelve soñoliento,  
para fundir después como en la nada  
el fulgor primordial de su talento.

¿Qué horrible maldición pesa en su vida  
que así tu santa mano le abandona?  
Sé misericordioso en su caída;  
y su falta, Señor, limpia y perdona.

Torna, torna tus ojos á mis penas,  
vierte en mi corazón dulzura y calma,  
toma en cambio la sangre de mis venas,  
todo, todo mi amor, mi vida, mi alma!



ESCENA

I  
En rincón solitario de la taberna,  
donde la luz se asfixia pálida y fría,

126

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

bebe y atiza un viejo su sed eterna  
con no sé que espantosa, triste alegría.  
Es su mirada torva, pero muy tierna,  
ternura de borracho, ternura impía,  
que conmueve muy hondo los corazones  
y en que giran y bailan las decepciones.

Una noche un amigo me dijo: «Vélo,  
tiene el corte siniestro de un asesino.»  
Bajo marañas grises de hirsuto pelo  
su frente deprimida, color de vino,  
se contrajo, y furioso, y hurgando el suelo  
con su bastón ferrado de duro encino,  
nos contempló un instante con fieros ojos,  
como ascuas encendidos, vivos y rojos.

Y quiso hablar sin duda, pero no pudo;  
salieron roncros gritos de su garganta  
que la embriaguez ataba con fuerte nudo.  
Se remueve en su asiento con ansia tanta  
que le miro con miedo, trémulo, mudo;  
entonces energúmeno se levanta,

127

®

se llega hasta nosotros con paso incierto  
y cae á nuestras plantas. . . ¡estaba muerto!

Después de algunos meses, á la taberna  
volvimos, y á la llama pálida, fría,  
bebe y atiza un joven su sed eterna,  
esparciendo en los ánimos la alegría.

Es su mirada franca, dulce y muy tierna,  
ternura de alma nueva, ternura pía,  
que conmueve muy hondo los corazones  
y en que giran y bailan las ilusiones.

Sin conocerle ambos le saludamos  
y me observó mi amigo: «Mírale, el mismo;  
no más que como Fausto».... «Hola! bebamos,»  
nos dijo el joven cliente con voz de abismo;  
y al tomar nuestras copas le contemplamos.

128

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

mientras él atacaba con heroísmo  
la botella de Brandy puesta á su lado,  
charlando y apurando regocijado.



129

Hablaba sacudiendo su negro pelo,  
 con voz entrecortada, voz de beodo:  
 «Aquí murió mi padre.... también mi abuelo....  
 al fin del mismo barro.... del mismo lodo....  
 en este viejo.... banco.... pegado.... al suelo....  
 ha muerto... mi familia.... de alzar.... el codo....»  
 Y en tanto que esta historia nos refería  
 yo lloraba y mis lágrimas me bebía.



PIEDAD.....

El que en la aridez asfixiante de la vida,  
 ¡ay! no tiene el perdón como un oasis,

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

—para todas las faltas, todos los vicios, todos los crímenes; —el que no lleva oculto —en el fondo del alma —un cáliz de piedad y de amor místico, para todas las debilidades, todas las asechanzas, todos los errores, todos los sufrimientos; —el que no sabe verter los ajenos dolores en el vaso sin fondo de la misericordia; —el que ha sellado las fuentes de su llanto —á los que gimen sin esperanzas en la vida; —el que petrifica su corazón con el egoísmo; —el que, Midas macabro, transforma en oro el dolor, la bondad, la resignación y el esfuerzo, —haciendo diamantes de todas, todas las lágrimas, —y rubíes de todas las derramadas gotas de sangre; —el que no sabe sobrellevar la humildad, la pobreza; —el asesino coronado por los éxitos malditos; —el que desarma á la justicia y la infama y la viola; —el que mancha el fecundo amor con la lujuria; —el que inculca los desengaños en las almas vírgenes;

—el que roba tesoros ó creencias ó consuelos á los buenos; —el que no ama el Bien por el Bien solo. . . . —aquél, tú, yo, todos. . . . no están con Dios, desventurado! —Valen menos que Satán el duro, eterno rebelde; —rebelde porque no puede amar y amar ansía. —Un instante de amor! . . . y fuera su eternidad gloriosa. —Mírale llorar bajo el doble cartílago largo de sus alas, —ocultando la bifronte testa sabia entre ellas; —queriendo encontrar dentro de sí mismo, en el abismo de su siniestra alma, alma noche sin astros, —ese secreto inmenso del amor vivo, triunfante, —clavado en las cruces por el delirio un día —y redivivo en los altares por los siglos de los siglos. . . .

En el pálido rostro de Jesús hay muchas lágrimas, —ruedan enrojecidas por la sangre de su cárdena frente, —comprimida en un cerco de espinas bajo leyenda infa-

me. —Oh! cuán silenciosas caen sin cesar,  
sobre la roca del corazón humano incon-  
movible! . . . —Como caen, oh mi Dios! en  
el mío endurecido —y desconsolado para  
siempre de todo, hasta de ti mismo!



CÁRMENES

U A N L

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

me. —Oh! cuán silenciosas caen sin cesar,  
sobre la roca del corazón humano incon-  
movible! . . . —Como caen, oh mi Dios! en  
el mío endurecido —y desconsolado para  
siempre de todo, hasta de ti mismo!

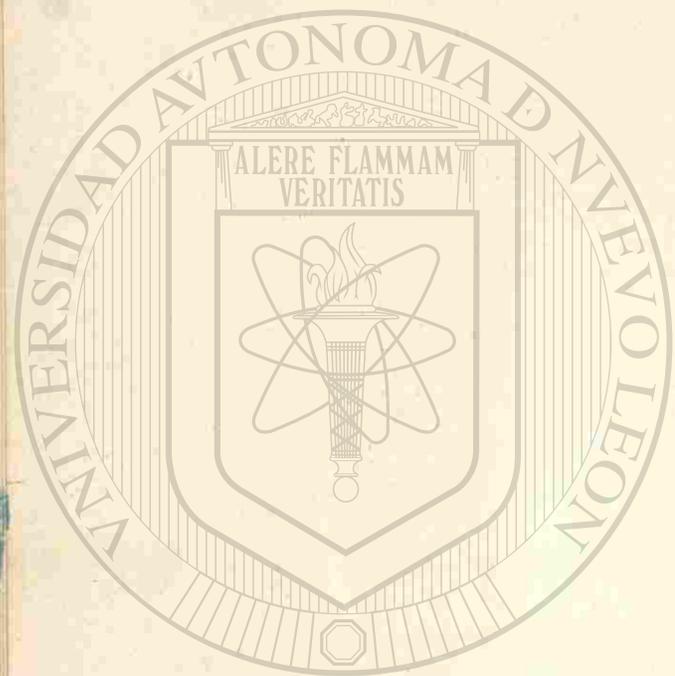


CÁRMENES

UANL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



A ENRIQUE G. MACKINTOSH

y

MANUEL GONZÁLEZ,

CON MIS MÁS GRATOS RECUERDOS DE JUVENTUD.

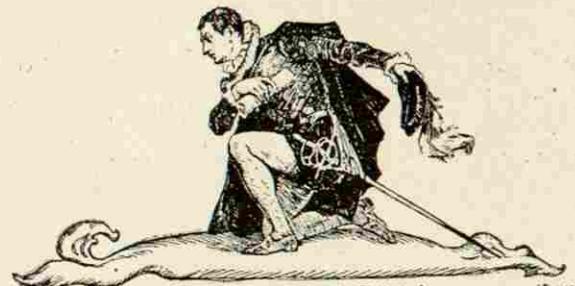
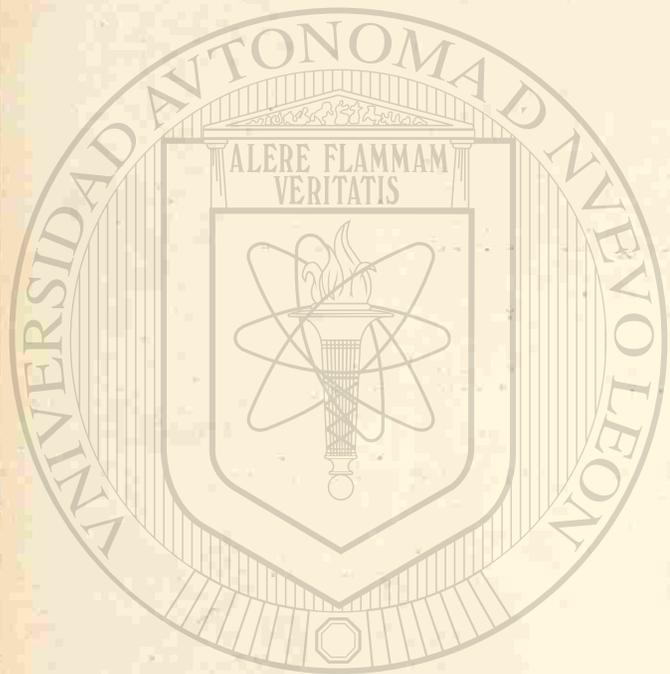
J. E. V.

---

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS





## A UNA ARTISTA

(MARÍA GUERRERO)

Quiero en la urna del soneto darte  
todo el perfume de la patria selva,  
quiero que el verso castellano vuelva  
á ser el regio portavoz del Arte.

Que en Nueva España, bajo el estandarte  
de Alarcón, sus albórbolas disuelva  
la mañana, en la verde madre selva  
con que adornamos tu bajel que parte. ®

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

La España que palpita en tu teatro,  
es la España inmortal, la que idolatro  
en Lope, Calderón, Tirso y Moreto.

Oh egregia artista! á cuya boca han ido  
á hacer los versos próceres su nido,  
vuelve miel en tus labios mi soneto!



## UROR

Á RUBÉN M. CAMPOS.

Desde un peñón que coronó de liquen  
la mano de la Flora del Ajusco,  
contemplo el sol, agonizante rojo,  
que muere entre las ondas de su sangre.

Profundo es el silencio en la montaña;  
bajo los cedros el fulgor se cierne,  
manchando á trechos el tapiz de yerba.  
Allá en el fondo, láminas de oro,  
han lanzado los lagos sus relámpagos,  
y la luz vacilante en los celajes  
fugitivos que cubren con sus tules  
las blancas cimas, rómpese en matices.

Entreabre su párpado de plata  
Véspers y el arco de la luna treme  
en el cristal del aire. ¡Ah! No toda  
la luz se ha ido. En espectral reflejo  
fosforece la atmósfera del Valle,  
cual si brotara en repentina magia  
del centro de las cosas, y la Noche  
avanza y tiende trémula los brazos.

¡Oh! Sombras que han surgido de la efímera  
ilusión de las nupcias imposibles,  
¿quiénes sois? ¿qué queréis?... Sobre la margen  
del torrente se os mira desplomadas  
en un abrazo inmenso de deseo,  
retorciendo los tallos de los lirios.  
¿Hay ansia aún en vuestro pecho, roto  
por todos los desastres de la vida,  
de perdurar sobre la tierra, abierta  
por surco extraño que se nutre y vive  
con la sangre servil de vuestros cuerpos?  
¡Qué! ¿Saben todavía esos vencidos  
suspirar y besar? ¡Oh! viles, torpes

criaturas sin patria y sin refugio,  
amasando la carne necesaria  
—esclava vil— á las enormes fauces  
de la Opresión. . . . La noche entre su seno  
¡ay! parece, no obstante, los suspiros,  
los besos y las lágrimas de gozo,  
recoger de esos lúbricos ilotas  
unidos en un solo sér, en una  
bestia de Apocalipsis de los sexos. . . .

Y rie la corriente entre las guijas.  
Y empieza á murmurar la fronda, y suena  
el arrullo en los nidos, y los astros  
se abren como pétalos de místico  
azahar sobre el lecho de la margen  
de tallos rotos y estrujadas flores;  
y en un instante, hasta mis ojos brillan  
cual los de un fauno en la espesura grata.

¡Oh, Dios! Y tú nos ves. . . . y tú nos juzgas.  
Todos éramos cómplices. . . . Entera  
la gran Naturaleza, de mi espíritu;

los indios, de las flores y los astros;  
las brisas, del torrente y de los nidos;  
el crepúsculo largo y persistente,  
del afán de vivir y prolongarse  
en el Espacio y en el Tiempo; y todo  
víctima de la Ley que tú nos diste  
cuando animaste en el Edén el lodo  
de la reproducción, eterna y triste.



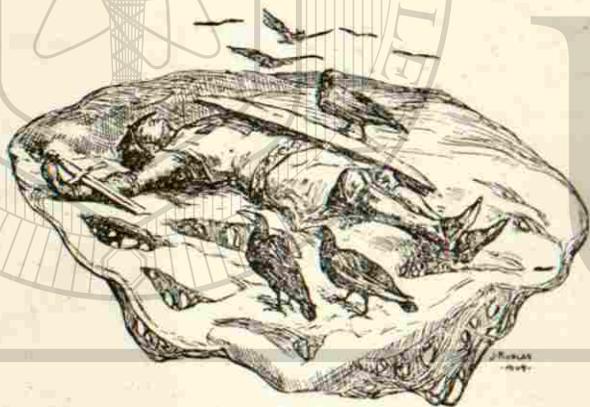
A . . . . .

Dulce instante de amor! Engañadores  
sueños de dicha! Celestial tesoro!  
Perdido bien que con el alma lloro! . . . .  
¿Por qué ultrajando vienen mis dolores,

tus recuerdos trayendo seductores  
cual golondrinas que en alegre coro,  
envueltas llegan entre el polvo de oro  
de un sol primaveral, cantando amores?

Yo nada espero ya. Yo nada anhelo.  
El viento helado de la muerte zumba  
á mis oídos conmoviendo el suelo,

y mi última esperanza se derrumba;  
y ¡ay! ni plegarias se alzarán al cielo,  
ni flores brotarán sobre mi tumba!



## ALEDAÑO

Á MANUEL PUGA Y ACAL.

Ninón despierta. Su soñadora  
frente levanta, como una aurora,  
entre la noche de su cabello  
que se retuerce por su albo cuello,  
y en onda negra se esparce, y cubre  
sus bellas pomas, pomas de Octubre,  
promesas blancas para futura  
boca de niño, rosada y pura.  
Oh! lo ha soñado. . . . Entre la seda  
del rico lecho, como que rueda  
un mundo raro de órbita extraña  
y en luz de oro su cuerpo baña,  
centro y origen de sus anhelos  
limpios y azules como los cielos.

Ah! lo ha soñado. . . . con el encaje  
 que hadas tejieron, hízole un traje,  
 y el cuerpecito suave y breve  
 era una estrella, tras nube leve.  
 Tendía á su pecho las manecitas,  
 pétalos tiernos de margaritas  
 de algún lejano místico huerto;  
 y su boquita, botón abierto,  
 buscaba el otro botón cerrado  
 del seno virgen, inmaculado. . . .  
 Oh! dulce sueño, ¿por qué no vuelves?  
 Ninón suspira cuando disuelves  
 tus creaciones en la alborada.  
 Mírala seria; y en su mirada,  
 húmeda y triste, justo reproche.  
 Oh! dulce sueño, vuelve esta noche!



BALADA DE LAS MANOS

Á JOSÉ JUAN TABLADA.

Manos—capullos en flor—  
 de niños buscando el seno  
 en el piélagos sereno  
 de una mirada de amor.  
 En inefable fulgor  
 manecitas de Jesús  
 bañadas en leche y luz. . . .  
 manos—capullos en flor.  
 Manos teñidas de rosa  
 por la sangre de los besos



en los tremantes excesos  
de una vibración nerviosa.

Manos en que no reposa  
el ave de la pasión,  
manos sobre el corazón,  
manos teñidas de rosa.

Manos ágiles de hada  
que pasan por el piano  
como un ensueño lejano  
de la vida ó de la nada;  
manos, expresión alada  
de un suspiro ó de algún grito  
que flotaba en lo infinito. . . .  
manos ágiles de hada.

Manos de ebúrnea blancura  
que en la sombra del mantón  
iluminan la oración  
con luz sideral y pura,  
manos entre cuya albura

la camándula desgrana  
toda la desdicha humana,  
manos de ebúrnea blancura.

Manos de la Caridad  
que á la noche del hambriento  
llevan consuelo y sustento—  
pan de esperanza y verdad—  
manos de eterna bondad,  
nobles y místicas manos.—  
Ah! todos somos hermanos. . . .  
manos de la Caridad.

Manos pálidas, difuntas  
en el amor ó el martirio,  
pétalos del mismo lirio,  
manos abiertas ó juntas;  
manos llenas de preguntas,  
de aspiraciones y anhelo,  
manos tendidas al cielo,  
manos pálidas, difuntas.

Manos de la bendición,  
manos del trémulo anciano  
que emergen del Océano  
en inútil oblación;  
manos del Papa León  
en que la hostia divina  
se deshace en la neblina, . . . .  
manos de la bendición.

Manos que empuñan espada  
y un cetro han hecho en la Guerra,  
y que llenaron la tierra  
con la sangre derramada;  
manos de la plebe armada  
en la riña ó el combate,  
rojas manos del magnate,  
manos que empuñan espada.

Manos duras y sangrientas  
que abren el surco en el suelo  
árido y triste, que el vuelo  
no sienten de horas cruentas:

las que mueven las imprentas,  
las que el taller estremecen,  
las que en las minas perecen,  
manos duras y sangrientas.

ENVÍO.

Manos hechas al trabajo,  
fuertes manos de hombre libre  
cuando en el espacio vibre,  
lo mismo arriba que abajo,  
moviendo el mundo de cuajo,  
de la Justicia la ira. . . .  
vosotras tendréis la lira,  
manos hechas al trabajo!



## DE LAS CIMAS

Á LUIS TERRAZAS, hijo.

El Popocatepetl y el Chimborazo  
alzan sus dombos de perpetua nieve  
en el cristal del invertido vaso  
del cielo, lapislázuli-azul leve.

Ojo de oro el sol, de lo alto mira  
los albeantes vértices, dos senos  
erguidos en el aire; y se retira,  
trasponiendo los términos serenos.

Ni nubes, ni celajes, los fulgores  
recogen en sus gasas. Persistente  
del astro el beso funde sin rumores,  
gota á gota, la nieve, hasta la fuente;

154

y comienza el murmullo en los delgados  
hilos de plata, que en cordones luego  
bajan por la vertiente destrozados,  
con gárrulos cantares de labriego.

Corren unidas por los pétreos flancos  
de los montes solemnes; y se arrojan,  
con extraño fragor, en los barrancos,  
como corcel á quien la rienda aflojan.

¡Qué matizada la rivera incierta!  
¡Cómo copia la linfa transparente  
las flores y las pomas de la huerta,  
al desfile fugaz de la corriente!

La esperan ya, por el cercano estribo,  
los dientes de la rueda impulsadora;  
y más abajo, exúbero, el cultivo  
de las espigas que el Otoño dora.

¡Qué perfumes, qué cantos la acompañan  
en los collados de la costa rica!

155

¡Qué curvas de mujer sus ondas bañan,  
cabe el palmar que, trémulo, abanica!

Hinchada en amplio lecho, encuentra pronto  
la hélice á su paso, siempre alerta;  
y adelante, sumérgese en el Ponto,  
ávida fauce sin cesar abierta. . . .

. . . . Del Popocatepetl y el Chimborazo,  
ojo de oro, el sol mira la cumbre  
cubierta por espeso nublonazo,  
huyendo el beso largo de su lumbre.

Y atónito descende, porque ignora  
que ese beso vertió las niveas perlas  
que diademan la cima soñadora,  
y fué después al Ponto á recogerlas,

tendiendo por los anchos horizontes  
las mallas de la nube obscurecida,  
que llora copos en los altos montes,  
para volver en perlas á la vida.

¡.....!

Dame ¡Señor! la lívida sonrisa  
que quiso dibujarse en tu semblante,  
cuando la plebe á Barrabás triunfante  
levantó sobre Ti. Dame una risa

amarga y sin rumor con que la brisa  
no se agite en un átomo, delante  
de la víctima herida y palpitante,  
que al sacrificio préstase sumisa.

Sé llorar, no reír. Tú sabes cuánto  
desengaño en mi espíritu se encierra!  
Invoco tu poder, tu nombre santo.

El dolor me quebranta, no me aterra;  
y ¡oh Señor! en mis ojos cabe el llanto  
como en el mar las aguas de la tierra.

## HIMNOS SALVAJES

AL DR. MANUEL FLORES.

En vano ocultas las sangrientas garras  
bajo la piel de oveja;  
lo que tocas lastimas ó desgarras,  
y rojos rastros tu impaciencia deja.

Antes hermoso—la melena al aire  
y los ojos de lumbre—  
me pareciste en el brutal desgairé  
con que hollaste á tu víctima en la cumbre.

La selva resonaba con tu acento;  
y al par de tu rugido,  
en las trémulas ráfagas del viento,  
vibraba ledamente su gemido.

¡Ah! cómo hundiste la cabeza hirsuta  
en sus carnes abiertas! . . . .  
Lluvia de sangre salpicó, en la ruta,  
la alfombra doble de las hojas muertas.

Bajo del verde toldo de los sauces,  
con épicos enojos  
la sacudiste en tus enormes fauces,  
regando estremecido sus despojos.

Bostezaste de hartura; y ví en tu boca,  
del sol á los urentes  
rayos—en el licor que te sofoca,—  
una hoguera cogida con los dientes.

Después, alzada la monstruosa testa,  
desafiando todo;  
y echándote á la hora de la siesta,  
en tu lecho triunfal de sangre y lodo.

Te arrullaban el sueño, del torrente  
los hórridos bramidos,

y las ramas mecidas reciamente,  
despojándose de hojas y de nidos.

En la profunda soledad ignota,  
en tu sangrienta charca,  
eras la bella y triunfadora nota;  
de las selvas el único monarca. . . .

Vuelve, vuelve á tu bosque solitario;  
que no es gentileza  
en tu robusta mano el incensario,  
ni en tu carácter firme la vileza.

León naciste en guájara sombría;  
allá busca tu imperio,  
y serás como el sol en pleno día. . . .  
la voz del huracán es tu salterio.

Deja la estrofa desmayada y flébil  
que hoy al éxito entonas,  
al cortesano adulador y débil  
ajeno á luchas, triunfos y coronas.

160

No te deshonres más con torpe anhelo  
bajo la piel de oveja;  
levanta tus rugidos hasta el cielo,  
al viento libre la melena deja.

Sólo eres bello al esgrimir las garras  
y hechos lumbre los ojos;  
sólo eres bello así cuando desgarras  
y riegas palpitantes los despojos. . . .

Ve; que te aguarda en la feral caverna,  
que el bejucal encubre,  
la hembra bronca, la salvaje tierna  
que el celo agita al comenzar Octubre.

Desentume tus músculos de acero;  
con ronca voz te llama  
el árbol, que se rompe al soplo entero  
de la deshecha tempestad que brama.

Emprende hacia las selvas el camino;  
ya se esparcen las hojas. . . .

161

y las bellotas del vetusto encino,  
y las frutillas del madroño rojas. . . .

Írguese el pino pensativo y grave  
que asombra la montaña;  
empieza el viaje presurosa el ave;  
el pastor abandona la cabaña;  
va en busca de las abras escondidas,  
huyendo de la nieve,  
que avanza por las cumbres ateridas  
cubriendo el suelo con su copo leve.

Se escucha de las águilas el grito;  
en sus rápidos vuelos,  
se lanzan como en pos del infinito,  
al límite brumoso de los cielos.

Cruza á las veces tímido venado  
la senda abandonada,  
poco á poco, avisor, y adelantado  
al ruidoso tropel de la manada.

Cualquier rumor insólito le asusta;  
y emprende la huida  
como hostigado por mordente fusta,  
como flecha del arco despedida.

Del ancho arroyo por el cauce seco  
muge el toro salvaje  
con recia voz que le devuelve el eco,  
mezcla extraña de amor y de coraje.

Es un himno de notas misteriosas,  
en la quietud del monte,  
la existencia secreta de las cosas,  
á la luz espectral del horizonte.

Muere el sol en un vórtice de fuego;  
y al ver aquella pira,  
alza naturaleza, en són de ruego,  
los mas hondos sonidos de la lira.

Suena gárrulo el viento en la espesura;  
y del verde oleaje

del duro robledal, vuelve á la altura  
y deshace en los cielos el celaje.

Asciende un vaho, refrescante y vivo,  
de la yerbosa alfombra;  
es un espasmo el beso fugitivo  
de la luz moribunda y de la sombra.

Se enruborece el último reflejo  
en la efímera nube. . . .  
Del recogido ánimo perplejo  
á Dios, vibrante, la plegaria sube.

La noche surge, envuelta en sus crespones,  
de la barranca umbría,  
y flotan en las cimas los girones  
de la deshecha clámide del día. . . . .

La bondad es el germen de las cosas;  
el cielo centellea  
cuajado de astros, blancas mariposas  
que vuelan en la luz que parpadea. . . .

La Ciencia crece, pero el bien naufraga. . . .  
Vuelve, vuelve á tu bosque solitario,  
¡Oh rey de las inmensas soledades!  
que en su misterio, cuando el sol se apaga,  
la tierra se convierte en incensario  
de un Dios que no conocen las ciudades!





Á JULIO LUJÁN.

En la pendiente de la vida he visto,  
doblado por el peso del madero  
y enrojecido por su sangre, á Cristo.

El pueblo despreciábale altanero;  
no se alzaba en redor piedad ninguna,  
Él iba humilde, sí, pero severo.

166

¿Nimbaba su cabeza luz de luna  
ó resplandor de fugitiva estrella  
reflejada un instante en la laguna?

No lo sabré jamás, la luz aquella  
era la del Tabor —la indeficiente,—  
y no dejaba en los espacios huella!

Vociferaba insólita la gente,  
Él su camino lento proseguía  
y el sudor inundábale la frente.

El llanto su mirada obscurecía  
á las veces, y en lágrimas deshecho  
por su semblante pálido corría.

Era á cada momento más estrecho  
el camino y más dura la jornada  
y el aliento más débil en su pecho.

La turba cada vez más alentada  
le seguía brutal como si fuera  
bestia feroz por perros acosada.

167

Escarnios y blasfemias por doquiera  
resonaban en torno de aquel justo  
que lanzaba su lágrima postrera.

Era Jerusalén, ebria de gusto  
con Barrabás en hombros, y mostrando  
al excelso Señor el rostro adusto.

Cerré los ojos para abrirlos cuando  
cesó el rumor; Jesús resplandecía  
¡ay! enclavado en el madero infando....  
¿Hace ya muchos siglos?... Hace un día!



## HIMNOS SALVAJES

Á BALTAZAR MUÑOZ LUMBIER.

La sombra se disuelve en la alborada  
que resurge en el término remoto;  
gira riendo el aura perfumada  
en torno de la flor que abre su broche;  
y la pálida luna, flor de loto,  
lo cierra entre las manos de la noche.

En lívidas guirnaldas las estrellas  
del Alba alfombran el veloz camino,  
hundiéndose en el polvo de las huellas  
de la efmera diosa fugitiva;  
copia de la esperanza y del destino  
en lucha desigual y siempre viva.

Escarnios y blasfemias por doquiera  
resonaban en torno de aquel justo  
que lanzaba su lágrima postrera.

Era Jerusalén, ebria de gusto  
con Barrabás en hombros, y mostrando  
al excelso Señor el rostro adusto.

Cerré los ojos para abrirlos cuando  
cesó el rumor; Jesús resplandecía  
¡ay! enclavado en el madero infando....  
¿Hace ya muchos siglos?... Hace un día!



## HIMNOS SALVAJES

Á BALTAZAR MUÑOZ LUMBIER.

La sombra se disuelve en la alborada  
que resurge en el término remoto;  
gira riendo el aura perfumada  
en torno de la flor que abre su broche;  
y la pálida luna, flor de loto,  
lo cierra entre las manos de la noche.

En lívidas guirnaldas las estrellas  
del Alba alfombran el veloz camino,  
hundiéndose en el polvo de las huellas  
de la efmera diosa fugitiva;  
copia de la esperanza y del destino  
en lucha desigual y siempre viva.

Vuelca su urna de alabastro y rosa  
en la dentada sierra de Occidente,  
la festiva mañana ruborosa;  
y cae, desmenuzada en el vacío,  
una lluvia á la tierra sonriente,  
en átomos de luz y de rocío.

En el ámbito azul del firmamento  
se sonroja el celaje y se deshace  
al tibio beso del callado viento;  
se oye un crugir de seda entre las hojas,  
y el ave por los cármes se place,  
y de la zarza con las frutas rojas.

La claridad creciente parpadea,  
el sol palpita en su dorada cuna  
bajo la nube que en la cima ondea;  
y en su marco de verdes carrizales,  
la niebla tenue eriza la laguna  
entre el ebúrneo encaje de sus chales.

Los pajarillos de alas de colores  
en el aire sutil, diáfano y puro,  
abanican frenéticos las flores;  
y perfumada miel enloquecidos  
apurán en el prístino seguro,  
á los cálices de oro suspendidos.

El arroyuelo mueve su corriente  
exigua dentro el cauce pedregoso;  
y baja á ella su encornada frente  
la ronca res, mirándose en el agua,  
que se enturbia al resuello poderoso  
de su brutal respiración de fragua.

Extiende el trébol su tupida alfombra  
empapada en las lágrimas del cielo,  
al pie de la arboleda que la asombra;  
y lo refleja en su mirada esquiva,  
que no levanta del amigo suelo,  
la rumiante vacada pensativa.

Los tordos atraviesan en parvadas,  
embullangando la pradera sola  
y en caprichosas líneas desplegadas;  
alguno al lomo párase insolente  
del buey que lo fustiga con la cola,  
en corvos movimientos de serpiente.

Ya se alzan de nuevo, ya se agitan  
en parda nube ó en el manso viento  
en enorme espiral se precipitan  
sobre el maizal que en el barbecho medra,  
para huir con ímpetu violento  
de recia honda que lanzó una piedra.

Trepa bramando la desnuda loma  
el monstruo del vapor; el fuerte herraje  
resuena del convoy; y cuando doma  
la altura, estremeciendo las montañas,  
deja en el cielo el humeante encaje  
del fuego que le abrasa las entrañas.

Sacude el sol su cabellera rubia  
sobre los hombros blancos de la cumbre;  
y en las vertientes la nocturna lluvia,  
en cráteras de roca detenida,  
se evapora á los ósculos de lumbre  
del padre de la luz y de la vida.

Se perfilan los anchos horizontes,  
y lejos, en el valle de esmeralda  
que amurallan altísimos los montes,  
la ciudad desperézase en la bruma  
que se tiñe de ópalo y de gualda,  
y la distancia, en el paisaje, esfuma.

Es el aliento del titán que flota  
sobre el helado mármol de su frente  
en nube á trechos por el viento rota;  
¡ay! cargada de lágrimas y penas,  
que manchan la pureza del ambiente  
y envenenan la sangre de las venas.

La plegaria sin alas, la esperanza  
asfixiada al nacer, el voto impío,  
la ambición que persigue y que no alcanza,  
el orgullo, el amor sin valladares,  
la envidia torva de mirar sombrío  
y los ecos de báquicos cantares;

todo se ha condensado en esa nube  
que oprime á la ciudad, la pecadora  
sobre la cual el bíblico querube  
esgrime ya la centellante espada,  
mientras el bueno en el silencio implora,  
abatiendo la frente atribulada.

¡Oh trasparente azul, divino ambiente  
del libre campo que al llegar el día  
de vida esparces perdurable fuente;  
eres paz en el pecho dolorido;  
en la vivienda rústica, alegría;  
en la campiña, flor; canto en el nido!

¡Cuál se disipan en tu luz las penas  
y tus átomos ruedan misteriosos,  
rojos alentadores, por las venas!  
¡Qué hondo bienestar! Qué dulce anhelo,  
del alma, entre los rayos luminosos,  
de ser perfume y levantarse al cielo!

Es tu fulgor la espléndida sonrisa  
de la eterna bondad, la viva llama  
que se alimenta en la celeste brisa  
que las praderas místicas orea;  
la que mantiene vivo á lo que ama,  
á lo que piensa, fructifica ó crea.

¡Cómo se siente el ánimo suspenso—  
de la vida insaciable mariposa—  
de este aire azul en el cristal inmenso,  
cómo suena la gárrula espadaña,  
cómo se abre la temprana rosa,  
qué blanco el de la nieve en la montaña!

En vano la ciudad alza en la esbelta  
tallada torre el símbolo divino  
de la fe y la bondad; al viento suelta  
la maldad, los espíritus quebranta;  
la iniquidad se bebe como el vino,  
se enfanga amor y la blasfemia canta.

Allí de hinojos la ansiedad de oro  
lanzando al pie de su feral enseña  
sus torpes gritos en revuelto coro;  
aquí el amor en la quietud silvestre,  
la fe que anima, la piedad risueña,  
entonando la albórbola campestre.

¡Oh sol! así, de rayos coronado,  
cual te levantas en la cumbre altiva,  
el bien revivirá. No se ha apagado  
su diva luz en la conciencia humana...  
Ya miraste á la noche fugitiva  
de la esplendente luz de esta mañana!



BARBARA LABOR

Á MANUEL JOSÉ OTHÓN

Suena un eco  
persistente que atormenta mis oídos;  
es del golpe duro y seco  
que los pájaros esparce en la fontana,  
el del recio leñador cuyos ruidos  
interrumpen el cantar de la mañana.  
Leñador, ¿á cuál objeto la madera  
de ese árbol que era gloria de los montes  
servirá? ¿á la vida ó á la muerte?...  
¡Qué follaje le prestó la primavera!

¡Cuántos pájaros de ignotos horizontes  
en el árbol joven, fuerte,  
¡ay! sus nidos suspendieron en las ramas!  
A tus golpes, leñador, huyeron todos.  
Ora, dime, ¿qué, tú no amas?  
¿Nunca fuiste  
como fronda de ilusiones  
por encima de los lodos  
de la vida breve y triste  
que así acabas con la fronda y las canciones?

Si es un mástil, leñador, para que ostente  
su escarlata guión la guerra,  
no mereces que la tierra te sustente,  
ni tu huella señalar sobre la tierra.

Mira,  
leñador, ese árbol fué la lira  
libre y franca

---

que escogió Naturaleza entre la selva;  
el invierno lo cubrió de escarcha blanca  
y el verano de hojas verdes,  
para que la gran parvada pronto vuelva.

¿Por qué, dime, leñador, con tu hacha muerdes  
ese tronco que es sustento  
de las voces de las aves y del viento?  
Oh! . . . no sigas  
el cruel trabajo rudo de tu hacha;  
vé y cosecha en la llanada las espigas,  
deja el árbol á la furia de la racha.  
¡Mira! . . . Busco  
el ropaje de las selvas del Ajusco. . . .  
Si sacude el sol su lumbre,  
ó su dulce haz la luna,  
¡qué infeliz desolación en esa cumbre!  
¿Por qué el árbol te importuna?  
¿Por qué buscas con su muerte tu fortuna?

No prosigas, leñador, tu vil tarea;  
vea  
tu estulticia singular, sin luz ni vuelo,  
cómo crece el árbol noble sobre el suelo  
para darte grata sombra en esta tierra,  
y atraer sobre los gérmenes que encierra  
toda el agua de las nébulas del cielo.

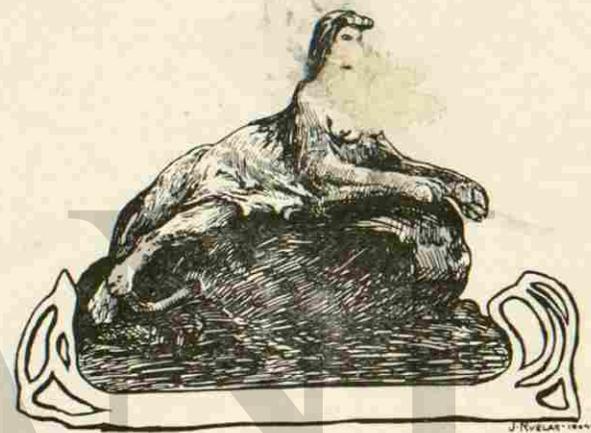
Abandona  
ese árbol que tus ímpetus encona.  
Bajo el golpe destructor con que lo hieres,  
tus afanes —ruin provecho— son prolijos.  
¿Cuáles sombras buscarán tus pobres hijos,  
con los suyos y sus débiles mujeres?  
Por la saña de tu hachazo  
ya la cima es eriazó  
que gravita sobre el alma recogida  
en un antro de tristeza.  
En tu sórdida pobreza  
vas matando hasta la vida  
de los seres porque luchas;  
¿qué tú mismo no te escuchas?  
y en tu espíritu no sientes  
que esos árboles dolientes,  
que se abaten á tus golpes en la sierra,  
gala son y son riqueza de la tierra?

Oh! las frondas, oh! las sombras, oh! los cantos  
de las selvas que cubrieron como mantos  
las montañas de la América; el desierto

180

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

no es tan árido, tan triste, ni está muerto,  
porque tiene sus esfinges y sus santos.



181

## DESEOS?

A Leopoldo Lugones, en París.

¡Oh verso Alejandrino á quien preceden pajes,  
príncipes y princesas —sedas, oros, encajes!—  
¡Oh verso Rey! que moras en palacios de Francia,  
á quien en copa heroica el rojo vino escancia  
de su sangre la Musa, coronada de estrellas,  
la Musa hermafrodita de himendocentes huellas;  
ante tu trono el Numen Americano doble  
sus jóvenes rodillas, para luchar, de roble;  
y arroje en los escaños de tu rotundo Solio  
los mirtos y las palmas del nuevo Capitolio.

Viene de las montañas que enarminó la nieve;  
donde al fulgor del iris posó su planta leve  
la fugitiva Hada de los ensueños blancos;  
bajó de aquellos montes por los enormes flancos;

y matizando flores, perfumes, frutos, plumas,  
se desparció en las playas en ondas y en espumas.

Al recibir su ofrenda —café, copal y piña—  
ofrécele una ánfora de tu más rica viña;  
asiéntale á tu mesa, la de vajilla de oro,  
y haz que entonen tus ninfas en su loor un coro.

Empavesa tus templos, columnas, monumentos,  
con flámulas que crujan al golpe de los vientos;  
que el pueblo se desborde por las inmensas calles;  
que empenachen las fiestas las aguas de Versalles;  
ábrele tus museos, teatros y salones;  
que en imperial revista los bravos escuadrones  
despleguen á sus ojos guiones y banderas;  
enséñale tus tumbas gloriosas y severas;  
de la noche un carbunclo haz en aéreo juego  
con las gamas candentes de las fiebres del fuego;  
y repite á ese púgil como un pean las listas  
de tus héroes, tus reyes, tus sabios, tus artistas.

¡Oh verso Alejandrino! Él no es tu vasallo.  
Viene de donde fragua el Porvenir su rayo.

¡Y oh Verso Rey! Él sabe, se lo ha dicho una diosa,  
(la Belleza) que pronto únicamente en prosa,  
con libertad de rima, la Santa Poesía  
se verterá en las almas, como en el cielo el día.

¡Oh Verso Rey! celebra tu postrimera fiesta;  
el Numen que ha venido dejando la floresta  
de América, te rinde su último homenaje:  
tu Rey será mañana el que ahora es tu Paje.



EN LA FLAUTA DE PAN

No trémula deshojes margaritas. . . .  
¿Qué te pueden decir de mi cariño?  
Déjalas con la pompa de su armiño  
para lecho de amor en nuestras citas.

En vano su advertencia solicitas.  
Cuando tu talle con mi brazo ciño,  
¿no las miras temblar en tu corpiño  
y caer deshojadas y marchitas?. . . .

Interroga á mis ojos, á mi boca,  
á mi tremante corazón opreso  
de amor y de placer, cuando te invoca

de la pasión en el vernal exceso,  
y sientes que la carne te sofoca  
en la furtiva inmensidad de un beso.



## AL DUQUE JOB

Brotan tus versos como la fuente  
que del Parnaso las lindes baña;  
y así fecundas con su corriente,  
la rica lengua, lengua de España.

Surge á tus dulces acentos raros  
de sus rüinas el Ateneo;  
Fidias cincela mármol de Paros,  
bajo la chispa de Prometeo.

La sangre griega bulle en las venas;  
se yergue Palas en los altares;  
y de regreso contempla Atenas  
á sus perdidos, llorados lares.

Gratas mieles rinde el Himeto,  
crece la oliva con regia pompa;

Interroga á mis ojos, á mi boca,  
á mi tremante corazón opreso  
de amor y de placer, cuando te invoca

de la pasión en el vernal exceso,  
y sientes que la carne te sofoca  
en la furtiva inmensidad de un beso.



## AL DUQUE JOB

Brotan tus versos como la fuente  
que del Parnaso las lindes baña;  
y así fecundas con su corriente,  
la rica lengua, lengua de España.

Surge á tus dulces acentos raros  
de sus rüinas el Ateneo;  
Fidias cincela mármol de Paros,  
bajo la chispa de Prometeo.

La sangre griega bulle en las venas;  
se yergue Palas en los altares;  
y de regreso contempla Atenas  
á sus perdidos, llorados lares.

Gratas mieles rinde el Himeto,  
crece la oliva con regia pompa;

y llora Diana su amor secreto,  
y olvida Marte la ruda trompa.

Píndaro canta, combate Aquiles,  
Sócrates piensa y Aspasia sueña;  
colman las plazas las turbas viles  
contra el talento que las desdeña.

Vibra la lira de Anakreonte;  
de Pan el canto mece las frondas;  
sátiros, ninfas, pueblan el monte,  
y surge Vénus sobre las ondas.

El sacro númen gentil te inspira  
cuando el pagano mundo remueves,  
y Apolo mismo tiembla tu lira,  
y escucha atento tus *Odas Breves*.

## BALADA DE SATAN

Á JUAN LABAT.

Eres bueno, Satán, porque eres malo;  
el Bien sin ti antójase quimera,  
como el azul de la anchurosa esfera,  
que sin aliento con el alma escalo.

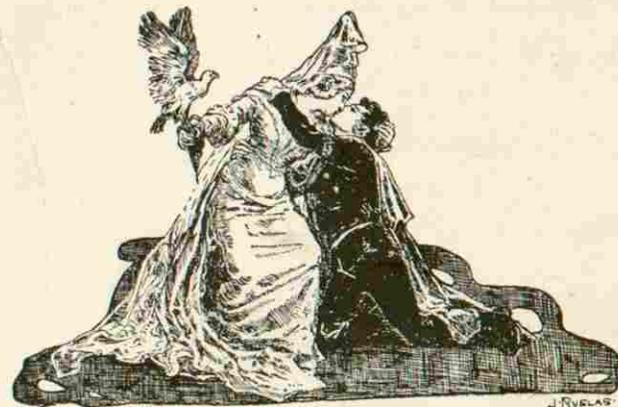
¿Que sin el sufrimiento es el regalo?  
¿Que sin la noche el esplendor del día?  
Sin el odio el amor no existiría;  
eres bueno, Satán, porque eres malo!

Tú pusiste á los mártires el halo.  
¿Sin el abismo qué será la altura,  
y qué la dulce miel sin la amargura?  
Eres bueno, Satán, porque eres malo!

Cuando en admiración el alma exhalo  
por la belleza del rosal divino;  
¡cuál las flores contemplo del espino!  
Eres bueno, Satán, porque eres malo!

A la Virtud á veces apuñalo,  
y acrece la Virtud que clama y gime,  
—sin lo bajo no hay nada de sublime—  
Eres bueno, Satán, porque eres malo!

Para mástil y azote sirve el palo.  
Nunca sin Judas pudo haber un Cristo;  
en las tinieblas y la luz he visto  
que eres bueno, Satán, porque eres malo!



## EL BESO

Á ROSENDO PINEDA.

Sueña el rey que es rey, y vive  
con este engaño mandando.

CALDERÓN DE LA BARCA.

Un oso y un tigre resguardan mi lecho;  
un tápalo chino, colgado del techo,  
esparce sus rosas en gayo dosel;  
mis libros á un lado (mis viejos amigos  
de dichas y duelos perennes testigos)  
y al otro un espejo tallado en bisel.

Dos monstruos marinos, enormes figuras  
de faunas extintas, cuyas dentaduras  
mascan la penumbra con ira brutal,  
retorcendo airados sus biformes colas  
en los toques rojos de las largas olas  
auricandescuentes de un biombo oriental.

Enfrente la mesa de icónico estilo,  
en ella un Aquiles, la Venus de Milo  
y un cofre pequeño con cartas de amor—  
de amor!... de memorias de tiempos pasados—  
con flores marchitas, listones chafados,  
todo sin perfume, todo sin color. . . .

Exornan el plano vecino del muro,  
sépias, acuarelas, el perfil obscuro  
de un sátiro joven y un rojo tapiz,  
donde medievales artistas arcanos  
milagros tejieron —yo adoro las manos—  
de luces y sombras, en raro matiz.

Sobre la una mano, fermosa doncella  
sostiene una ave que espónjase en ella,

abiertas las alas queriendo volar;  
con la otra, toma las áureas semillas  
que una dama ofrece, puesta de rodillas,  
en extraña copa de espuma de mar.

Por el rojo campo, árboles y arbustos;  
y alzando las manos, erguidos los bustos,  
un fiel unicornio y un bravo león;  
figuras egregias, solemnes y solas,  
sosteniendo lanzas cuyas banderolas  
destienden al viento su ilustre guión.

En el fondo hojas, plantas regionales,  
una policromía de juegos florales,  
y en gótico aspecto gallardo lebré;  
todo reviviendo por medios colores,  
los tiempos heroicos de altivos señores,  
de duras tizonas y blando rondel.

La blanca princesa. . . . es un princesa,  
como que entreabre sus labios de fresa  
cuando estoy á solas en mi habitación;

y le entono versos, y le cuento historias  
de amores arcaicos y arcaicas victorias,  
trovador secreto de la tradición.

Yo sé que me ama. Sus ojos á veces  
en las altas horas me pagan á creces  
mis tiernas miradas, mirándome á mí.  
La dije una noche: *Princesa: te adoro;*  
y escuché muy claro su acento de oro  
diciendo muy quedo: *también te amo á ti.*

Temblaron las flores de seda en el techo,  
rugieron las pieles que guardan mi lecho,  
oí como un eco de estrofa nupcial;  
y rápido, entonces, saltando á la mesa,  
diciendo: *Princesa, mi blanca Princesa,*  
besé de rodillas su blanco brial.

¡Oh efímeros sueños! . . . Un sueño es la vida.

Yo ví á mi princesa, princesa querida,  
juntar á mis labios sus labios de miel;  
y bajo su beso —quimera de amores—

194

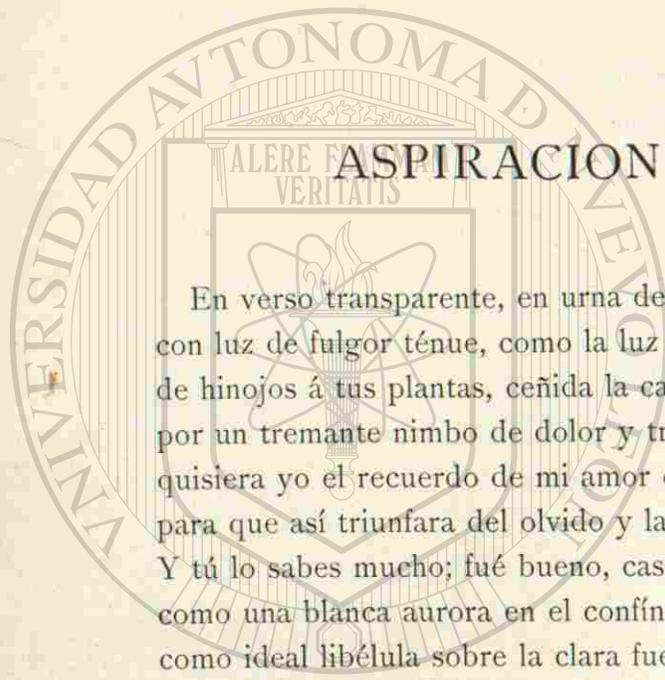
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

revivos los tiempos de altivos señores,  
de duras tizonas y blando rondel.

¿Quién puede arrancarme mi efímero sueño?  
Yo soy de mis sueños el único dueño;  
verdad ó mentira, yo he sido feliz. . . .  
Y ha puesto en mis labios sus labios de fresa,  
temblando de amores, mi blanca princesa,  
la blanca princesa del rojo tapiz.



195



## ASPIRACION

En verso transparente, en urna de alabastro,  
con luz de fulgor ténue, como la luz de un astro,  
de hinojos á tus plantas, ceñida la cabeza  
por un tremante nimbo de dolor y tristeza,  
quisiera yo el recuerdo de mi amor ofrecerte  
para que así triunfara del olvido y la muerte.  
Y tú lo sabes mucho; fué bueno, casto y puro,  
como una blanca aurora en el confín oscuro,  
como ideal libélula sobre la clara fuente,  
en donde juntos vimos tu frente con mi frente.

Las rosas opulentas, al terminar la noche,  
de perlas diademadas desataban su broche  
y llenaban el aire de sutiles perfumes  
al piar en los nidos los pájaros implumes.

196

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

¡Qué voz la de la madre cantando en el follaje,  
qué luz de sol naciente deshaciendo el encaje  
de las débiles nieblas en las verdes montañas,  
y qué *fiat* divino, en tus negras pestañas;  
eran esas mañanas para mí un doble día,  
porque en tus bellos ojos también amanecía! . . .  
...Y ahora ni una rosa, ni un broche, ni un aroma,  
ni un ruido entre las frondas, ni un vuelo de paloma;  
todo á mis ojos yerto, sin voz, indiferente;  
sólo, perenne y fútil, el llanto de la fuente  
en la selva de vida donde fugaz me pierdo,  
sin más luz ni perfume que tu dulce recuerdo.



197

## A UNA ESTRELLA

Bajo la luz occidua, en el confín lejano,  
entre una nube negra, sobre la blanca cumbre,  
abre una estrella sola su pupila de lumbre,  
fija, inquieta y profunda, hacia el enorme arcano.

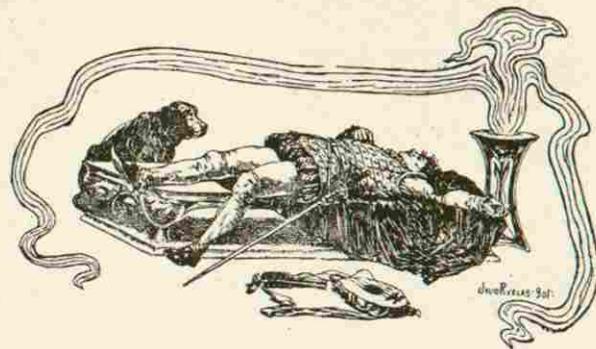
Mi alma así los ojos ha dirigido en vano  
al misterio insondable, con triste incertidumbre;  
y no ha encontrado nunca ni pálida vislumbre  
de algo definitivo para el anhelo humano!

Es un astro apagado, tal vez, y su luz pura  
fué vertida hace siglos y aún hiera mi pupila,  
ilusoria existencia, entre la noche oscura.

¡Cómo arde y splende! ¡Cuál se opaca y vacila!  
¡Cómo, muerta en el tiempo, su resplandor perdura,  
y apagada hace siglos aún hiera mi pupila!

198

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



## A MANUEL GUTIERREZ NAJERA

(DUQUE JOB)

En algunos instantes de tu vida  
ví el fondo de tu espíritu y el dardo  
que emponzoñaba aún la honda herida,  
¡Oh mi príncipe azul, mi noble bardo!

¡Qué grande fuiste entonces á mis ojos!  
¡Cuál ocultaste —al comprender, de prisa,  
mi abrumadora pena— los enojos  
bajo el fino cendal de la sonrisa!

199

Y más adentro, más, llevaste el duelo. . . .  
Para ti era el dolor; y el verso alado  
hendió el espacio, al ascender al cielo,  
como un iris de paz en el nublado.

¡Ah, nadie como tú pudo hasta ahora  
hallar la frase, inmaculada y pura,  
en que palpita, blanca soñadora,  
riendo ó sollozando la hermosura!

Nadie en diáfanas urnas de alabastro  
guardar la esencia de su ser, divina,  
como la luz del misterioso astro  
que muerto ya los cielos ilumina.

Ceñiste triunfador la verde palma  
á tu radiante, juvenil cabeza;  
sin un odio jamás dentro del alma,  
colmada de tu amor á la belleza.

Era tu corazón cáliz sagrado  
de una flor por las hadas recogida

en místico vergel, cáliz llenado  
por el amor inmenso de la vida.

¡Ay! en hora muy pronta, muy temprana  
de tu existencia, que el afán consume,  
envuelta en luz, en luz de la mañana,  
y llena de color y de perfume,

tu alma se dobló, viéndose sola,  
como se dobla en el jardín sombrío  
el clavel, cuando cae en su corola  
una gota muy gruesa de rocío.

La muerte no te hirió! Como quien sueña  
la viste desatar los duros lazos  
de tu dolor; y te llevó, risueña,  
como un niño dormido, entre los brazos. . . .

Justo premio á tu fe, lámpara santa  
que tu madre prendió cabe tu seno;  
y conservaste con ternura tanta,  
siempre amando al buen Dios, porque era bueno.®

Poeta de la luz y de las flores,  
del bien y de los blancos ideales,  
que bordaste tus versos de colores  
para hacerte un sudario con sus chales;

cuando se abrió la tierra estremecida,  
al recoger tus pálidos despojos,  
más blanca la gardenia —tu querida—  
más encendidos los jacintos rojos;

los tersos tulipanes más morados,  
las níveas margaritas más hermosas,  
y los lazos de amor más apretados  
y más ebrias de miel las mariposas;

más bellas las campánulas de oro  
y más azul la tímida violeta,  
perfumaron los versos que en un coro  
alzó la Patria á su inmortal poeta.

Descansa en paz!... Tu númen por el viento  
vuela como Euphorión en los arcanos

202

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

palacios del futuro pensamiento,  
con la lira de oro entre las manos.

A tu sepulcro, altar para los fieles,  
irá siempre la joven poesía;  
como á Tempé, por ramas de laureles,  
de Delfos la sagrada Theoría!



203

## RENOVARE

Sólo tú y yo sabemos el secreto  
de nuestro amor, como Luzbel caído;  
pero á las puertas del Edén Perdido  
lanzando á todo su implacable reto.

Ya con tu ausencia el oleaje inquieto  
de la murmuración yace dormido;  
mas nunca como ahora te he querido,  
con un amor tan grande, tan discreto. . . .

Eres la carne de mi carne, vibra  
en mis labios aún tu beso ardiente  
y abrasa el corazón fibra por fibra;

mientras la estrofa escápase candente;  
y Amor ceñirla al Huracán le libra,  
corona de recuerdos, á tu frente!

## EN LA NOCHE....

Á SALVADOR DÍAZ MIRÓN.

¡Ay! roto ya de la esperanza el broche,  
ansié la muerte, la busqué yo mismo;  
y á las negras orillas del abismo,  
me habló Jesús en medio de la noche.

Alada brisa que en la sombra salta,  
me dijo así su voz: *aliento cobra,*  
*valor para la muerte es lo que sobra,*  
*valor para la vida es lo que falta!*

Y un estremecimiento entre el follaje  
(de hojas y aves) murmuró á mi oído  
las notas de un cantar nunca aprendido,  
en las largas etapas del viaje.

## RENOVARE

Sólo tú y yo sabemos el secreto  
de nuestro amor, como Luzbel caído;  
pero á las puertas del Edén Perdido  
lanzando á todo su implacable reto.

Ya con tu ausencia el oleaje inquieto  
de la murmuración yace dormido;  
mas nunca como ahora te he querido,  
con un amor tan grande, tan discreto. . . .

Eres la carne de mi carne, vibra  
en mis labios aún tu beso ardiente  
y abrasa el corazón fibra por fibra;

mientras la estrofa escápase candente;  
y Amor ceñirla al Huracán le libra,  
corona de recuerdos, á tu frente!

## EN LA NOCHE....

Á SALVADOR DÍAZ MIRÓN.

¡Ay! roto ya de la esperanza el broche,  
ansié la muerte, la busqué yo mismo;  
y á las negras orillas del abismo,  
me habló Jesús en medio de la noche.

Alada brisa que en la sombra salta,  
me dijo así su voz: *aliento cobra,*  
*valor para la muerte es lo que sobra,*  
*valor para la vida es lo que falta!*

Y un estremecimiento entre el follaje  
(de hojas y aves) murmuró á mi oído  
las notas de un cantar nunca aprendido,  
en las largas etapas del viaje.

Y en reversión hacia la edad primera,  
á la voz inefable del maestro,  
escuché en mi redor el Padre Nuestro  
que repetía la Natura entera.

No fué su voz la dura del reproche,  
sino dulce de amor y de ventura:  
así, en mis largas horas de amargura,  
me habló Jesús en medio de la noche.



## A LA VERDAD

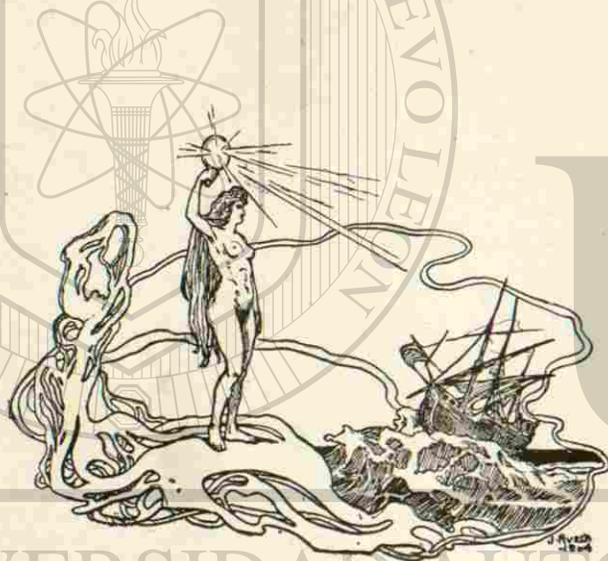
Á LUIS G. URBINA.

¡Oh lejana visión! más blanca y pura  
que la nieve reciente de la cumbre,  
rayo fugaz de pasajera lumbre  
que entre las sombras de mi ser fulgura.

¿Eres nuncio de paz ó de amargura?...  
Perseguido por negra muchedumbre  
de exóticas quimeras, tu vislumbre  
en mi vida es la única blancura.

Y sigo tu fulgor sin esperanza  
cuando cruzas, eterna fugitiva,  
como una exhalación en lontananza. . . .

De las tinieblas pálida cautiva,  
blasfemia ó fe, seguro ó asechanza,  
no me dejes jamás mientras yo viva!



208

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

## QUE ME MIREN SIEMPRE . . . . .

Hay versos que brotan como hilos de agua;  
hay versos que estallan como una centella;  
versos que son chispas candentes de fragua,  
y versos más dulces que la boca de ella.

Y por eso pago con versos los besos  
que anhelante libo en su boca roja,  
cuando me desplomo de sus besos, esos. . . !  
. . . como cae del árbol temblando la hoja.

Pero algo los versos apaga y acrece  
en urente encanto: y son sus miradas,  
hay en ellas tanto que flota y se mece. . . .  
En cielos no vistos noches ignoradas.

209

Cuando me besaba, chocaban sus dientes,  
caída de perlas en páteras de oro;  
mas eran los versos tan indiferentes  
cuando me miraba... que es lo que yo adoro.

Que me miren siempre como aquella tarde  
en que el sol en amplia púrpura caía;  
con esas pupilas, negras, en que arde  
la luz de la noche y la luz del día.



J. RVELAS 1901

## BLANCA

I  
Amo los blancos lirios porque tienen  
el color inefable de tu cara;  
y en su cáliz el cándido perfume  
de tu alma.

II

A orillas de un torrente que se arroja  
en salto, que conmueve la montaña,  
miré mecerse un lirio salpicado  
por el agua. ®

En torno viejos pinos pesarosos,  
lentamente, al fragor, cabeceaban;  
á lo lejos la nieve de la cumbre,  
sonrosada

por el último beso de la tarde;  
y, más allá, la florescencia casta  
de las estrellas que en el hondo cielo  
comenzaba.

Entre enorme explosión de flores libres,  
salvajes por silvestres, —pura y blanca—  
aquella flor doblábase en su tallo  
y miraba

hacia abajo, con ansias de arrojarse  
en la enorme parábola del agua. . . .

Y recordé tu amor, á las orillas  
de mi alma.

III

¡Oh Noche! tú miraste que el torrente  
bramó por prevenir el mal. . . y nada!  
La flor cayó en sus brazos, y él, rugiendo,  
lanzó hasta el cielo sus espumas blancas  
como huyendo de sí; mientras los pinos,  
los viejos pinos, pensativos, graves,  
lentamente, al fragor, cabeceaban,  
bañados por la luna que surgía  
como un ser sin amor, sin esperanza.

IV

No inclines la corola hacia el abismo  
de mi alma;  
tengo sobre el torrente un privilegio:  
la palabra.



### PARA LAS NIÑAS SOÑADORAS

Reclinada en un pétalo de rosa,  
en el misterio de la noche, Ella,  
miró venir, tremante y ruborosa,  
un jinete en el rayo de una estrella.  
Sintió tenue volar de mariposa;  
y encunada en sus sueños la doncella,  
ardió de amor, pero murió de frío  
en una gota blanca de rocío.

La rosa, breve tálamo de amores,  
marchita y deshojada por el viento,  
rodó como una lluvia sin rumores,  
con no sé qué macabro movimiento.

No la vieron caer las otras flores;  
erguidas hacia el alto firmamento  
buscaban ¡ay! los perfumados rastros  
del jinete amador, entre los astros.

Así, todas las noches, los amantes  
de las niñas que duermen en las rosas,  
descienden cabalgando en los distantes  
rayos de las estrellas misteriosas. . . .  
Huye tú de perfumes enervantes,  
de jinetes de huellas luminosas;  
porque ¡oh, núbill! la Eterna Poesía  
tiende el lecho de amor por sólo un día.



## ENSUEÑO

A LUIS G. CABALLERO.

Lo recibió en su alcoba la dulce niña  
y le dijo muy quedo: «tú eres mi dueño,  
deja que con mis brazos tu cuerpo ciña,  
deja que arrulle y cuide tu dulce sueño.»

El velador lanzaba rayos de luna  
sobre el intacto lecho de la doncella;  
había de sus brazos hecho una cuna  
para el amor dormido, dormido en ella.

¡Una luz indecisa, la luz de un astro  
encendida en su alma; pero distante,  
como á través pasando de un alabastro,  
daba místicos tonos á su semblante!

¡Oh ensueños virginales! ¿Con qué blancura  
—armino, cisne, nieve, vellón ó nube—  
soñaba sonriendo la niña pura,  
con sonrisa de virgen ó de querube? . . .

216

## OTOÑAL

A MIGUEL ESCALONA.

¡Qué honda melancolía  
la de esta tarde póstera de Octubre,  
en que se apaga agonizante el día,  
bajo el nublado que los cielos cubre.

¡Cómo caen las hojas  
en la solemne selva solitaria!  
Cual aves tristes cuyas alas flojas  
se alzan como se alza mi plegaria:

sin fuerzas, sin aliento,  
ludibrio de los cierzos gemidores,  
exhalando en las ráfagas del viento  
las notas de los últimos amores.

217

La escarcha se avecina  
y la tarde se aviene á mi tristeza;  
y en la onda, profunda y cristalina,  
miro cómo emblanquece mi cabeza.

Amor! no así la viste  
en las manos del ser que me amó tanto,  
que á mi lado jamás estuvo triste  
y yo mismo conduje al camposanto. . . .

Qué alegre la mañana! . . .  
Doraba el sol las fértiles campiñas;  
y á la mística voz de la campana  
un enjambre en la Iglesia, el de las niñas.

Tras ellas los rapaces,  
que picante atezara el aire patrio,  
entre risas y cármes fugaces,  
esperando intranquilos en el atrio.

¡Cuánta luz en los ojos,  
cuánto candor en la serena frente,

cuántas sonrisas en los labios rojos  
y en las almas qué luz indeficiente!

¡Qué blanca era la vida  
al escalar los rápidos peldaños!  
¡qué fácil y qué dulce la subida!  
¡qué lejos los funestos desengaños!

¡Qué felices nosotros  
yendo de cara al porvenir seguro!  
Hoy tiemblo por la vida de los otros  
y amargo cáliz de ansiedad apuro.

El dolor es lo único  
que hay inmortal sobre la dura tierra;  
falaz se embosca, como aleve púnico;  
nos acecha, nos mata y nos entierra.

Ese rumor de hojas  
trotando por las sendas me hace daño;  
de mi verdor así tú me despojas  
Oh Vida! sin cesar, año por año.

El árbol en la noche,  
con sus ramas escuetas y desnudas,  
rompe con su actitud el negro broche  
de mis penas incógnitas y mudas.

Pero hojas y aves  
volverán á mecerse entre sus ramas,  
cuando la primavera las suaves  
brisas les traiga en su fulgor de llamas.

No así los pobres seres  
que consumidos en su propio fuego  
ay! nacen del dolor de las mujeres,  
para sufrir, llorar y morir luego.



## A UN POETA

La Cólera y el Terror se han sentado á  
tu cabecera, ¡oh moribundo de deseos ve-  
sánicos! . . . y no tienes de Satán más que  
la impotencia. Has tomado para tu obra  
sacrílega el más noble instrumento del hu-  
mano trabajo: la palabra; y la retuerces,  
la violas y la arrojas, escupiéndola, como  
un andrajo en el crepúsculo de la noche  
lóbrega que te invade lentamente el alma.  
El verso era luz, y tú lo hiciste incendio  
en tu boca urente; ahora es lívida llama  
fatua en tu cerebro exhausto. Tu corazón  
se disipó como ceniza impalpable á los  
cuatro vientos de tu orgullo vencido. Tie-  
nes rabia y tienes miedo. No supiste lle-

nar un vientre con sano fruto, sí esterilizar espíritus con sueros malditos. Ya no vuelan tus versos. Hierven como larvas inmundas en el estercolero de tu propia vileza... y la Cólera y el Terror te secan vanamente los ojos anegados en acre llanto, con pañuelos de fuego.

¿Qué has hecho del candor, de la bondad, del amor y de la esperanza? Los niños te huyen, los jóvenes te temen, tu amada te odia y tu amigo te desprecia... Y á eso le llamas tú *corresponder al espectáculo de las cosas*? Mira, yo me acerco sin ascos á tu lepra, y te tomo las manos con mis manos empapadas aún en la esencia pura de la caridad, y junto á tu boca mi boca que acaba de besar santamente la cabellera perfumada con el óleo que ungió los pies ensangrentados de Cristo... Algo se estremece en ti todavía. ¿Te quedan recuerdos de tu origen, áureo cantador de las pasadas primaveras? La Cólera y el Terror

se apartan de tu lado. Murmuras tus primeras estrofas; van cargadas de miel hacia el panal eterno... No, no volverán los engendros de tu locura, hermano mío. ¿Que tienes tu Cruz, y que te regocijas?... Es de la misma madera de la que extendió un brazo hacia el pasado, perdonándolo; y el otro hacia el porvenir, en ademán de protegerlo. ¿Que el sueño vuelve á ti, acariciando tu frente con sus dedos de raso? Duerme, duerme, poeta... tu despertar será como una gloriosa resurrección!





AVE IMPERATRIX

A LA SEÑORA JOSEFINA ESPERÓN.

Con triple corona ceñiste tus sienes:  
talento, hermosura, bondad; y retienes  
el cetro en tus manos de terso marfil.  
Sus pétalos abren ¡oh Cipria! á tu paso,  
el lirio en el surco, la azalia en su vaso,  
siguiendo tus huellas el *Príncipe Abril*.

¿Qué rayos secretos de luz ignorada  
osculan en iris tu honda mirada?  
Las rizas pestañas —doble arco triunfal—

224

revelan tus ojos tan dulces, tan claros,  
abiertos á mundos, á cielos ignaros,  
de un nuevo, lejano, profundo ideal.

No hay savia en los nardos, no hay jugo en las rosas,  
ni varios matices en las mariposas,  
que igualen el raro matiz de tu piel;  
y son en tus labios las breves sonrisas  
abejas que vuelan y mueren sumisas,  
en número enjambre, como ebrias de miel.

Que vengan de Oriente los tardos camellos  
y altivos sultanes montados en ellos  
con mirra, con sedas, con oros; y así  
en larga, infinita, real caravana  
te rindan tributo, feudal castellana,  
tendiendo á tus plantas astral ormesí.

¿Qué son á tus ojos las regias ofrendas?  
Levanten los pueblos enteros sus tiendas  
y griten: *al arma!* . . . Reviva Jasón,  
que tiemple la vela, que emprenda el camino; ®

225

no guardan dragones aquí el vellocino,  
y exánime rueda no habiendo dragón.

Han ido poetas, orfebres de versos,  
llevando en sus liras los cantos dispersos  
en mundos y cielos; de encina y laurel  
ornadas las frentes, y puestos de hinojos,  
con sólo un pequeño fulgor de tus ojos,  
ha muerto la endecha y ha muerto el rondel.

Diamantes y perlas, rubís y esmeraldas,  
turquesas, zafiros, traídos á espaldas  
de príncipes negros ó blanca color;  
que vengan al templo, cruzando los mares,  
dejando olvidados los otros altares,  
las puertas les cierra riendo el Amor.



¡.....!

No morirá tu rápida sonrisa  
sin que yo la recoja entre mis labios;  
es, bañada de olor, soplo de brisa  
que el cardo conmovió de mis agravios.

Diosa impasible, en vano con mis ruegos  
ay! puse un ormesí bajo tu planta;  
tus ojos, todos luz, estaban ciegos  
y muda á mi reclamo tu garganta.

No era tu desdén, tu indiferencia,  
lo que en mitad del corazón me hería;  
mi presencia á tus ojos era ausencia,  
y mis versos sin luz ni poesía.

®

¿Cómo te emocioné? . . . Con una estrofa  
que nunca oíste en tu triunfante marcha;  
y era de crueldad, era una mofa  
envuelta en los cristales de la escarcha.

La herida fué de amor. . . . ó de despecho;  
pero á mi te volviste sonriente,  
apretando las manos contra el pecho,  
cubierta al punto de rubor la frente.

Oh secretos sin fondo del cariño!  
Oh misterios eternos y sin nombre!  
Casi, momentos antes, era un niño;  
en el instante aquel, era ya un hombre.



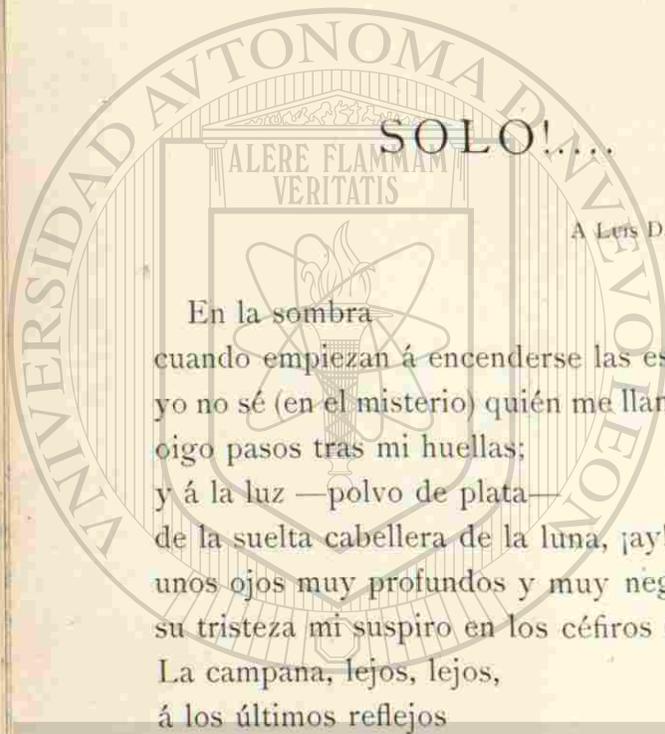
## ¡A TI!

Lloras en tu dolor y yo me río;  
y no quieres unir, como yo anhelo,  
bajo el mismo crespón, el mismo duelo. . . .  
que es el tuyo de amor, de amor el mío.

Me consideras vanidoso y frío.  
Tú alzas en tu dolor la vista al cielo;  
mientras la bajo yo mirando el suelo. . . .  
y así vamos los dos por el vacío.

Y no obstante, debieras, en la obscura  
soledad en que estamos, con mi risa  
confundir cariñosa tu amargura

en un impulso generoso y santo:  
que hay más desesperanza en mi sonrisa  
que en el raudal inmenso de tu llanto. ®



## SOLO!....

A LUIS D. MOLINA.

En la sombra  
cuando empiezan á encenderse las estrellas,  
yo no sé (en el misterio) quién me llama, quién me nombra;  
oigo pasos tras mi huellas;  
y á la luz —polvo de plata—  
de la suelta cabellera de la luna, ¡ay! me miran  
unos ojos muy profundos y muy negros, y dilata  
su tristeza mi suspiro en los céfiros que giran.  
La campana, lejos, lejos,  
á los últimos reflejos  
de la tarde,  
lanza y llora su sonata de plegaria:  
Vesper surge, treme y arde  
solitaria.

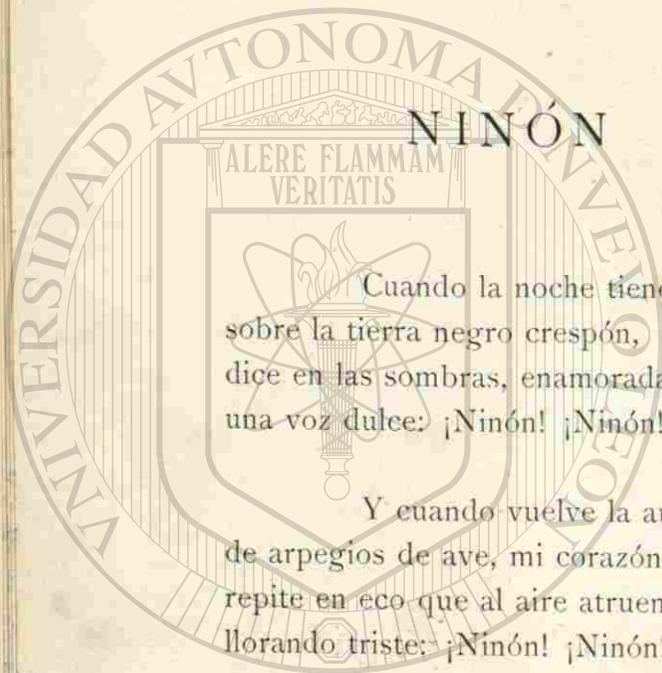
230

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Alguien habla á mis oídos á las veces,  
y á la pálida vislumbre  
cabecean melancólicos los sonámbulos cipreses.  
En el cielo cuánta lumbre!  
En mi alma  
sombra, sombra, sombra y sombra.  
En el seno de la noche, cuánta calma!  
¿Quién me llama? ¿Quién me nombra?...  
¡Su recuerdo! que persiste,  
que me agobia de tristeza;  
y ella pasa también triste  
y se prende, como nimbo de piedad, á mi cabeza.



231



## NINÓN

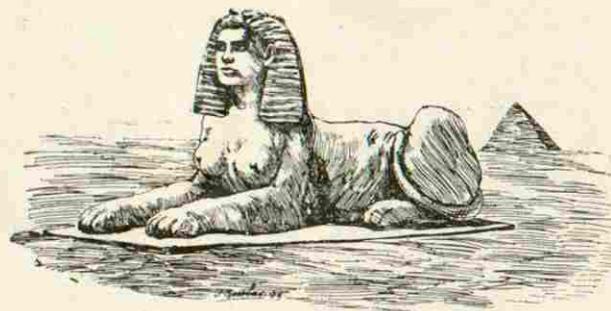
Cuando la noche tiende callada  
sobre la tierra negro crespón,  
dice en las sombras, enamorada,  
una voz dulce: ¡Ninón! ¡Ninón!

Y cuando vuelve la aurora llena  
de arpegios de ave, mi corazón  
repite en eco que al aire atruena,  
llorando triste: ¡Ninón! ¡Ninón!

La noche, el día, la tierra, el cielo,  
el mar, el viento, con tierno són,  
cantan y dicen en hondo anhelo  
con tu voz de ángel: ¡Ninón! ¡Ninón!

232

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



A LA MEMORIA DEL DR.

## RAFAEL LAVISTA

Amor y probidad, ciencia y talento,  
barridos por un soplo inesperado,  
perdiéronse en los términos del viento.

No nos quedó más que el suspiro alado,  
que resuena en las ondas del ambiente,  
para el noble maestro tan amado.

El dolor recorrió de gente en gente  
todas las gamas fúnebres del duelo,  
sin encontrar un alma indiferente.



233

Cuando el augusto arcángel en su vuelo  
cruzó, con ese espíritu preclaro  
entre los brazos, por el ancho cielo,

al pecho le estrechaba, como avaro  
que así cuida y defiende su tesoro,  
y el fulgor estelar se hizo más claro.

Hirió el espacio con su voz de oro  
la musa de la pálida elegía  
y fué de astros su doliente lloro.

¿No escucháis cómo vibra todavía  
el eco doloroso en torno nuestro  
y el llanto los espíritus rocía?

Puedes dormir en paz, sabio maestro;  
la muerte te venció. Mas, ¿cuántas veces  
fuiste tú el vencedor en el siniestro

bregar con ella? . . . Todo lo mereces:  
por tu ciencia, laureles y ovaciones;  
por tu fe singular, cristianas preces.

234

Tu memoria en los buenos corazones  
es un rayo de luz brillante y pura,  
ejemplo de benéficas acciones.

Nunca en la Ciencia morirá la albura  
de tus esfuerzos en la vieja Escuela  
para romper la mística atadura.

Al desplegar al huracán la vela,  
sobre la onda al comenzar la lucha,  
casi solo te vió tu carabela.

Tu fe era grande, tu esperanza mucha;  
y al fin fuiste entre todos los doctores  
—cuyo aplauso quizás tu alma escucha,—

el bálsamo feliz de los dolores,  
cuando en las lindes negras de la muerte  
deshojabas audaz tus rojas flores.

Eras un alma apasionada y fuerte;  
no te arredró la insuficiencia vana,  
ni la obstrucción, pesada por inerte;

235

tu sangrienta misión era una humana  
misión en las llagadas multitudes,  
y esa será tu gloria de mañana.

Aunque en la senda pavorosa dudes  
de la ciencia un instante —recogido  
en tí mismo,— de pronto las virtudes

que conforman tu espíritu, encendido  
en misterioso fuego, se despiertan  
como á la aurora se despierta el nido.

Haces de nuevo que su linfa viertan  
las aguas de la Ciencia, como en fuente  
que expertas manos del peñón libertan;

y abandonan la límpida corriente  
en libre curso á fecundar el suelo  
donde reposa la real simiente.

Bendita la ansiedad, bendito el celo  
con que la Ciencia del temor desligas  
en tu constante y perdurable anhelo;

236

al cabo el premio alcanzan tus fatigas  
y la tierra fructífera se cubre  
con el rubio plumón de las espigas. . . .

¡Oh dorado cristal del mes de Octubre!  
en que se acuesta el Sol en lecho rojo  
y está más llena la rotunda ubre;

en que empieza en las sendas el abrojo  
y comienza á huir la golondrina  
espantada al crugido del rastrojo;

en que la escarcha al monte se avecina  
y pasan los collares de las grullas  
desgranados por tímida neblina.

¡Con qué tenaz melancolía arrullas  
el sueño que comienza, ó en el viento  
como un cán á las pléyades aullas!

Bien nos anuncias con tu vario acento  
que llegan las ventiscas, y la nieve  
vendrá á borrar la senda en un momento;

237

que entonces ya no habrá ni huella leve  
que seguir en la marcha fatigosa  
de la existencia, fugitiva y breve;

vacío el vaso de la reina rosa  
un punto guardará sólo el perfume  
que hizo soñar amores a una hermosa. . . .

Todo en la vida muere y se consume,  
todo en la vida pasa y desaparece,  
no hay dolor en la vida que no abrume.

¿Qué águila entonces en el alma mece  
sus alas de ambición y de grandeza;  
qué luz en el espíritu amanece

que hace alzar á los cielos la cabeza  
y marchar vigorosos por la vida  
sobre este erial inmenso de tristeza? . . .

La fe que te animó cuando en la herida  
buscabas la salud, la fe del sabio  
que no apaga la racha enfurecida;

238

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

la fe que era en tu elocuente labio  
verdad, maestro, que escribió la Historia;  
y que hoy recoge, en justo desagravio,  
la Ciencia, por laurel de tu victoria.



239

®

## A SOLAS

A IGNACIO M. LUCHINI.

MI juventud, como la luz del día,  
en fulgores y ráfagas se apaga;  
la cima — el pensamiento — resplandece  
sobre el abierto abismo en que se ensancha,  
y mis recuerdos, pálidas estrellas,  
brotan entre las sombras de mi alma.

Leves murmullos, apagados ecos  
de risas y de amor y de esperanza,  
resuenan lejos, ¡ay! de otros felices  
tiempos, quizás los de mi tierna infancia.

¡Ah! como vistes, padre Prometeo,  
al humano infeliz en la callada  
soledad sin hogar; así, mi padre,  
mira esta noche de mi pobre alma

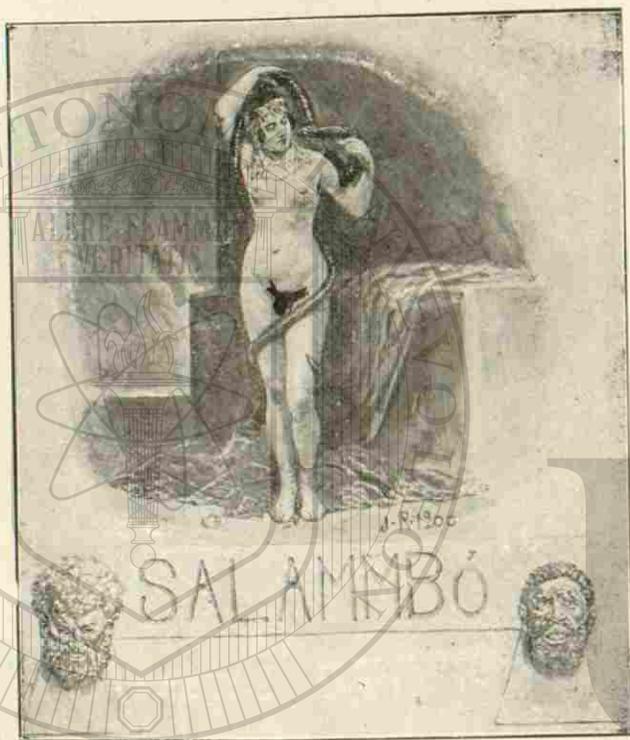
240

y procura también alguna chispa  
de fuego creador que encienda llama  
en las cenizas que el dolor remueve,  
en mi interior, con implacables alas.

Sobre tu abrupta roca, de los dioses  
abandonado á la crueldad y saña,  
tuviste por tu bien dulces consuelos  
y derramaron á tus pies sus lágrimas  
las tristes Oceánidas. La recia  
tempestad en tu frente desatada,  
con sus mismos furoros prometía  
próximos tiempos de ventura y calma.

Yo estoy solo, muy solo, sin consuelo;  
y secas ya las fuentes de mis lágrimas,  
ven mis ojos mi vida destenderse  
como campiña silenciosa y árida;  
y en las horas de duelo y de tristeza,  
hasta la muerte, pálida enlutada,  
indiferente cruza sin mirarme  
negándome la última esperanza.

241



¿Que nos separa, dices, un abismo?

¿Que es imposible nada entre los dos?

¡Ah! ¡no hay abismos cuando se ama tanto!

¡Para volar tiene alas el amor!

242

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Yo he leído contigo aquella escena  
de la trágica y dulce Salammbo,  
en que á Matho se entrega tremulante  
en cuerpo y alma como al mismo Dios.

Allí el manto de Tánit es la dicha  
porque es malla tejida por Amor. . . .  
Matho es feliz y Salammbo dichosa;  
¿por qué huyes de Matho, Salammbo?

Las estrellas miraron desde el cielo  
por la entreabierta tienda aquella unión,  
é iluminaron la cadena de oro  
rota entre la penumbra por los dos. . . .

En medio del ejército enemigo  
de la torva Cartago levantó  
un himno epitalámico la vida;  
para Hamilcar, de triunfo y de dolor.

Del bárbaro y la mística doncella  
el manto de la diosa recogió

243

suspiros de placer y de esperanza  
bajo el hálito ardiente de Moloch.

Y el guerrero genial la vez postrera  
del reposo sintiéndose al calor,  
descansó sobre el seno de diamante  
de la trágica y dulce Salammbó.

Ella coge el puñal para inferirle,  
nueva Judith, el golpe con valor;  
pero, al moverse el héroe, la cuchilla  
de sus trémulas manos se escapó.

En sus venas corría intenso fuego  
y vibraban sus nervios; dulce són  
produciendo en el alma enamorada,  
nueva lira que el bárbaro pulsó. . . .

La fuga entre las llamas del incendio,  
de la púnica errante del amor;  
y Matho, sin el manto y sin su amada,  
cual la cadena roto el corazón.

244

En los horrores de la roja sombra  
de la matanza al hórrido clamor,  
cómo el guerrero con fragor de bronce  
sobre sus armas lánguido cayó. . . .

Y la brisa, en la tienda, enloquecida  
al girar, repitiendo en derredor,  
con un eco de fúnebre reproche,  
¿por qué huyes de Matho, Salammbó?

Luego la muerte trágica de ambos. . . .  
¡Ay! todo te leí con emoción



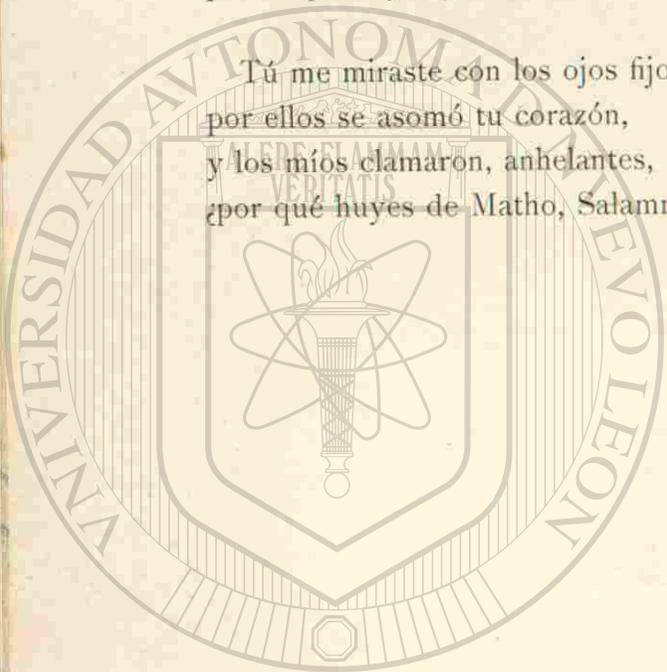
®

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

245

que temblaba en mi voz entrecortada  
por suspiros y lágrimas de amor. . . .

Tú me miraste con los ojos fijos,  
por ellos se asomó tu corazón,  
y los míos clamaron, anhelantes,  
¿por qué huyes de Matho, Salammbó?



Á LA SEÑORITA

JOSEFA MURILLO

Yo no te conocí. . . pero dispersos  
en las ondas del aire cristalino,  
me sorprendieron, gráciles, tus versos  
en la abrupta pendiente del camino.

Y absorto allí, con emoción extraña,  
apuré conmovido su dulzura,  
más dulce que las mieles de la caña  
que en tu tierra natal el sol madura.

En las sutiles alas del ensueño  
llegué á la margen del hinchado río  
que acariciaba el platanar risueño:  
un parasol del cafetal sombrío.

246 DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS 247

Oh, momento sublime en que las almas  
á distancia se unen en la leda  
corriente del espíritu; las palmas  
me abanicaron con rumor de seda.

El sol estaba en el zenit; caía  
sobre el florón del trópico radiante,  
y en la apretada ramazón se oía  
de la torcaz la nota sollozante.

De repente una ala sobre el agua;  
una efímera estela en el remanso;  
un soplo abrasador, soplo de fragua  
interrumpiendo el lánguido descanso.

Un ave de la fronda desprendida  
como una alada flor, una irisada  
sonrisa de la luz en la pulida  
coraza del insecto en la enramada.

Una queja lejana, un fugitivo  
crujir de hojas en la brecha angosta;

248

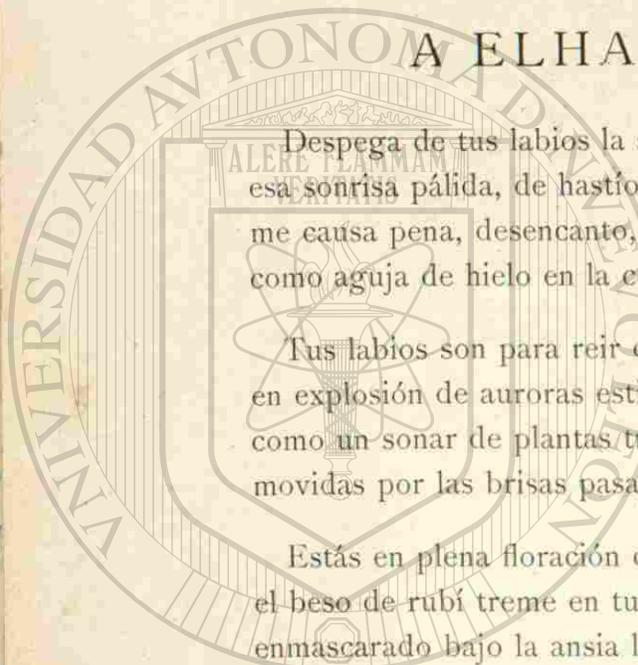
y en todo, el beso del perfume vivo  
de la enflorada lira de la Costa.

Y soñaba mirarte de azahares  
ornada, en los umbrales de la vida,  
llegar como una onda de tus mares  
al seno de la playa apetecida.

Peró estalló la tempestad rugiente  
y te arrastró en sus ráfagas el viento. . . .  
Mas en mi alma tú no estás ausente,  
Ofelia de las flores del talento.



®



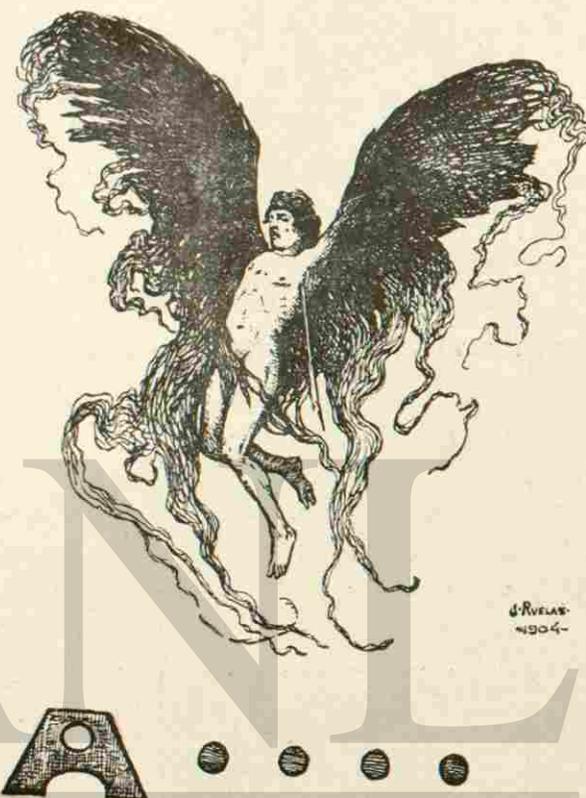
## EL HA

Despega de tus labios la sonrisa,  
esa sonrisa pálida, de hastío;  
me causa pena, desencanto, frío,  
como aguja de hielo en la cornisa.

Tus labios son para reir deveras  
en explosión de auroras estivales,  
como un sonar de plantas tropicales,  
movidas por las brisas pasajeras.

Estás en plena floración de día,  
el beso de rubí treme en tu boca,  
enmascarado bajo la ansia loca  
de fingir la letal melancolía.

Y en tus pupilas húmedas, veladas,  
como dos gemas en la ojera presas,  
arde, con el fulgor de las turquesas,  
el fuego abrasador de tus miradas.



¡Eterna aspiración de alas abiertas  
que por el ancho y azulado cielo  
marchas fugaz, con levantado vuelo  
tras las promesas del amor inciertas!



¿Qué buscas todavía en las desiertas  
soledades del alma con anhelo,  
si contemplaste estremecida al suelo  
las esperanzas despeñarse muertas?

Mentira es el amor. Plega las alas,  
por volar más allá luchas en vano,  
y en vano triunfarás si el cielo escalas. . . .

La curva de tu vuelo soberano  
con tu sangre en la tierra ya señalas,  
águila herida por traidora mano.



## ANHELO

El arte debe ser como una urna,  
una idea, un amor ó una espada;  
¡ay de los que profanan la Belleza,  
aspiración eximia de las almas!

Si la arcilla se amolda entre tus manos  
á la forma que sueña tu esperanza,  
haz de la arcilla el símbolo supremo  
de nuestras mudas y secretas ansias.

Si puedes penetrar en el profundo  
misterio de los orbes, adelanta  
el paso, y ciñe á tu combada frente  
cual corona triunfal la vía láctea.

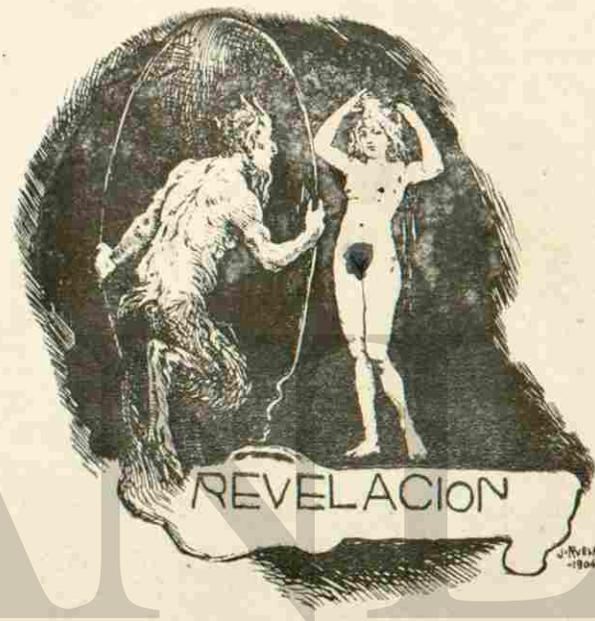
Si la emoción, la honda, la sublime  
como una ola el corazón te alza,

yérquete como un dios y la hermosura  
fecunda ante la tierra estupefacta.

Sé Aquiles, si en la guerra oyes el grito  
de la voz interior que ¡guerra! clama;  
y encierra el mundo en círculo de hierro,  
con el férreo remate de tu lanza.

Y si el verso, la inmensa frase rítmica,  
te atrae acaso, acuérdate que es santa,  
y no produzcas versos que no vuelen  
cual Victoria inmortal de Samotracia.

Porque ultrajar la Santa Poesía  
con estrofas sin música y sin alma,  
y atentar de la Lira á los bordones  
(de la Lira genial de Grecia ó Francia),  
es como ser Eróstrato sin nombre  
que no alcanzó á quemar templos de Diana,  
que se abrasó á sí mismo delirante,  
con su vil corazón hecho una ascua,  
y vió rodar su mente en el espacio  
como una escoria sin color ni flama.



Salió del baño tibio, y apresurada,  
á la luz blanquecina de la alborada,  
desató de sus hombros — en la postura  
de Venus de Canova — su vestidura. ®

Se puso en pié, desnuda, blanca y esbelta,  
cogió su cabellera rubia y revuelta  
entre sus manos finas y temblorosas,  
hechas como de nácar, jazmín y rosas;  
movió sobre la alfombra sus pies pequeños,  
como para las nubes de los ensueños;  
oyó de un himno raro notas primeras  
en la rotunda lira de sus caderas;  
y ya frente al espejo, pálida y muda,  
sonrió á su belleza por lo desnuda.

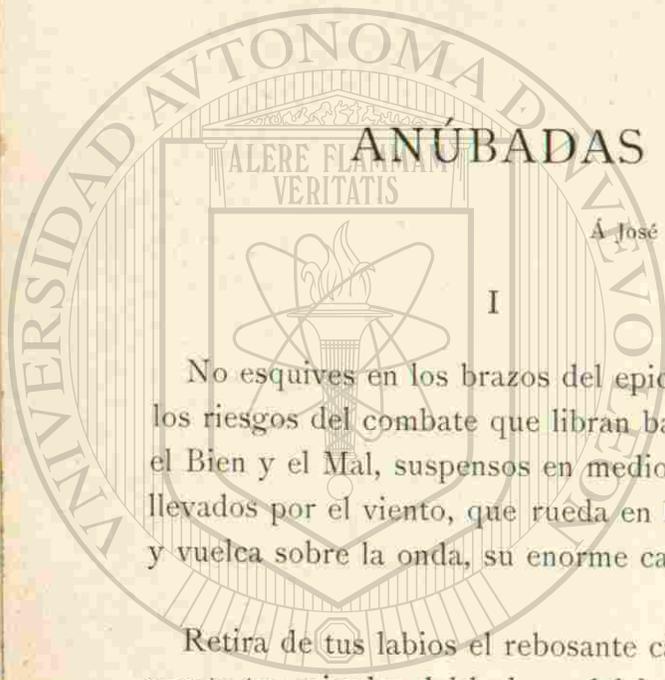
En su pecho temblaban, como botones  
de flores tempraneras, sus dos pezones;  
y entre la transparencia del albo seno,  
al fin corrió el deseo como un veneno.

Soltó de sus cabellos la onda de oro,  
un haz de luz naciente sobre un tesoro;  
golpearon al aire sus manos blancas,  
sus lágrimas corrieron sueltas y francas,  
el azul de sus ojos se obscurecía;  
¿por qué lloraba tanto? no lo sabía.

Sintió calor de hoguera y luego frío;  
y en sudor emperlada como en rocío  
cayó sobre la alfombra hecha una estatua....

Era una niña buena, no era una fatua;  
era la vez primera que sin consejo,  
su cuerpo desnudaba frente al espejo.





## ANÚBADAS

Á José A. Castellón.

I

No esquives en los brazos del epicureísmo  
los riesgos del combate que libran bajo el sol  
el Bien y el Mal, suspensos en medio del abismo,  
llevados por el viento, que rueda en la vorágine  
y vuelca sobre la onda, su enorme caracol.

Retira de tus labios el rebosante cálice,  
aparta tus miradas del lecho y del festín.

Los anchos horizontes se pintan, á lo lejos,  
con vivos resplandores, matices y reflejos,  
que bordan de la vida la deslumbrante clámide.  
¡Sús! Á la lucha surge, sublime paladín.

258

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

II

Empuña vigoroso la centelleante espada;  
arroja de tu frente las flores del Amor;  
emplaza á la Victoria, de rayos coronada;  
unge con óleo nuevo tus adormidos músculos,  
y lánzate á los campos, abiertos, del honor.

Al cárdeno reflejo del matinal crepúsculo,  
con hierro de la sangre del enemigo infiel,  
en yunque de los cíclopes, fabricate un acero;  
y rompe entre sus filas el ánimo altanero,  
convierte sus ciudades en un inmenso túmulo  
y asiéntate en sus ruinas ornado de laurel.

III

No es de hombres generosos, sino de hembras propio,  
el ritmo de la hamaca, la lúbrica canción.

Deja los besos pálidos, fatídicos, del opio  
y la mortal morfina, insaciable prónuba,  
que seca el pensamiento y apaga el corazón.

259

Del tedio voluptuoso rompe la impura cópula,  
destila bien tu alma en límpido crisol.  
Ya asoma en el Oriente la luz de la mañana,  
retíñense las cumbres de ópalo y de grana;  
pagastes á los dioses somníferos la espórtula.  
¡Oh! vuélvete á la vida, como al espacio el sol.

IV

El dios de las batallas será siempre propicio  
á tus empresas. ¡Alza! La nota del clarín  
anuncia en tus oídos el épico epinicio.  
Desátate á los brazos de ninfas y de vírgenes  
y lánzate á la lucha, sublime paladín.

Despiértate, Mahoma, recuerda tus orígenes,  
difunde tu alma heroica por el espacio azul.  
Despliega tus pendones y atónita la tierra  
se agriete bajo el peso terrible de la guerra.  
Cíñe el arnés luciente, monta el corcel alípede.  
Si no rueda al abismo la trágica Stambul!

260

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



EDER JAI.

1904

A D. Mápula.

Á rayas rojas la camiseta,  
blancos sandalias y pantalón,  
no corre, vuela como saeta,  
tras la pelota por el frontón.

Cuando en el saque falaz la arroja  
al adversario color azul,  
arde en el aire su boína roja  
como aureola para el gandul.

¡Qué bien la lanza sobre el zagüero!  
¡Cómo recorta por el rincón!

261

Del tedio voluptuoso rompe la impura cópula,  
destila bien tu alma en límpido crisol.  
Ya asoma en el Oriente la luz de la mañana,  
retíñense las cumbres de ópalo y de grana;  
pagastes á los dioses somníferos la espórtula.  
¡Oh! vuélvete á la vida, como al espacio el sol.

IV

El dios de las batallas será siempre propicio  
á tus empresas. ¡Alza! La nota del clarín  
anuncia en tus oídos el épico epinicio.  
Desátate á los brazos de ninfas y de vírgenes  
y lánzate á la lucha, sublime paladín.

Despiértate, Mahoma, recuerda tus orígenes,  
difunde tu alma heroica por el espacio azul.  
Despliega tus pendones y atónita la tierra  
se agriete bajo el peso terrible de la guerra.  
Cíñe el arnés luciente, monta el corcel alípede.  
Si no rueda al abismo la trágica Stambul!

260

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



EDER JAI.

1904

A D. Mápula.

Á rayas rojas la camiseta,  
blancos sandalias y pantalón,  
no corre, vuela como saeta,  
tras la pelota por el frontón.

Cuando en el saque falaz la arroja  
al adversario color azul,  
arde en el aire su boína roja  
como aureola para el gandul.

¡Qué bien la lanza sobre el zagüero!  
¡Cómo recorta por el rincón!

261

Y *cien á veinte* grita el vocero,  
como estribillo de una canción.

Al aliciente del fuerte momio  
de *cien á veinte* no falta algún  
*clubman*, fugado del manicomio,  
que muerda el cebo como un atún.

Para las cortas, Miner delante;  
¡y que retruque de perillán!  
Para las *todas* el Estudiante.  
Para las *largas* el Tucumán.

Flotan al viento los gallardetes,  
la blanca lona tiembla el calor;  
lentos los palcos, son ramilletes  
de hermosas damas, flores de amor.

Si Arriaga sale, Goenega resta;  
bravos y aplausos. ¿Quién gana, quién?  
¡Tantos iguales! . . . ¡Doble la apuesta!  
¡Diana, una diana, Sr. Payén!

262

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Y se confunden en el ambiente  
brillante y puro que dora el sol,  
notas de banda, voces de gente,  
en un zumbido de caracol.

Mi papeleta para *quiniela*.  
Oria ó Mendaro, primer lugar.  
¡Ariztil! ¡Urrutia! . . . para su abuela  
Ya llevan cinco sin descansar.

Llueve?... ¡Paraguas!... ¡Música! ¡Pronto!  
Pasa la nube, pasa por fin. . . .  
¡Esos muchachos! . . . ¡Muévase, tonto!  
¡Vengan la escoba y el *aserrín!*

El ala cierran los abanicos,  
las frescas brisas vienen y van,  
cruzan apuestas pobres y ricos,  
se anuda el juego con doble afán;

Y entre los gritos y el alborozo,  
de nuevo limpio queda el frontón; ®

263

y pasa Prida, lleno de gozo,  
como en Marengo Napoleón.

¡Oh, noble juego de la pelota,  
juego tan bello como viril;  
¡ay! te deslucen sólo una nota  
sórdida y triste: la apuesta vil!



## FIDELIDAD

Á Baudelio Contreras.

¿Qué buscas, púber trepadora, alrededor del viejo tronco herido por el rayo en el corazón, y por el tiempo injuriado en su corteza áspera? ¿Qué buscas, dí, en la ruina sin follaje, en que sonoro resuene, como una lira, el viento; sin brazos siquiera en que algún ave nocturna haga su torvo nido de punzantes abrojos? . . .

¡Cómo tiendes tus tentáculos finos con suave lentitud de enamorada tímida para ir cubriendo su desnudez de pordiosero de vida con tus largas, largas guirnaldas de hojitas nuevas y rojas florecillas de centro de oro! ¡Cómo te he visto, año por año, ®

ir vistiendo á ese viejo profeta de lo efímero de la vida, desde la tierra que aún lo sustenta por misericordia, hasta haberlo empenachado, en esta última primavera, con el glorioso airón de tus guías indecisas, ya sin apoyo, que se tienden ora al viento desmadejadas en gozo delirante! . . .

Pasajera será tu gloria si quisiste encumbrarte apretándote al vetusto tronco de ese heraldo de muerte para aspirar más aire y beber más sol; para levantarte en el cristal del espacio y ser vista de lejos, de muy lejos, los días limpios en que pasean por el campo las parejas de enamorados —las manos en las manos, los ojos en los ojos, y luego los labios en los labios, bajo la luz que se desbarata en doble arco de iris sobre las nubes que coronan las nieves de las cimas implacables. . . .

—¿Te guiaba el amor? «¡Ah! no, el amor se oculta como la violeta, para perfumar la vida.»

—¿Te guiaba la ambición? «¡Ah! no, la ambición se arrastra como el reptil, para trepar las cumbres.»

—¿Te guiaba la vanidad? «¡Ah! no, la vanidad busca lo más alto para exhibirse mejor; y más alto que el viejo tronco era el poste próximo del herrado camino, por donde miro pasar frecuentemente un loco turbión de llamas y de humo.»

«No, no, no; me empujaba el placer de vivir; de apurar la vida pronto y bien, con toda mi savia, con todos mis tallos, con todas mis hojas, con todas mis flores, y sentir mi cabellera suelta á todos los vientos, al fulgor tenue de las mañanas de rosa pálida, al oro candente de los medios días, al lampo violáceo de las tardes melancólicas. Quería mi parte de vida entera, sin mutilaciones. Y él me la dió.»

«El viejo tronco cruje ya desplomándose, es verdad; pero yo soy feliz, moriré sobre su polvo como viví para él en pie:®

feliz, feliz, feliz. Él prestó á mi anhelo juvenil su entereza; yo cubrí de alegría primavera sus despojos desamparados. Soy una florecilla silvestre sin nombre para los hombres; pero el viejo, mi viejo, mi buen compañero en lo fugaz del tiempo, me ha bautizado con un nombre que me ha dicho muy quedo, bajo el follaje que le arrojé á los hombres desnudos como un manto último, para él, de caridad; con un nombre dulce que me repite el eco, áurea voz amada que se aleja despidiéndose. Todavía, todavía él, al crujir desmoronándose, me lo repite moribundo: FIDELIDAD!»



268

beben hiel de vampiros, á breves sorbos, y se han empecatado de Misa Negra.

Mandarines del verso, lo han lapidado con gemas que no vieron ni los asirios. . . . ¡Cuándo será que pueda, Virgen del Prado, mirarles en tus campos, cortando lirios!

¿Te sonríes, Pedancio? . . . Pues valen mucho, y con ellos me gusta beber cerveza; me quieren y les quiero; me llaman Chucho, y soy la nota alegre de su tristeza.



271



Á ENRIQUE C. CREEL.

En una estrecha caja, capitonada de nieve seda,  
rígido el cuerpo breve de Blondina fué colocado....

Después vi que dos hombres dijeron algo con voz muy queda  
y se pararon luego — pájaros negros— á cada lado.

Habían puesto en torno cirios prendidos al nuevo día:  
Su fulgor tembloroso bañaba el rostro de la durmiente;  
murmullo de oraciones lentas, confusas, se percibía  
en la estancia invadida, en un instante, por mucha gente.

Adentro oí sollozos, lamentos, ayes y voces graves;  
afuera, lo de siempre: carros y trenes y voceadores;  
y en el jardín vecino, sobre las verdes frondas, las aves  
revolando como ebrias de amor y aire, de sol y flores.

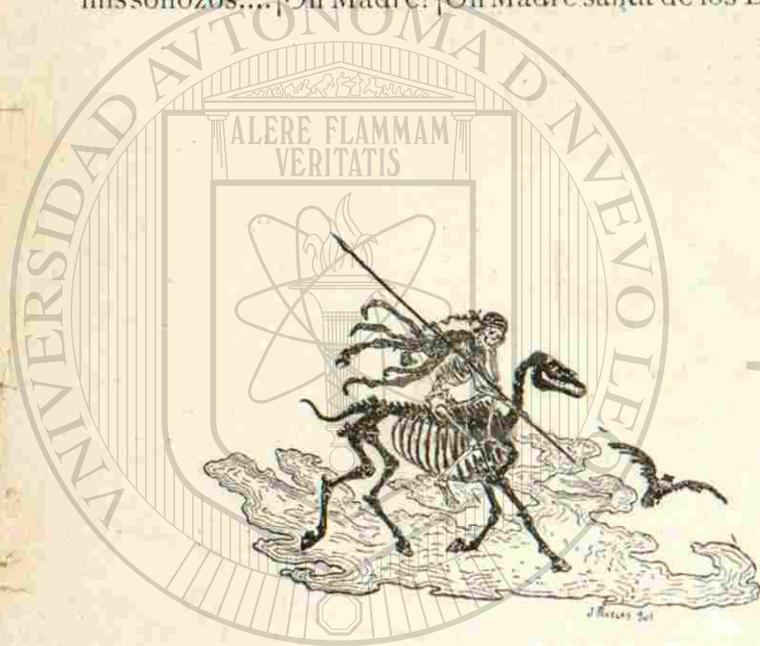
Y la niña dormida cual en su cuna, y en la almohada  
nimbo místico haciendo su cabellera color de oro  
á su faz blanca, blanca, más que la cera que á la alborada  
iluminó la caja donde guardaron aquel tesoro.

Me acerqué poco á poco, presa del miedo, y dije á uno  
de los pájaros negros, temblando pero con hondo anhelo:  
¿Qué van á hacer con ella? — ¿Hacer con ella? me dijo el tuno,  
levantarla en los hombros para llevarla . . . . llevarla al cielo.

®  
273

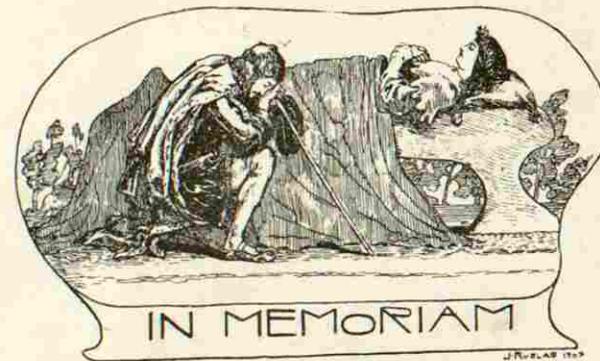
272 DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Y así se la llevaron, aunque mi madre lloraba á mares;  
y ya á solas la dije: No llores, madre; madre, no llores....  
si la llevan al cielo!... —Hijo, no lloro.... si son cantares  
missolozos.... ¡Oh Madre! ¡Oh Madre santa de los Dolores!...



274

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



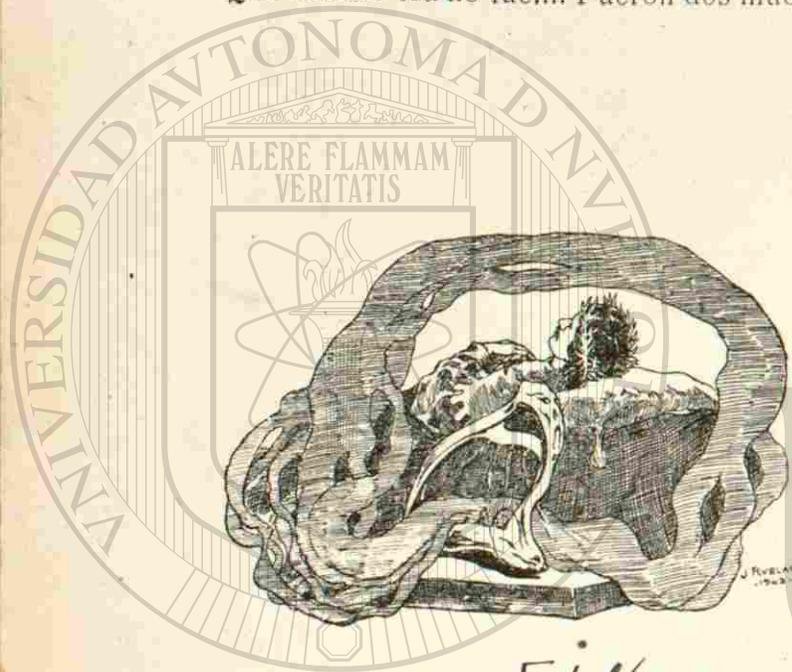
No bordes, trepadora del ensueño,  
en el cancel de esa ventana abierta;  
ni llames más á la cerrada puerta,  
Paladín de Ideal. ¡No está tu dueño!

Del árbol predilecto arranca un leño  
y quema esa ilusión, está bien muerta;  
hazlo en el rinconcillo de la huerta,  
donde florece rústico el beleño.

Ya no busques consuelos y cariños  
ni color de ilusiones nacaradas;  
reune entre las lágrimas que viertes,

275

en un haz, las sonrisas de los niños  
y de su amor las últimas miradas. . . .  
Que muerte esa no fué.... Fueron dos muertes!



FIN

## INDICE

### ALMAS.

	Págs.
El Angelus. ....	11
Credo .....	19
Confiteor .....	41
Luz de luna.....	65
Las lágrimas del bronce.....	71
Poema Roto .....	79

### CÁRMENES.

Á una artista .....	139
Uror .....	141
Á .....	145
Aledaño .....	147
Balada de las manos.....	149
De las cimas.....	154
i .....	157
Himnos salvajes .....	158
Lari .....	166
Himnos salvajes .....	169
Barbara Labor .....	177
¿Deseos? .....	182
En la flauta de Pan .....	185
Al duque Job.....	187
Balada de Satán.....	189
El Beso.....	191
Aspiración.....	196

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

	Págs.
À una estrella .....	198
À Manuel Gutiérrez Nájera .....	199
Renovare .....	204
En la noche .....	205
À la Verdad .....	207
Que me miren siempre .....	209
Blanca .....	211
Para las niñas soñadoras .....	214
Ensueño .....	216
Otoñal .....	217
À un poeta .....	221
Ave Imperatrix .....	224
¡ .....	227
À Ti .....	229
¡Solol! .....	230
Ninón .....	232
À la memoria del Dr. R. Lavista .....	233
À solas .....	240
Salammbô .....	242
À la Srita. Josefa Murillo .....	247
À Elha .....	250
À .....	251
Anhelo .....	253
Revelación .....	255
Anúbadas .....	258
Eder Jai .....	261
Fidelidad .....	265
Añoranza .....	269
Al Cielo! .....	272
In memoriam .....	275
Erratas más notables .....	279

## ERRATAS MAS NOTABLES



En la página 47, línea 21, dice:

Y comenzó á soñar. . . . La nota

Debe decir:

Y comenzó como á soñar. . . . La nota

En la página 272, línea 2, dice:

rígido el cuerpo breve de Blondina fué colocado

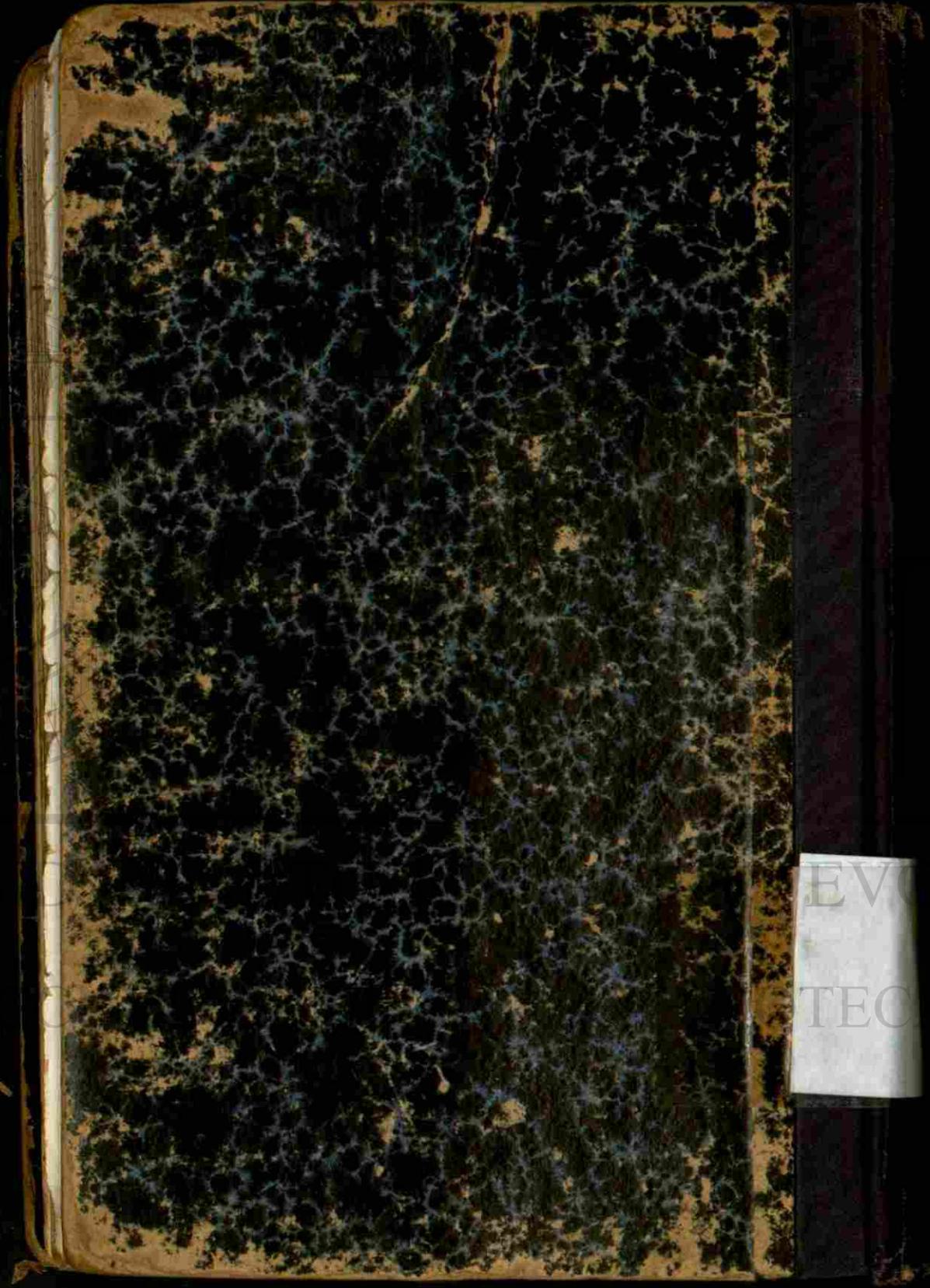
Debe decir:

rígido el cuerpo breve de mi Blondina fué colocado

Ruega el autor al lector, que las demás erratas las corrija á su guisa.



DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



EVC  
TEC